La tiranía de las moscas

Elaine Vilar Madruga

Editora por un libro
CRISTINA MORALES

LA TIRANÍA DE LAS MOSCAS

ELAINE VILAR MADRUGA

LA TIRANÍA DE LAS MOSCAS

Elaine Vilar Madruga

Presentado por Cristina Morales

BARRETT

BARRETT

Título original: *La tiranía de las moscas*
Primera edición: abril de 2021

© del texto: Elaine Vilar Madruga
© del prólogo y la edición del texto: Cristina Morales
© de las ilustraciones: Manuel Marsol
© de la foto de la biografía de Elaine Vilar: Mauro Cantillo
© de la foto de la biografía de Cristina Morales: colectivo
@bachini.bachini como parte del archivo #mugrelindas
© de la fotografía de la biografía de Manuel Marsol: Mathias Hannes
© de la edición: Editorial Barrett | www.editorialbarrett.org
Comunicación y prensa: Belén García |
comunicacion@editorialbarrett.org

Publicación digital: *@Booqlab*

ISBN: 978-84-186900-4-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres prohibirte hacer unas cuantas fotocopias.

ELAINE VILAR MADRUGA

Elaine Vilar Madruga (La Habana, 1989) es considerada una de las voces jóvenes más importantes de la Cuba literaria actual.

Narradora, poeta y dramaturga, se licenció en Arte Teatral, especialidad Dramaturgia, por el Instituto Superior de Arte (ISA), y es profesora de escritura creativa. Ha ganado diversos premios nacionales e internacionales y su obra ha sido editada en antologías a lo largo del mundo. Además, ha publicado más de treinta libros en editoriales de Estados Unidos, Canadá, Cuba, República Dominicana, España, Chile, Francia, Italia y México.

Elaine, que se mostró entusiasmada de que Cristina Morales —como editora invitada— la eligiese para publicar en Barrett, cultiva los géneros de novela, cuento, poesía, literatura fantástica y de ciencia ficción, periodismo, crítica, teatro, literatura para niños y jóvenes…

Una mujer, un árbol y una enredadera de picualas. Las moscas le hablan de noche y le dictan poemas.

CRISTINA MORALES
EDITORA POR UN LIBRO

Después de que Patricio Pron nos ayudase a publicar *Madrid es una mierda* del escritor y cineasta argentino Martín Rejtman, de que Sara Mesa nos recomendase la novela *Treinta y seis metros* del desconocido, pero no menos genial, Santiago Ambao y de que Sabina Urraca lanzase a la fama a Andrea Abreu y su *Panza de burro*, vuelve nuestra colección «Editor/a por un libro», y esta vez ejerce como editora una de las mejores escritoras y que más admiramos del panorama literario actual.

Cristina Morales (Granada, 1985) es licenciada en Derecho y Ciencias Políticas, especialista en Relaciones Internacionales y autora de las novelas *Lectura fácil* (Anagrama, Premio Herralde de Novela 2018 y Nacional de Narrativa 2019), *Últimas tardes con Teresa de Jesús* (Anagrama 2020, Lumen 2015), *Los combatientes* (Anagrama 2020, Caballo de Troya 2012) y *Terroristas modernos* (Candaya 2017). Ese mismo año le fue concedida la Beca de Escritura Montserrat Roig, en 2015 la de la Fundación Hans Nefkens y en 2007 la de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Actualmente es becaria de la Real Academia de España en Roma, bailarina y coreógrafa en el colectivo de danza contemporánea Iniciativa Sexual Femenina y productora ejecutiva de la banda de punk At-Asko.

Ahora, a todos esos logros, tiene que añadir el habernos descubierto a la cubana Elaine Vilar Madruga y su novela *La tiranía de las moscas* que, estamos seguros, dará mucho que hablar.

También ha hecho posible este libro

MANUEL MARSOL

Manuel Marsol (Madrid, 1984) se ha convertido en pocos años en un referente internacional del álbum ilustrado. Traducido a ocho idiomas, ha obtenido el prestigioso Premio Internacional de Ilustración Bologna Children's Book Fair, el Premio del Catálogo Iberoamericano, el Amadora BD en Portugal o los Pépite Livre Illustré y Prix Sorcières en Francia.

En España la mayoría de su trabajo ha sido publicado por Fulgencio Pimentel, con títulos como *El tiempo del gigante* (2016), *Yôkai* (2017), *Duelo al sol* (2018) o *Mvsevm* (2019). También ha ilustrado novelas como *La metamorfosis* de Kafka (Astro Rey 2015) o *La Venus de las pieles* de Sacher-Masoch (Sexto Piso 2016); cubiertas para Anagrama, Babelia (*El País*) o Libros del K.O., y portadas de discos para Jonston y El Palacio de Linares.

Además ha realizado charlas, *workshops* o exposiciones en lugares como el CaixaForum (Madrid), Taipei Book Fair, BD à Bastia (Francia), FIL (Guadalajara, México), Fundação José Saramago (Lisboa), el Almería Western Film Festival o el Festival de Narrativas Cuéntalo (Logroño).

LAS COSAS QUE NO SE TOCAN

POR CRISTINA MORALES

Tengo treinta y cinco años. A veces me asalta la sensación de adultez y a veces me asalta la convicción de mi propia adultez. Son fenómenos distintos, ojo: una cosa es sentir y otra cosa es saber. En este prólogo a *La tiranía de las moscas*, de Elaine Vilar Madruga (La Habana, 1989), vamos a citar mucho al filósofo Agustín García Calvo (Zamora, 1926-2012), porque Vilar Madruga ha escrito una novela que, quizás casualmente, lleva a la ficción (y amplifica, por tanto) la conferencia *Cómo se mata a un niño para hacer un hombre (o una mujer)*, pronunciada por primera vez por García Calvo el 13 de diciembre de 1988[1]. De ese texto tomamos la diferencia entre sentir y saber, diferencia que ni podemos ni debemos precisar mucho pues definir es matar. García Calvo llegaba a las cosas tanteando.

> … *parece que las cosas que no están muertas, pues sienten, pueden sentir. Pueden sentir. Sienten. No puedo explicar mucho más el verbo, porque me arriesgo, si trato de introducir definiciones, a estropear la cosa. Es un verbo aceptable, por su propia indefinición. Sienten, sienten: parece que es propio de las cosas vivas sentir*, decía Calvo aquel 13 de diciembre. Y continuaba: *Los sentimientos no se saben: si algo podemos decir de un sentimiento, es que no se sabe, que un sentimiento es precisamente eso que antes decía respecto al propio verbo 'sentir', que no lo podemos tocar con la definición, que la gracia que tiene es que no podemos encerrarlo en definición. Cuando el sentimiento se sabe, ese sentimiento está metido en una cárcel; pero estar metido en una cárcel una cosa que consistía precisamente en no tener definición, quiere decir matarlo, aniquilarlo, hacerlo desaparecer* (1989, p. 7).

Sentir es lo propio de los vivos. Saber es lo propio de los muertos. Sentir es lo propio de lo niño (no es una errata, es García Calvo). Saber es lo propio de lo adulto. Lo niño (que cunde más entre los niños) está vivo. Las adultas están, estamos, muertas todas. ¿Qué me está pasando a mí, pues, cuando, tras leer a Vilar Madruga, a García

Calvo y a Alexanthropos Alexgaias (nuestra siguiente aliada), siento la adultez o sé de mi adultez? No es sino la muerte, máxima expresión del Estado y el Capital, o del estado patriarcal, o del «marco autoritario, adultocentrista y mercantil» (Alexgaias, 2013, p. 24) acechándome, echándoseme encima y finalmente devorándome. Soy, además, la presa perfecta: estoy en el tramo de edad en que, siguiendo a Alexgaias, se maximizan mis privilegios. Sentir la muerte no es verdaderamente sentir, del mismo modo que el niño que se aprende de memoria el soniquete de que quiere lo mismo a mamá que a papá, ni quiere ni nada, como bien nos recuerda Calvo en su ponencia. Sentirse muerta, como saberse muerta, son estados de asimilación del Orden (mayúscula garciacalviana), o lo que *El manifiesto antiadultista*, escrito por Alexanthropos Alexgaias (17 años)[2] (la autora firma así, poniendo su edad entre paréntesis después de su nombre) denomina integración en el sistema adultocéntrico que nos gobierna.

Vilar Madruga nos pone delante una fábula oscura y lúbrica (como oscuros y lúbricos son los dramas, como oscuros y lúbricos son los coños) que ilustra todas estas inquietudes, inquietudes que una muy probable lectora adultista tacharía de piterpanescas, de *snobs*, de, incluso, fascistoneoliberal reivindicación de la juventud y desprecio de los viejos. Para denostarla, una muy probable crítica literaria adultocéntrica podrá tildar *La tiranía de las moscas* de novela juvenil y pedagógica, siendo como sin duda es adultocéntrica la división editorial entre literatura infantil, juvenil (dentro de esta existe, además, el nicho de mercado «para adultos jóvenes») y luego ya viene lo que el canon llama La Literatura, que, por ser la referencia a todas las demás, no tiene necesidad de atributo edatario (aunque sí muchos otros, siendo el que más lo peta ahora mismo el de literatura a/ante/bajo/cabe/con/contra/de/desde/durante/en/entre/hacia/hasta/mediante/para/por/según/sin/sobre/tras mujeres).

¡Pero qué pedagogía la de Vilar Madruga, amigas! ¡Y qué tradición fabulística en la que se incardina *La tiranía de las moscas*! ¡Ojalá hubiera caído en mis manos, siendo chavala, un libro como este, en el que se invita a los hijos a rebelarse contra sus padres, y no en un sentido metafórico: que Vilar nos da buenas razones no para hacerlos entrar en razón, no para politizarlos en el bien común: para matarlos, carajo, como una George Orwell de *Rebelión en la granja*! Inscrita en la antiadultista tradición de *El guardián entre el centeno* de Salinger, de *El Principito* de Saint-Exupéry, de *Memorias de una vaca* de Bernardo Atxaga, de *Los niños tontos* de Ana María Matute, de *El tigre de Mary Plexiglàs* (primer libro que me leí en catalán y que para mi sorpresa era un cancionero punk de lectura obligatoria en los institutos) de Miquel Obiols; engarzada, como digo, en ese collar de perlas, está *La tiranía de las moscas* cometiendo sus pecados. El de «la imaginación

desbordada de las mujeres», como la llama Calvo en su *Cómo matar un niño*…, el primero. *La dominación de la imaginación de las mujeres es* (…) *una de las funciones esenciales en los procesos educativos de una sociedad patriarcal* (…) *Efectivamente se reconoce que una imaginación descontrolada o desbordada por parte de las mujeres sería un peligro de los más radicales que se le podían ofrecer al orden patriarcal, por eso pone mucho cuidado en controlar la imaginación femenina* (1989, p. 20).

Recordemos la primera frase que nuestros carceleros de la educación reglada nos hicieron leer en la pizarra: *Mi mamá me mima*. No olvidemos, por favor, el primer dibujo que a todas nos mandaron hacer entre los muros del presidio escolar: el retrato de nuestra familia. En *La tiranía de las moscas* ni la mamá mima ni el papá posa con los hermanitos y un solecito en lo alto. En *La tiranía de las moscas* la hermana mayor es una shakesperiana heroína llamada Casandra cuya epopeya consiste en la autodeterminación de su sexualidad contra el reaccionarismo tiránico por parte de su padre y patologizante por parte de su madre.

> *Shakespeare* —cuenta Casandra en la página 96— *conocía todos estos asuntos mejor que yo. Mejor que nadie en el mundo, a decir verdad, porque cuando Julieta se asomó al balcón, no contemplaba a Romeo, sino que presionaba su cuerpo contra el ya mencionado objeto de piedra caliza, presionaba su cuerpo para recibir todo el amor y el deseo, un amor de cal veronesa, más eterno que cualquier otra forma de cariño que un Romeo cualquiera pudiera haber brindado. Solo hay que leer entre líneas la dramaturgia isabelina, ¿okey? Solo hay que leer entre líneas a Shakespeare para entender la pasión de Julieta por los objetos de su amor. No lo digo yo, que me llamo Casandra y que vivo en el calor de este verano sin fin, lo dijo Shakespeare, que escribía mejor y más bonito*.

Nuestra protagonista y narradora principal ha hecho la mejor exégesis posible de *Romeo y Julieta*, y se la aplica. Shakesperiana pero lejos de todo romanticismo (o sea, entendiendo bien que Shakespeare es un coño, o sea, un drama: oscuro y lúbrico a un tiempo, como ya he dicho), su imaginación desbocada no es sino lucidez acerca de qué es la vida y qué es la muerte, qué es el sentir verdadero y qué el saber aprendido (el amor romántico, entre otras cosas): ella ama de manera verdadera los objetos, siendo su amada predilecta un puente, el cual, con todo derecho, considera femenino (*no sé qué le disgusta más a papá: que desee a un puente o que el objeto de mi amor sea una esencia femenina*):

—*Es una generalización que nos permitirá a ambas conducir este*

diálogo hacia tu interés erótico por los objetos… Responde esta pregunta: ¿no te atraen los seres humanos?

—No.

—¿Por qué?

—De nuevo, un blablá idiota.

—¿Por qué?

—Los seres humanos no tienen olor a óxido.

—Es un buen punto. ¿Hablas de tu… aproximación…?

—La palabra es «relación».

—Una relación indica un vínculo entre dos personas, Casandra. Algo inanimado no puede ofrecerte ningún tipo de vínculo.

—Eso dices tú. ¿Qué vas a saber? Yo no he visto nada más inanimado que papá. Igual te acostaste con él, ¿no?…

La tiranía de las moscas habla de la familia y del Estado como estructuras inherentemente violentas, como las dos grandes aliadas en el sostenimiento de la opresión. La relación dialéctica entre padres e hijos es necesaria para que se dé la relación dialéctica entre pueblo y Estado, y viceversa. Alguna ombligoccidental lectora habrá que piense que el contexto cubano en que se desarrolla la novela limita su crítica al régimen comunista, no dando por aludida a su propia capitalista democracia. Despierta, lectorcilla con derechillo al voto: el tirano padre de Casandra, Calia y Caleb, tartamudo por la gracia de la Revolución y por ello conversor, como un Rey Midas asqueroso, de todo lo que toca en mierda (el tartajeo le hace llamar a sus hijos Cacasandra, Cacalia y Cacaleb); ese tirano es el mismo y es la misma que sale dando la chapa en el Congreso de los Diputados y habla de la cacalidad de nuestra democracracracia, de nuestros derechochos, de nuestra papatria y hasta de fefeminismo.

Que la astucia es el arma de los esclavos Elaine Vilar, como García Calvo, lo sabe, lo siente y lo practica en su obra. Los rabiosos cuentos de *La hembra alfa* (Guantanamera Editorial, Sevilla, 2017) tienen personajes cuyo ardor no hay humillación que pueda reprimir, y que ya anticipaban las mimbres de esta novela. Encerrada en un cuarto oscuro, paralizada en una silla de ruedas y con solo una mano hábil para masturbarse, la protagonista del relato *El tercer círculo* sigue dándose gusto al cuerpo aun después de que su madre le ciegue con tablones las ventanas para no ver al vecino cuya polla fláccida, meona, le pone. Tiene su imaginación y tiene uñas que horadan la madera durante meses hasta conseguirse una rendija de voluptuosidad. Y cómo se corre la tía, y qué envidia nos da a los que no tenemos madre que nos tiranice. O el relato que da nombre a la colección, en el que una mujer adquiere los hábitos y la fuerza de una leona y sale a rugir a cuatro patas sobre el asfalto un colosal *dónde*

coño se habrán ido los machos(…) *Este lugar no es la pradera. No lo es, no. No se huele el fango, ni la mierda seca de los antílopes y mucho menos la libertad. Pero igual corro, corro, corro entre el sonido de los cláxones* (2017, p. 86).

Que lo que más les gusta a las disfrutonas son las cosas que no se tocan con la letal mano de la definición lo sabe, lo siente y lo practican Elaine Vilar, García Calvo y las poetas místicas. Sirva, por favor, de colofón y bienvenida a *La tiranía de las moscas* este fiestón de canción, que bien podría haber sido escrita por Santa Teresa de Jesús para laúd y tamboril, pero que ha sido escrita para batería, guitarra y bajo eléctricos por la banda argentina Intoxicados (2005, *Las cosas que no se tocan* en Otro día en el planeta Tierra [CD], Buenos Aires, Tocka Discos).

Las cosas que no se tocan

Me gustan las chicas, me gustan las drogas
Me gusta mi guitarra, James Brown y Madonna
Me gustan los perros, me gusta mi estéreo
Me gusta la calle y algunas otras cosas
Pero lo que más me gusta
Son las cosas que no se tocan
Me gusta el dinero para comprarme lo que quiero
Me gustan las visitas para matar el tiempo
Me gusta esa luz, me gusta esa sombra
Me gustan los grupos que no están de moda
Me gustan los autos, los trenes, los barcos
Me gusta que al que espero no tarde más de un rato
Me gusta el arroz, me gusta el puchero
Me gusta el amarillo, el rojo, el verde y el negro
Pero lo que más me gusta
Son las cosas que no se tocan
Por eso me gusta el rock
Porque yo el rock no lo toco
Yo el rock lo escucho
Lo trago
Lo digiero
Lo vuelvo a tragar
(…)
Pero mejor no lo digo
No quiero
No quiero

Porque eso no es rock
Eso no es rock
Eso no es rock
No es rock
No es rock
No es rock
Eso no es rock
Eso no es rock
(…)

Roma, 15 de febrero de 2021

Para Carlo, a las puertas de mi vida.
Y para tía Cuca, in memoriam, *con café y dos gardenias*.

ÁNGEL. *Aquí nadie sabe nada. Esta casa anda manga por hombro. Tendré que empuñar el látigo de nuevo*.

Aire frío, Virgilio Piñera

CASANDRA

Las moscas nos hablan, ¿okey? Vivimos en un país de moscas. Vuelan a nuestro alrededor. Las moscas son la nación de las ideas, una nación que zumba, zumba, zumba encima de la cabeza de Calia. A ella, como siempre, no le importa, tan concentrada está en su dibujo del elefante. El dibujo, anatómicamente preciso, es más que la sumatoria del calor veraniego y del aburrimiento. Calia no levanta la mirada. Una de las moscas gordas se posa en su frente y deambula por aquella senda de poros, vellos y sudor, mueve las alas, se las limpia, qué buen lugar ha escogido la mosca para mirarlo todo, para contemplar el dibujo del elefante y hacer una apreciación artística, una valoración crítica. Por ejemplo, la mosca podría decir que el elefante del dibujo es más que el reflejo realista del paquidermo original, la mosca podría decir que el elefante del dibujo es perfecto, tanto que parece vivo, la mosca podría preguntarse si de un momento a otro no se correrá algún telón invisible sobre la página que Calia pinta, a ver si ese telón marca el punto final del milagro en el cual el elefante comienza a respirar y se transforma en materia sólida. La mosca sueña con posarse encima de la gran mole gris que es el elefante. Bonita mole. Olorosa a estiércol.

La mosca espera encima de la frente de Calia.

Es un ejercicio de paciencia.

¿Soñarán las moscas con los dibujos?

Nosotros sí.

Tiene solo tres años. No, no hablo de las moscas, que son infinitamente más jóvenes que mi hermana.

Nadie recuerda cuándo empezó a dibujar. A estas alturas, todos creemos que Calia nació con un pincel en la mano y que, con los rastros de la sangre, del líquido amniótico y del tapón mucoso, se hizo la primera acuarela. Supongo que algún dibujo anatómicamente perfecto habrá sacado de aquella experiencia por el canal de parto y desde entonces no ha parado, no: se ha reproducido como un nido de hormigas.

Su creación, como la de todo genio, podría estudiarse según sus obsesiones. Calia solo pinta animales. Ya lo he dicho (y también las moscas han mostrado su interés): aquí no se habla de un dibujo con

trazos gordos y empantanados, lo que normalmente haría un niño de su edad; aquí se habla de la jodida perfección. Comenzó con los insectos. Las hormigas eran sus favoritas. Y las arañas. Aquella fue una etapa bastante oscura. Hormigas y arañas devoradoras, copiadas en el acto de desmembrar una pieza, una víctima que ya no era animal, sino el objeto de la cacería, y por tanto se hallaba en un limbo, en un lugar intermedio entre la mandíbula de la muerte y la posibilidad remota de la libertad. Después llegaron las aves. Sobre todo los gorriones. Se entiende perfectamente el porqué de su decisión pictórica. Los únicos pájaros que Calia ha visto en su vida son esos gorriones flacos que aún vuelan, cercados por el hambre y el calor de este país, gorriones que tienen el corazón del tamaño de la yema del dedo meñique, gorriones infartados que se desmayan en los jardines de las casas. Después, Calia eligió los monos. Monos de culos gordos. De culos venosos, rojos y morados. Qué explosión de color en las páginas hasta entonces tan sobrias de Calia gracias a esos culos.

Finalmente, hemos llegado a este sitio. A la etapa elefante. Por suerte, Calia aún no se ha preguntado cómo lucen los genitales de los elefantes en celo, sino que se concentra más en las pezuñas, en las escalas de grises de las estrías y cicatrices, en los minúsculos pelos de las trompas.

No tengo nada en contra del talento, que conste. Me parece maravilloso que Calia dibuje, pero la verdad es que podría hacerlo peor, digo yo. Eso nos ayudaría a todos, nos ayudaría a tener más paciencia con los culos de los monos y las patas de las arañas. Si al menos esos culos y esas patas no fueran perfectos, ¿eh?, si Calia pintara la típica casita con el sol y las montañas que los niños adoran —esos trazos irregulares fuera de las líneas que tan encantadores resultan porque demuestran que la pequeñita de la casa tiene inclinaciones para el dibujo— entonces sería ideal.

Qué memoria la mía. He olvidado recalcar lo más importante y no dejar margen a dudas.

Por si no te ha quedado claro: mi hermana tiene tres años y además no habla, ¿okey? Es decir, no quiere hablarnos. No le parece interesante. Mover la boca, sacar el aire y transformarlo en palabras no es de su interés y Calia no hace nada que le resulte aburrido. En algunas cosas de la vida, mi hermana es sencillamente admirable. No pierde el tiempo. Ni siquiera con su familia. Ni siquiera con las moscas que continúan posándose encima de ella. Calia es paciente y no las espanta. Calia es el país ideal para las moscas.

Hay otro punto que he omitido. Qué memoria la mía.

Ese punto es el miedo.

Mejor explicarlo de manera ordenada, ¿okey?

No se trata de que ella dibuje animales perfectos, animales que

parecen tan vivos que uno se pregunta por qué no terminan de atravesar la página, por qué no adquieren altura, ancho y, sobre todo, profundidad, por qué los monos no acaban de aparearse, los gorriones de sufrir un infarto que quiebre sus corazones del tamaño de la yema de un meñique, las arañas de matar y los elefantes de comer yerba seca.

No se trata del silencio de mi hermana, de su negativa a considerarnos criaturas más importantes o avanzadas intelectualmente que las moscas: para Calia, todos somos insectos.

Supongo que ahí es donde el problema se hace más hondo.

El miedo tiene que ver con esa condición de seres invisibles que nos ha otorgado.

El miedo tiene que ver con sus ojos.

Calia es nuestra dueña. Cuando se digna a otorgarnos un poco de importancia, lo suficiente como para fijar en nosotros su mirada, es que *algo* sucede.

Algo muy malo.

Y entonces Calia no es feliz. Las señales externas aparecen de inmediato. Se rasca una ceja, parpadea, afloja los dientes y ya no suda. Las moscas dejan de posarse sobre ella. Mierda, las moscas saben que el país llamado Calia se ha convertido en un lugar peligroso. Huye cuando los animales lo hagan, ¿okey?, dicen por ahí y tienen razón. No hables cuando los insectos paren de zumbar. Mierda, mierda, y otra vez mierda. Las moscas son inteligentes y Calia mueve la boca, ay, papá dios si pronuncia nuestros nombres, ay, papá dios si empieza a dibujar mariposas, que no pinte una mariposa, papá dios, que siga con los elefantes, con los culos de los monos, qué bonitos son los culos inflamados de los monos, qué bonitos los culos hiperrealistas, pero por favor, papá dios, que no pinte una mariposa, todos sabemos que el aletear de una mariposa en una página en blanco es un asunto muy peligroso.

Si Calia dibuja una mariposa, entonces nos jodimos.

Leyenda urbana o leyenda familiar, ya no lo sé ni me preocupa demasiado. Lo cierto es que todos vemos en Calia a una bomba de tiempo.

Es probable que esta familia no merezca la salvación. Eso dice mamá con su mejor voz de libro de autoayuda y a lo mejor no se equivoca. Tan buenos no somos, ¿okey? Si fuéramos realmente buenos, las moscas se posarían en cualquier otro sitio excepto encima de nuestros cuerpos. Y todos —mamá, papá, Caleb, Calia y yo— estamos siempre cubiertos de moscas. Es culpa del calor del país, dice papá y así se consuela, aunque en realidad sabemos que se engaña: las moscas buscan el sudor para alimentarse, sudor dulce o carne muerta,

no importa, la verdad tampoco importa.

Cada familia es diferente y rara a su manera, pero la nuestra se llevó la medalla de oro en la competencia olímpica de la disfuncionalidad.

Se nota enseguida porque las moscas enfermas van a posarse encima de Caleb. Van allí a morir. Luego caen al suelo, unas manchas de tinta con alas mustias. Caleb las recoge. Es lo que mejor sabe hacer. Los animales persiguen a mi hermano, se vuelven suicidas cuando están cerca de él. Caleb es como una tumba abierta. Y le gusta. Le encanta ser una tumba abierta. Caleb tiene un propósito en la vida.

Yo soy la primera semilla del mal. Es decir, la primogénita. No quiero confundir con mis palabras. Empezaré de nuevo. Es difícil hablar en primera persona y contar tu propia historia.

No siempre fui la hermana mayor.

Antes de que nacieran Caleb y Calia, yo era simplemente Casandra.

—¿Cuántos años tienes, Casandra?

—Siete años, mamá.

—En este espacio no soy tu mamá, ¿recuerdas?

—Sí, mamá.

—Soy tu terapeuta y te quiero ayudar. ¿Entiendes, Casandra?… Es como un juego, un juego interesantísimo. ¡Vamos! Finge que no me conoces.

—Sí, mamá.

—Me dices que tienes siete años. Pareces mayor. Eres muy alta. ¿Quieres contarme por qué estás triste?

—No estoy triste.

—¿Segura?

—Sí.

—Pues yo creo que te equivocas. Piénsalo bien. ¿Estás triste, Casandra?

—No sé.

—¿Y por qué lloras entonces?

—Porque se rompió.

—… pero eso no es todo. Hay algo más, a mí no me engañas. Déjame adivinar qué… ¿Acaso extrañas a papá? ¿Lloras porque papá no está siempre en casa? Tienes que entender. Ya eres una niña grande, Casandra. Siete años, ¿verdad? No eres pequeñita y sabes que papá es un hombre importante para este país.

—Bigotes me lo dijo.

—¿Quién es Bigotes, Casandra?

—El abuelo que me carga. El Abuelo Bigotes. Papá lo quiere

mucho.

—No repitas eso nunca más, ¿entiendes, Casandra?

—¿Qué cosa?

—Lo que acabas de decir es algo malo, Casandra, ¡muy malo! ¡Y muy peligroso! Tu papá puede ser castigado si saben que le dices así a…

—¿Al Abuelo Bigotes?

—¡A Nuestro Líder!… Casandra, ¿lo estás haciendo a propósito?

—No, mamá.

—No soy tu mamá ahora mismo, soy tu terapeuta.

—¿Me puedes castigar aunque no seas mi mamá?

—Atiéndeme. Mírame a los ojos, Casandra. Esto es importante. Jura que no dirás Abuelo Bigotes nunca más.

—Okey.

—Si alguien llegara a saber cómo le dices, le quitarían a tu papá todas las medallas. Sabe dios qué desgracias nos vendrían encima. No te olvides que las paredes de esta casa tienen oídos.

—Las medallas de papá no me gustan. Las medallas pinchan.

—¿Quieres que tu papá no sea nunca más un hombre importante? ¿Quieres que tu papá llore?

—No sé.

—Piénsalo bien antes de contestar.

—Llorar es malo.

—¡Muy malo!, y es lo que le sucederá a papá por tu culpa.

—… pero el Abuelo Bigotes me quiere. Me lo dijo.

—¡Casandra!

—Abuelo Bigotes me compra muñecas por mi cumpleaños.

—Pues si quieres más muñecas, tendrás que llamarlo de otra manera.

—¿Cómo?

—Líder.

—¡Líder Bigotes!

—¡Eres una malcriada!

—Y tú no eres mi mamá.

—Claro que soy tu mamá… y tu terapeuta. ¿Y sabes qué les sucede a los niños malos como tú, Casandra? Se les regaña y se les castiga… En tiempos como estos, tu papá tiene que esforzarse más que nunca. Se ha ganado cada una de sus medallas, pero todos los días, Casandra, todos los días tiene que probar que es fiel a Nuestro Líder. O tú no tendrás más muñecas. ¿Has entendido?

—Okey.

—¿Y por qué lloras ahora?

—¡Porque la cámara de papá se rompió!

—… papá es un hombre importante y solo necesita que las personas que son más importantes que él lo recuerden. Es muy fácil. Papá es un héroe. Coge. Límpiate la cara.

—No quiero.

—Sécatela. ¿Quieres seguirme contando…?

—Cuando una cosa se rompe, ¿se muere?

—Supongo. Si está rota para siempre, sí.

—Papá dijo que su cámara de fotos ya no servía para más nada. ¿Es verdad que una persona se puede romper igual que una cámara de fotos?

—¿Quién te habló de eso?

—El Abuelo Bigotes.

—¡Casandra…! ¿Otra vez?

—Me dijo que en el trabajo de papá, las personas son como hormigas que van, entran y luego se rompen.

—Para ya, Casandra. Olvida eso. Nuestro Líder dice cosas así y es mejor olvidarlas luego, ¿entiendes? Es mejor no recordar asuntos incómodos y que no son de nuestra incumbencia. Cambiemos el tema… No puedo ayudarte si no eres honesta conmigo. Hablemos de tus problemas y no de los de tu papá. Hablemos un poco de Caleb. ¿Quieres a tu hermano?

—Por su culpa se murió el conejo.

—El conejo estaba enfermo. Tenía cáncer.

—Se fue a morir con Caleb. Levantó las orejas y ya, no saltó más.

—¿Por qué no quieres a tu hermano?

—Y la jicotea, también la jicotea se murió.

—Caleb no tiene la culpa.

—La tocó y ya… La jicotea no sacó más la cabeza.

—La jicotea era vieja, Casandra.

—No quiero estar cerca de él. Todo lo que se va a morir está cerca de Caleb.

—Eres una niña con mucha imaginación y eso no es malo. Al contrario, Casandra. Puede ser incluso útil para la vida. Pero a veces, si la imaginación es excesiva… ¿Entiendes? Todo el exceso es negativo. ¿Quieres hacer un dibujo?

—No sé.

—Pinta a tu familia, ¿no te parece interesante?

—¿Puedo también dibujar la cámara rota de papá?

—Si deseas, Casandra. ¿Por qué quieres que la cámara esté en el dibujo?

—Es mi mejor amiga.

—¿En serio? ¿La cámara es tu amigo imaginario?
—No, pero cuando sea grande nos vamos a casar.
—¿Tú y la cámara?
—Sí, pero ya no porque está muerta.

En aquellos tiempos aún se podía salir a la calle sin vigilancia, sin que los ojos de papá preguntaran cuántos pasos se habían recorrido desde la puerta hasta el quicio de la acera. En un cálculo matemático, papá contabilizaba las potenciales veces que había escapado de la muerte, que si el tiro en la espalda, la mina enterrada bajo la grava húmeda del jardín o el veneno en la pizza. Enemigos. Culpables. Paranoia. La paranoia típica de un hombre importante.

En aquellos tiempos que ya comenzaban a difuminarse en la memoria de Caleb y Casandra, papá los llevaba cada domingo al zoológico. Calia no había nacido, por supuesto, y eso era aún mejor porque los animales del zoo tenían formas que no eran anatómicamente perfectas, sino que se veían como manchas en la distancia, como borrones con trompas y patas, como bigotes tejidos, como un juego de une los puntos y descubrirás la figura. Los animales eran tachaduras divertidas y las mariposas eran solo mariposas, no un presagio de muerte, no un augurio sobre la página en blanco, bien se sabe que quizás algún día en el futuro, la hermana artista dibuje mariposas y tenga entonces la idea recurrente de que ha llegado el tiempo de la condenación.

Caleb recordaba los viajes al zoológico. Recordaba cómo se sentía querer a papá, que entonces lucía menos viejo y siempre llevaba sus medallas prendidas al uniforme militar, incluso los domingos, porque las medallas abrían todas las puertas, incluso las más duras, incluso las rejas del zoológico que estaban colocadas ahí, precisamente, para señalar un límite entre los animales superiores que habían ganado la batalla de la evolución y los derrotados. Las medallas de papá no eran bonitas, pero resultaban útiles y ya Caleb lo había descubierto.

A Casandra no parecía importarle otra cosa que no fuera la proximidad del lente de la cámara Kodak que papá le había permitido llevar ese día. Ella suspiraba y apretaba el lente, y a Caleb le parecía que, en cualquier momento, su hermana lo hundiría contra el vestido, que el lente le abriría un agujero en la barriga, un agujero con forma redonda, y que entonces Casandra tiraría fotos cuyo revelado automático ocurriría por la boca. La niña acariciaba el lente con los dedos, lo empañaba con un sudor baboso, de verano sin fin. Casandra era tonta, ay, si papá la veía le iba a quitar la cámara para siempre porque ya le había advertido lo delicado que era el mecanismo, lo limpio que debía estar el lente para que la foto fuera óptima, y solo tras la súplica y las promesas de Casandra era que papá había decidido

que la niña podía llevar la cámara solo por un rato.

En realidad, papá había olvidado sus consejos y no vigilaba a la hija. Para qué. Ahora era más importante disfrutar el viaje al zoo con las medallas y los niños. Los niños lucían felices y las medallas eran la más visible muestra de que su vida tenía sentido, era un hombre tan importante como un país, o casi, y poquísimos otros llegarían al lugar donde él estaba.

—¿Quiequiequieres ver los monos, Caleb? —inquirió papá con una sonrisa.

Era un buen día. Un día magnífico. Alrededor de papá, la gente se apartaba con temor, alguien señalaba hacia el pecho con medallas, alguien seguía a papá de cerca, un trabajador del zoológico dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de agradar al hombre importante y a su familia.

Caleb dijo que sí y tuvo monos. Cuando quiso tocarlos, papá sonrió condescendiente y miró, sin decir palabras, al trabajador del zoo, al obediente trabajador que les seguía, quien de inmediato se inclinó como si hiciera una reverencia. Cuando Caleb no estuvo conforme con estirar la mano, sino que quiso abrazar a uno de los monos, papá le riñó en broma, quieres convertirte en un momonito y que te deje aquí toda la se… la se… la semana, inquirió y a la vez mostró una sonrisa, así que Caleb supo que no había riesgo en pedir un poco más, mono, quiero tocar mono, y papá dijo que si Caleb quería mono, tendría uno, aunque desde ya le advertía, escucha, hijo, memejor dicho, siente, respira profundo y huele la pepepeste que estos bichos tienen, a fruta prohibida, es decir, popodrida, lo acaricias y ya, no sea que se te pegue ese olor a mamamífero inferior. Enseguida papá lo dispuso todo, dame, Cacasandra, dame la cámara que le voy a tomar una fofofoto a tu hermano. Casandra protestó, abrazó al lente con más fuerza, pero la mirada de papá era inflexible. Así que, cámara en mano, el hombre de las medallas dejó de ser papá y se transformó en alguien importante que ordenaba, lleve usted al niño hasta donde está el mono y que no me lo muerda, el trabajador del zoológico afirmó con la cabeza y un temblor, le dejo en sus mamanos a mi hijo, dijo papá.

Caleb fue feliz cuando vio que uno de los monos se acercó a él. El mono tenía la barriga hinchada como un globo, como algo que fuera a estallar de un momento a otro. Ya estaba ahí, a solo unos pasos de él y del trabajador del zoológico. Fue entonces que sintió el olor, ya no la peste a mierda seca o a fruta prohibida, es decir, podrida, sino un tufo más fuerte, un tufo que venía de todos lados pero, sobre todo, de la barriga enorme del mono.

Caleb apenas llegó a tocarlo. El mono se desplomó frente a él.

Casandra gritó y papá tomó una foto:

—¿Por qué gritas, Cacasandra? El momomono solo se durmió. Son muy tontos, muy i… idiotas.

Papá miró al hombre del zoológico y ordenó:

—¡Vavavamos, hombre!, obligue al mono a respirar.

Pero Caleb sabía que aquel deseo de papá era imposible. Le bastó con mirar a los ojos del animal y verlos huecos. El tufo había desaparecido. Esa fue la primera vez que Caleb sintió el olor de la muerte.

Papá cargó al hijo en brazos. Las medallas pinchaban y Caleb se quejó.

—No llores, cocoño —dijo papá—. Era solo un momomono de mierda.

Casandra pedía a gritos que le devolvieran la cámara y Caleb sintió culpa:

—¿Qué le pasó? ¿Le hice algo, papá?

—Estaba en… en… enfermo, se iba a morir de cualquier mamanera —respondió el hombre importante.

Caleb sintió de nuevo el tufo. Es decir, cientos de ellos. Algunos eran casi invisibles. El olor de la muerte venía en todos los formatos, un olor con alas para los pájaros, húmedo en los peces, embarrado de fango, con hojas incrustadas, olor a pata herida, a cáncer terminal, a metástasis, a vejez, a muerte largamente pospuesta, olor a zoológico en decadencia que Caleb sintió a su alrededor, encima de su cabeza, bajo la tierra, en el aire y en la boca. Solo después fue que vio a los animales que intentaban acercarse a él, que se pegaban a los barrotes, que extendían las patas y las trompas, que batían las alas, que ascendían en una fila interminable y diminuta por las piernas de su padre. Un ninido de hormigas, gritó el hombre de las medallas. Casandra chilló, Caleb eres malo, muy malo, cuando una paloma que voló rasante cayó al suelo, con el corazón hecho añicos.

La muerte fue dejando una estela en torno al niño, una estela de cadáveres de insectos y el informe sonido de protesta de los otros animales que no habían podido tocarlo.

Hay que ser muy hembra para tener hijos sin pedir una epidural. Parirlos a gritos y nunca estar del todo segura de que te han quitado un órgano o te han sacado un bebé de las entrañas. Esa incertidumbre amaina, sí, con el tiempo, cuando el bebé crece y te retribuye las ojeras, las estrías, las tetas caídas ya sin esperanza, la piel colgante, el desgarro vaginal, los puntos externos e internos, la violencia de los obstetras que metieron mano y arrancaron sangre de tu sangre y carne de tu carne. Todo ese dolor, toda esa agonía acaba, sí, de una vez, cuando tu hijo empieza a sonreír y descubre tus ojos, y te hace sentir

importante. Más que eso, te hace sentir que eres, para alguien, la única criatura en la galaxia que se puede homologar con el principio divino, con la teoría de las cuerdas o el *big bang*.

Hay que ser muy hembra para parir, pero hay que ser más hembra para llegar a la conclusión de que nunca tendrás nada de lo que otras madres conocen desde las primeras horas, desde los primeros días, desde los primeros meses. Y no lo tendrás porque los tres hijos que has traído al mundo no solo se hicieron caca dentro de ti, lo que mal llaman sufrimiento fetal, pero que en realidad no es otra cosa que alegría fecal, un embarrado paulatino del interior de la madre, antigua casa de los fetos, con la más inmunda de las sustancias; no lo tendrás porque tus tres hijos no solo eran cabezones, bebés enormes que obligaron a que te ampliaran la episiotomía dos veces, e incluso uno de ellos se atrevió a más, vino de nalgas; no lo tendrás porque tus tres hijos son tres hijos de puta.

Y eso no indica que seas una mala madre. Lo has intentado todo, incluso quererlos, que a la larga era lo más difícil. Aunque no fueran particularmente lindos ni inteligentes, ni quedaran bien en las fotos ni fueran el resultado de un amor de película, al verlos llegar al mundo te lo prometiste, los voy a amar, me va a dar trabajo, pero aprenderé porque ahora estos niños son míos y ellos me enseñarán lo que es el amor en su esencia más pura, no el amor a la política ni a las medallas, no el amor al Líder Bigotes, no el amor a la tierra donde nacimos y que defenderemos hasta el último hombre, como dictan las consignas, no el amor al país, a esa entelequia sin ojos ni cara de bebé, y aunque el aprendizaje será difícil y largo, ellos estarán a mi lado, y yo seré el mundo para alguien.

Pero claro: estabas equivocada. Hay que ser muy hembra para admitir que los sueños de la maternidad son una utopía. Hay que ser muy hembra para no escupir a los tres pedazos de hijos de puta que se alimentaron de ti, que nunca te sonrieron, que jamás te han querido y que tienen objetivos bien trazados en sus pequeñas vidas de miserables.

Hay que ser muy hembra para llegar a una conclusión semejante: amar a los hijos no es una condición biológica, sino un proceso de aprendizaje que puede verse frustrado ante cualquier circunstancia.

Así que ahora tienes a estos tres zorros, a los tres pichones, a los tres cerditos: Casandra, Caleb y Calia.

Cacasandra. Cacaleb. Cacalia.

En lo único que ha atinado el padre es en el nombre, en la repetición de la primera sílaba, en ese gaguear ridículo que por primera vez tiene un propósito: justicia poética.

El que se caga en las entrañas de una madre no tiene perdón.

Hay que ser muy hembra para mirar a los ojos de esos tres cada noche y decirles:

—Buenas noches, cielito Casandra.

Cacasandra, la cerdita hormonal que sueña con templarse a un puente o al Muro de Berlín.

—Hasta mañana, mi ángel Caleb.

Cacaleb, Doctor Dolittle en formato ángel de la muerte.

—Hasta mañana, mi chiquitina favorita, Calia.

Cacalia, Da Vinci de pacotilla que tiene la habilidad comunicativa de una placenta.

Y aun después de tanta hipocresía, incluso después de tanto esfuerzo emocional para unir palabra con palabra y que no salga una escupida, hay que ser muy hembra para soportar que los tres hijos de puta no te miren, que no te hablen, que para ellos seas igual de importante que la borra del café.

Toda su vida supo que no iba a morir de manera común. Aquella certeza era un alivio. No le importaba el dolor de la muerte. Estaba dispuesto a darlo todo por el país y por su historia.

Le llenaron el pecho de medallas. Era el hombre prudente, un verdadero hijo del pueblo. Tenía siempre las palabras precisas en la boca e intentó que esas palabras no se le escaparan, que sobrevivieran como el mejor testigo del éxito de su trabajo si alguna vez las medallas le fallaban o enmudecían. Pero el hombre prudente no sabía que tanto las medallas como las palabras estaban condenadas a morir en algún momento. De forma repentina, todo a su alrededor comenzó a desmoronarse.

Había cumplido con el protocolo de la vida de manera perfecta. A ver quién podía marcarle un fallo en la portería del deber. Nadie. A ver quién podía señalarle con un dedo. Nadie. Cuando fue preciso luchar por el país, allá fue él. Cuando fue preciso alzar la voz para defender al Líder Bigotes, habló él. Cuando le encomendaron la difícil tarea de controlar a los enemigos del pueblo con preguntas y dolor, quién fue voluntario, quién aceptó la carga del deber, no es precisa una respuesta, ya se sabe, las órdenes existen porque hombres como él viven para cumplirlas. Y, por supuesto, papá se consideraba un héroe. Un héroe envejecido, que sentía el cansancio en la fibra más profunda de los huesos, pero que quería seguir en pie.

Papá sabe que el poder no se cede. Se gana o se pierde.

Y a él le había tocado perder.

Perder es un sinónimo de desgracia en el lenguaje de la política. Papá manejaba tan bien aquel idioma que, cuando hablaba de medallas, de guerras y triunfos del pasado, era imposible entender a

qué historia se refería, si a un recuerdo borroso o a un relato inventado en la contingencia de su tragedia. Una contingencia muy útil, muy imaginativa, que obligaba a papá a transformarse en nana de los cuentos, capaz de describir la guerra como un arrorró mi niño o sus momentos de esplendor militar como una clase de mitología comparada. Por supuesto que las historias se repetían, al menos al principio, cuando la vocación narradora de papá aún no estaba lista para la adaptación. Luego lo consiguió. Papá era el hombre prudente, el rostro de la persistencia. Aprendió a condimentar las historias, a mezclarlas, les incorporaba un elemento novedoso, un personaje sacado bajo la manga, cosas así, técnicas narrativas de último modelo, carrocería narrativa de último modelo. Y cuando tuvo armado al monstruo gordo de sus historias y le vio las nueve patas peludas, y la oreja deforme, y las medallas al pecho —porque también el monstruo había sido un hombre de su tiempo—, entonces se sintió satisfecho. Había logrado construir una épica hecha a su imagen y semejanza. Había logrado construir un país según sus propios moldes.

Se consideraba un hombre de su tiempo. Tan o casi tan importante como el Líder Bigotes, que no debía ser llamado así —importante no olvidar— como tampoco debía ser nombrado cariñosamente Abuelo Bigotes. Aquellas eran familiaridades innecesarias, frescuras de niños. En la vida militar, buenos azotes les hubieran dado a aquellos que mencionaran el bigote del General y aliñaran la sazón con algún mote cariñoso. General Bigotes no estaba tan mal pues señalaba el rango, asunto de importancia, pero de igual forma a papá le parecía un ejercicio de vulgaridad de la cepa más peligrosa, la cepa de la indisciplina. Qué era aquello de Bigotes, ¿una burla a la cara del General?, ¿una burla a su decisión de mostrar un elegante vello facial en vez de una calvicie frontal morfológica?, ¿qué hay de raro en un bigote para usarlo como calificativo? Papá sabía que para hablar del General había que mirar dos veces, estudiar tres veces antes de pronunciar una sola sílaba. Descalificar la vida, la apariencia física y las decisiones del General era asunto serio. El más serio de todos. Sobre todo ahora, que los años de la desgracia habían llegado para la familia.

Como hombre de su tiempo estableció leyes de estricto cumplimiento para todos en la casa. Una especie de corte marcial sin juicio. A Casandra la llamó aparte. Era la mayor de los niños y solía hablar del General con demasiada familiaridad. Abuelo Bigotes. Viejo Bigotes. Y los bigotes iban y venían, salían de la boca de Casandra y con ellos la potencial seña del pecado que, ay si caía en manos erróneas, toda información resultaba valiosa ahora que la familia era observada como bacteria a través de microscopio, ay si los escuchaba una oreja peluda, malintencionada, una oreja que no llevaba medallas

en el pecho como papá, y si las llevaba, pues no las merecía. Tantos años en la política le habían probado a papá una sola ley: no todos los días nace un hombre dispuesto a sacrificarse por su tiempo.

—Mira, Cacasandra, ya eres casi una mumujercita, y debes sasaber la verdad… —el discurso había sido largamente planificado, sílaba a sílaba, ninguna sobraba. Papá bajó la voz hasta caso transformarla en un susurro—: ¿Meme obedecerás, hijita?

—Depende… —bostezó ella—. ¿Es algo aburrido?

Papá evitó levantarle la mano a la chiquilla bocona. Luego decían por ahí que los militares eran violentos, que establecían una dictadura en sus propios hogares. Le preocupaba mucho que en el futuro decidieran hacer un documental sobre él, por ejemplo. Un documental sobre su vida heroica. Era mejor no tener expectativas peligrosas por lo que, de inmediato, papá dio atrás a aquella cinta de su mente y tomó la decisión: era preferible y más acorde a las circunstancias que hicieran un documental sobre el General Bigotes, donde tal vez Cacasandra, Cacaleb y Cacalia tuvieran un chance, un momento de estrellato, en el que pudieran contar alguna anécdota familiar y divertida sobre él, sobre papá querido, un hombre de su tiempo, dispuesto a enarbolar el fusil y la palabra con tal de defender al General. Papá soñaba con que el anecdotario no fuera frívolo, los hijos podrían además añadir que era un padre amable, que nunca levantó la mano para reprimir al hijo o la hija díscolos, que siempre tuvo domingos de zoológico, que regaló innumerables lentes rotos de cámaras Kodak para que la primogénita empezara una rara colección y que apoyó el mutismo selectivo de la benjamina. Fue un hombre de su tiempo, dirían sus hijos en el documental, pero también un padre de su tiempo, gentil, amable, democrático, familiar, preocupado y ocupado. ¿Golpear la carita redonda de Cacasandra, de la provocadora hijita? Ni forma.

Papá sonrió:

—No, no es algo aburrido, es una nueva ley que entrará en vigor en nuestra fafafamilia.

Casandra bostezó y se encogió de hombros:

—Bueno, ya, suéltalo…

—El Abuelo Bigotes… Decir eso es una mamamala costumbre. Ya no sé cómo hacértelo enten… entender. A partir de ahora lo llamaremos el Ú… elú… elúúúú…

—¿Elú?

—El Único. ¿Has comprendido?

—Ajá.

—Cacasandra, no es un jue… un jue…

—No es un juego. Ya sé.

—¿Qué sabes?

—Que te van a quitar las medallas, ¿no?

Papá se llevó las manos al pecho, en un gesto de pánico verdadero, el pánico que solo un hombre de su tiempo podría sentir:

—Nonono.

—¿Ah, no? —Cacasandra hizo una mueca—. Creía que habías hecho algo malo para que el Abuelo Bigotes se enojara tanto. Es decir, en las fotos, el Abuelo Bigotes siempre luce enojado, pero en la vida real es bastante amable, y pensé…

—¡No pipipienses más!

—Okey.

Papá la quería. Es decir, los quería a los tres. A sus tres pequeños fallos. Pero a veces era difícil. A veces era preciso recordar que los hombres de su tiempo eran padres democráticos a la vez que militares inflexibles. Una cosa era gobernar el país y otra cosa educar a sus tres malogrados experimentos genéticos. ¿Desilusión? Evidentemente. Había soñado con hijos heroicos, que hubieran heredado sus mejores rasgos físicos y lo notable de su personalidad de líder, además de otras cualidades morales que los hicieran dignos de llevar uno de los apellidos más importantes del país. Pero la genética era una burla, una cagada. Un óvulo mediocre y un espermatozoide sometido al estrés de la dirigencia no podían crear mejor producto. Estaban destinados al fracaso. De hecho, a tres fracasos consecutivos.

Cacasandra, por ejemplo, era el fiasco primogénito y el más doloroso. Cacaleb no molestaba. Estaba siempre por ahí, quién sabe si perdido dentro de su propia cabeza. Y ni hablar de Cacalia. Cacalia era un mundo dentro de un mundo, y papá estaba seguro que se trataba de un universo muy complejo, repleto de elefantes de acuarela, elefantes de plumilla, elefantes de óleo, perfectos anatómicamente; un universo como una carretera donde papá ni nadie podía hacer autoestop porque no existían camiones, ni taxis, ni motos, la carretera estaba libre de contaminación sonora y atmosférica, libre de todo, excepto de Cacalia y sus animales, que no respondían al autoestop desesperado de ningún ser.

No obstante su condición de fiasco primogénito, Cacasandra era la más cercana de los tres hijos; la única capaz de tener algún comportamiento semejante al de un niño o un adolescente, aunque este aparecía rebozado, es cierto, en el pan y el huevo de una falsa sabiduría, la sabiduría de la juventud que pretende encontrar palabritas rebuscadas y escupir a la cara de los padres. Cacasandra era díscola y papá no significaba nada para ella, y es preciso señalar que papá lo sabía, lo sentía, se abrumaba cuando entraba al cuarto de la hija, tapizado con fotos de la Torre Eiffel, de puentes y puentes, fotos

de la Sagrada Familia, fotos y fotos de ángulos de edificios, de construcciones, qué rara la hija, la gran arquitecta, vaya con las manías de la juventud.

—Respoponde correctamente, Cacasandra, no me digas o… okey.

—Súper.

—No didigas súper.

—¿Y tampoco digo Abuelo Bigotes?

—Na… nada que tenga que ver con sus bibigotes. Ni con abuelos, ni con tíos. Es Nues… Nuestro Líder.

—El Único.

—O El General.

Cacasandra esbozó una sonrisa:

—Voy a extrañar al Abuelo Bigotes. Me regalaba muñecas.

—Y que coconste, no me van a quitar las meme… medallas.

—Súper. Qué bueno por ti. Imagínate si te las quitan. Es como si te hubieran cortado los brazos y las piernas. O peor.

Cacasandra tenía razón. Mejor ser un mutilado que un hombre sin historia, que un hombre sin tiempo ni país.

—Habla babajito, que nos oyen —la reprendió papá—. Hay micró… crófonos en tototodos lados.

—Podría haber micrófonos en todos lados —Cacasandra se rio—, pero eso no lo sabes. En verdad no creo que ya tengan interés en escuchar nada de lo que dices.

Maldita chiquilla. Maldita juventud. Al parecer, ser joven era sinónimo de estupidez.

—¡Soy un hoho…! ¡Soy un hoho…! ¡Un hohohombre importante!

—Sí, sí. Pero el Abuelo Bigotes… El Único ya no te quiere. Eres, ¿cómo se dice?, daño colateral. Dime la verdad, ¿qué fue lo que hiciste?

—¡Nada!

—¿Nada? Lo dudo.

—¡Fuefuefueron ellos, no yo!

—Ah, los tíos…

Papá se mordió la boca.

—¿Qué sabes de los títítíos? ¿Qué sabes, Cacasandra?

—Son unos traidores, ¿no?

Papá volvió a morderse la boca.

—Quisieron matar al Abuelo Bigotes. —Cacasandra se encogió de hombros—. No digo yo si se iba a enojar.

Todos susurran por los rincones y hay un malestar que se respira en el aire, que penetra con su olor a cosa viva en cada diminuto

alvéolo de los pulmones. No importa. Calia sabe que lo más importante no es pensar en el mundo exterior donde los mamíferos aparentemente superiores se han reunido bajo un mismo techo y donde, por costumbre genética, se llaman familia los unos a los otros. Realmente, lo único valioso es terminar de dibujar la pata del elefante, que no es tarea difícil. Lo difícil viene ahora: los pelos de la trompa. Calia suda. Las moscas se posan sobre ella. A ver si el dibujo de los pelos le sale bien, si parece que se mueven con cada inspiración del elefante. Si los pelos no se mueven son cualquier cosa menos pelo. Mientras toma la plumilla y afila la mano para que no se agite —en cuestiones anatómicas se precisa un ejercicio profundo de relajación —, Calia cuenta hacia atrás varias veces e intenta fijar la imagen de un loto dorado que se abre precisamente ahí, no más a la izquierda ni a la derecha, sino en el centro de la frente —ábrete, loto—; que la mano no tiemble y que el pelo sea pelo, no mariposa, que el pelo se mueva con el viento y que no vuele la mariposa. Calia se enoja, no sabe por qué piensa en insectos coloridos si ahora lo que tiene entre manos es un asunto de precisión y no de estética, pero el batir de esas alas se percibe justo encima del loto dorado. Ábrete, loto dorado; fuera, mariposa. No te poses, mariposa, en el puto loto. Es difícil lograr la concentración porque afuera está mamá. Calia la reconoce porque es la más gorda de los mamíferos superiores de su mal llamada familia. Mamá pronuncia su nombre, intenta atraer la atención de Calia y cerrar el loto dorado —púdrete, loto—, no hay forma de salir del enredo, no hay forma de escapar del llamado de atención de mamá así que Calia la mira, ahí está el mamífero gordo, y Calia observa sin ver el rostro del mamífero hasta que nota —oh, curiosidad; ábrete, loto dorado— que mamá tiene pelos en la nariz, largos pelos de elefante, pelos hiperrealistas que se mueven —ábrete, loto— y tiemblan con cada inspiración. Así deberían ser los de los elefantes, piensa Calia, y de inmediato llega la idea recurrente, las mariposas tendrán pelos, se pregunta. Pero las mariposas desaparecen de repente porque el ruido exterior que emite la trompa, es decir, el aparato nasofaríngeo del mamífero aparentemente superior que está frente a Calia lo inunda todo:

—A ver, ¿qué dibujamos hoy, mi cielito? —pregunta mamá.

Ciérrate, loto, se acabó la magia.

Calia se aburre, vaya si se aburre, cada vez que el mamífero le habla. No son palabras normales, sino algo más complicado que llaman terapia. Muérete, loto. Púdrete, loto. Calia sigue mirando los pelos, sería bueno saber por qué este grupo de animales supuestamente evolucionados la observan tanto. A lo mejor les gustan los elefantes. Qué haría la familia si supiera que Calia no los soporta.

Es posible mirarlo desde otro ángulo. Por ejemplo, a un mamífero

superior parlante nunca le apetecería conversar con una oruga. A partir de ese ejemplo es fácil sacar conclusiones —ábrete, loto—: a Calia, *homo sapiens* creador, no le apetece conversar con los simples homínidos. No es una cuestión de incapacidad ni de adaptación, la lengua es útil, el lenguaje es útil para la comunicación entre miembros de una misma especie, pero qué asco malgastar saliva en el *homo sapiens vulgaris* —suspira, loto— aunque sea parte del protocolo. Calia sabe lo que significa el protocolo y también sabe que la familia, esos parientes que la genética le ha endilgado como al azar —ábrete, loto —, se preocupan por su evolución lingüística y comunicativa; cuando esto sucede, estorban.

Mamá, la de los pelos largos en la nariz, habla de nuevo:

—Calia, bonita, dime la verdad.

Y luego escandaliza:

—¡Moscas!, ¡moscas en todos lados! ¡Te las voy a espantar! ¡Las tienes arriba, Calia!

Alitas de moscas.

—Lo único que quiero es que me digas la verdad. Dime si eres tú, si estás ahí —la voz de mamá suena rota.

Calia dibuja más rápidamente.

Alitas de mariposas.

Yo les voy a hablar del amor, ¿okey? Es lo que se espera que una adolescente haga en una historia que, al menos parcialmente, le pertenece. Cuestión de hormonas y localización geográfica. De vocación narradora y de testigo. Testificar sobre el tema amor no puedo, no mucho, no. Para hablar de amor es preciso haberlo visto desde una tercera persona imparcial, omnisciente, omnisapiente, omnipensante o quizás omnignorante. Se deduce que todo niño que nace es fruto de un particular batido de hormonas, necesidad biológica, ideal de perdurabilidad, al que se le suma, en ocasiones, un ingrediente secreto. El ingrediente secreto, como muchos habrán afirmado sin necesidad de pensarlo, es el amor. Solo que ese ingrediente secreto es un componente raro en la naturaleza, aparece muy pocas veces y siempre en una ventana de tiempo estrecha. ¿Me siguen? ¿Todo okey? Súper. Por ejemplo, la ventana es tan estrecha que el amor solo se manifiesta en los principios de una relación o en sus peleas más famosas, así que es difícil que un hijo se engendre justo en el marco de esa ventana, justo en la brecha pequeñita en la que el ingrediente secreto florece y se manifiesta.

Sería demasiado coincidente que yo fuera el resultado armonioso de la unión de mis padres, ¿cierto? Amor nunca hubo allí. Y si lo hubo, lo cierto es que la cocina se quedó sin el ingrediente secreto

hace mucho tiempo atrás. Es difícil, ya lo sé. Amar es complicado. A ver quién se atrevería a aguantar la terapia de mamá. A ver quién se atrevería a aguantar las medallas de papá.

Así que partiremos del principio de la ignorancia, ¿okey?

Yo les voy a hablar del amor pero a mi manera. Por eso los invito a batir conmigo esta jugosa ensalada y a escandalizarnos del producto, porque en esta mesa no se presentará un plato bonito ni del agrado de todos.

Recuerdo mi primera vez.

¿Quién no?

Para hablar del amor, es preciso hablar del objeto del amor. En todo lo demás, la manifestación del enamoramiento es igual o muy parecida. Súper, ¿me siguen?, así no nos complicamos. Yo digo amor y tú entiendes de qué va la cosa, sin necesidad de usar metáforas. Lo que cambia es el objeto. Es decir, *eso* que nos enamora.

Digo *eso*.

¿Comprendes?

Para mí no es *eso*. O no es solamente *eso*. ¿Okey? Que sí, entiendo, no respira, no es igual que tú, que Cacaleb o que Cacalia, pero tampoco está tan muerto como los bichos que mi hermano mata. Digamos que es una respiración *otra*. O una vibración. Una vibración secreta. ¿Me sigues?

¿No?

Les estoy hablando del amor. Del objeto del amor. De mi primer objeto del amor.

Mi padre comenzó a tirarnos fotos. Por un tiempo, fue su gran obsesión. Un hombre importante debía tener un registro gráfico de su vida y de la vida de su progenie. En ese ángulo entrábamos nosotros, así que papá nos obligaba a vestirnos, a disfrazarnos de marineritos, de soldados, de mineros, de gnomos, ropas para salir, trusas para una falsa playa que nunca tuvimos, trajecitos de domingo, de lunes, de miércoles, sonríe, Cacasandra, posa, Cacaleb, nos pedía, y más tarde, cuando llegó Cacalia, la incluíamos en las fotos aunque mi hermana mostraba resistencia, no era parte de nuestros ángulos ni le gustaba la idea de disfrazarse de marinerito o de soldado, Cacalia, sonríe, Cacalia, mira para acá. Pero Cacalia como siempre, en su dibujo, en la etapa culo de mono, muy concentrada en los detalles venosos, esponjosos, en los detalles hiperrealistas, no quedaba otra que obligarla a entrar en el círculo de los tres hermanitos, foto, foto, foto, Cacaleb con su cara obediente y yo con mi mejor expresión de amor.

Porque sí, ya me había enamorado, y el objeto de mi amor estaba en el cuello de papá, y era el testigo de mi vestido de marinerita y de mi lazo rojo, o de mi lazo azul y de la trusa de vuelitos.

Fue amor a primera vista.

O a primera foto.

Qué bonita, Cacasandra, papá elogiaba mi sonrisa y por primera vez lucía orgulloso del hecho de que yo no fuera un desastre, y sí coherente con su sueño de la perdurabilidad a través de la imagen. Pero yo no lo hacía por él, sino por *eso*.

¿Okey? ¿Me siguen? ¿Nos entendemos?

Mi primer amor fue la cámara de fotos de papá.

Era una cuestión de enfoque. O del lente. Me enamoré del lente. De su redondez, de su capacidad para abrirse como una flor. Era frío, olía a algo raro, a plástico y cristal. Todavía hoy recuerdo el olor a plástico y cristal que ha evolucionado a otros olores más complejos, como por ejemplo, el olor a óxido de los puentes viejos, el olor a cal de los edificios, el olor a madera de una silla. Amor corto el de la silla, pero intenso, aunque ya ese será un descubrimiento del futuro, parte de la evolución de esta historia. Así que controlemos los impulsos y vayamos al pasado, cinta atrás, foto atrás.

Aquí estamos nuevamente.

Mis fotos favoritas eran aquellas en las que mis hermanos no tenían lugar. Las fotos solitarias me daban una oportunidad de mirar al objeto de mi amor y ser a la vez contemplada. Papá sonreía orgulloso. Y yo temblaba. Maripositas en el estómago. A ver, no mariposas, que Calia podría saber. Bichitos en el estómago, revoloteando.

Un amor en secreto es una mezcla agridulce de frustración y de hormonas, ¿sí? Claro que en aquellos tiempos yo no era capaz de ponerle nombre a las ideas y mucho menos a la dopamina que afectaba mi cerebro y no me dejaba dormir, ansiedad de separación, angustia, solo aguardaba por el momento perfecto en que papá volvía con su obsesión de documentar la realidad, qué alegría porque yo era parte de esa realidad, era parte de la historia. Si Cacaleb protestaba o Cacalia se negaba a ser tocada, entonces siempre quedaba yo, sonriente y dispuesta a ser fotografiada innumerables veces, dispuesta a hacer lo que fuera necesario por el objeto de mi amor. Era tan obediente que en ocasiones papá me permitía tocar el lente de la cámara.

La felicidad es una forma difusa que aún hoy asocio con el hecho de contemplar a lo que se quiere y ser a la vez contemplada.

Ya les dije que esta es una historia de amor, ¿okey? A lo mejor no tan típica como la clásica anécdota de chica conoce chico, chico conoce chico, chica conoce chica.

He amado a muros que han desaparecido. Esos amores son los más terribles. Una mezcla entre lo platónico y la sensación de que has

nacido después de tu tiempo. He amado a un lavavajillas. Algo breve, una relación de pocos meses. No me sentía correspondida, tuve que dejarlo ir. Luego he amado a edificios. Y a una torre. Es cierto que tuve un breve *affaire* con una silla, o quizás fue solo un chispazo, algo que no existió del todo, pero que forma parte de mis fantasías eróticas consumadas. La mueblería antigua tiene algo, un no sé qué, supongo que se trata de la experiencia, de la diferencia de edad, que siempre ayuda a que todo sea más excitante.

Estos son los objetos de mi amor.

¿Me sigues? Pues sí: esta es una historia romántica que habla de frustraciones adolescentes, de hormonas y de un ingrediente secreto, ¿okey?

Después no digas que no te dije.

El Abuelo Bigotes llegaba de repente, sin avisar. ¿Quién ha dicho que las visitas no anunciadas son desagradables? Ni manera. Alegría cada vez que el Abuelo Bigotes abría las puertas de la casa. Los nervios de papá se disparaban en forma de gotas de sudor que caían cuello abajo, frente abajo; los nervios eran los peores enemigos y por eso papá se estrujaba las manos, ser un hombre fiel a su tiempo y a los bigotes del General entrañaba un esfuerzo tremendo, sobre todo si se está en el hogar, en el reposo de la privacidad, donde todo es tan extraño, donde se puede gaguear confortablemente sin miedo al qué dirán los otros hombres de medallas y, sobre todo, sin miedo a que los niños luzcan raros, que ya lo son, y mucho. Falta hace que el Abuelo Bigotes no se dé cuenta.

Si lo supo alguna vez, al parecer no le importó. El Abuelo Bigotes entraba a la casa con las botas llenas de polvo, pero se sacudía los pies al entrar y llamaba a gritos:

—A ver, Casandrita, ¿dónde te has metido? —y mientras buscaba a la niña escondida, lo que era un pacto establecido de antemano entre el Abuelo Bigotes y Casandra, el General sonreía y se frotaba las manos.

Nunca llegaba sin regalos.

Al entrar a la casa, el Abuelo Bigotes se convertía en el anfitrión. No importaba que la casa no fuera suya. A fin de cuentas, el país sí lo era y aquel hogar, dentro de su país, formaba una parte más de la expansión de su territorio. Allí se jugaba según sus leyes y eso lo sabían todos. Sus escoltas se quedaban afuera, porque en aquel entonces los tíos aún no habían intentado asesinar al Abuelo Bigotes. La casa era pacífica y segura, territorio de paz de un hombre de su tiempo, fiel a su país, al Abuelo Bigotes y a la idea de una familia perfecta.

A Casandra, el viejo General le resultaba cómico. Demasiado alto y desgarbado. A veces le parecía flaco y otras veces gordo. El Abuelo Bigotes lo señalaba todo con el índice, como marcando qué era lo importante para él y qué lo prescindible. Lo señalaba todo, incluso las medallas en el pecho de papá:

—Oye, muchacho, recuérdame bien, ¿esa medalla cuándo te la di?

—Hace dos a… años, mi General.

—Ah, sí, hace dos años, ¿y por qué te la di?

Papá iniciaba una historia larga y un poco absurda sobre los motivos de su merecimiento, y eran tantos los detalles que el Abuelo Bigotes se aburría:

—Muy bien, muy bien… Ya recuerdo —mentía.

Le gustaba el café. Sin azúcar. Y los dulces muy azucarados. Era un hombre de contrastes. Lo más encantador en él eran, precisamente, los bigotes, que no parecían demasiado cortos o demasiado largos, ni descuidados o acicalados hasta el exceso. Los bigotes del General eran una expresión del equilibrio, digamos más, del equilibrio griego que, como saben todos, o al menos deberían saber, es la justa medida de todas las cosas. Podría decirse que los bigotes del General eran bigotes clásicos, regios, socráticos. Y lo único perfecto en su cuerpo. El resto era más bien mediocre. Incluso el uniforme dejaba mucho que desear. A primeras horas de la mañana lucía perfecto, pero con el paso del tiempo, el uniforme se estrujaba, perdía la paciencia, se llenaba de las huellas de manos y de puños, según el estado de ánimo del General en aquel día particular.

Casandra sentía fascinación hacia los bigotes.

—Ven acá, Casandrita, siéntate aquí… —decía el General, ya cómodo, mientras fumaba un tabaco y se tomaba una taza de café amargo.

A la niña no le molestaba el humo, pero el Abuelo Bigotes siempre apagaba el tabaco cuando la niña estaba cerca:

—Adivina qué te he traído hoy de regalo.

No era difícil adivinar:

—Una muñeca.

—Hay que ver lo inteligente que eres, Casandrita.

No hacía falta la inteligencia para saber que el Abuelo Bigotes adoraba regalar muñecas. En años y años, Casandra las tuvo de todo tipo.

—No hay nada más hermoso que las muñecas diferentes —decía siempre el General, y entonces lucía como un niño amante de los juguetes.

Casandra lo complacía. Era un pacto secreto. Armaba su corte de muñecas en torno al Abuelo Bigotes y él se arrodillaba junto a la niña,

y escuchaba atentamente las órdenes fingidas de Casandra. Muñeca, no seas mala y cómete todo el plato, no te gusta el arroz, pues estás de castigo; muñeca, qué te pasa, por qué no me miras a los ojos; muñeca, es verdad que vienes de un mundo azul. Y así, invenciones de porquería que Casandra improvisaba frente a los ojos del General, todo con tal de verle los bigotes griegos y perfectos. Entretanto, papá intentaba entrar en la conversación a toda costa, ser parte de la dinámica que existía entre el General y su hija. Era una buena oportunidad para que un hombre de confianza como él se convirtiera en un hombre de la familia, es decir, de la familia del Abuelo Bigotes. Hablaba, parloteaba y gagueaba mientras el General afirmaba con la cabeza, como diciendo sí al vacío. Casandra se preguntaba por qué el Abuelo Bigotes aguantaba que papá fuera tan idiota.

Cuando el General se aburría de la jerigonza de papá, hacía un gesto con la mano, un ya estoy aburrido que no requería otra sílaba para que fuera una orden, tajante y dura como un fusilamiento. Si estaba de buen humor, agregaba:

—Relájate, muchacho. Disfruta de tu hija. Pronto crecerá.

Casandra era más rápida. Más inteligente que papá. Se las arreglaba para sentarse encima de las rodillas del Abuelo Bigotes poco a poco. Aquel era un privilegio solo permitido a los niños muy especiales, aquellos que salían en la televisión cuando se conmemoraba una fecha importante o cuando el General quería dar la imagen de Padre del Pueblo. Los niños eran elegidos. Un *casting* especial que debía mostrar toda la variedad del país en sus colores y formas. Pero Casandra sabía que era incluso más especial que los niños de la televisión y de las entrevistas, porque ella vivía en el mundo real donde el General no era otra cosa que el Abuelo Bigotes:

—¿Por qué tienes bigotes? —le preguntó un día.

La mirada escandalizada de papá fue una reprimenda. Papá dijo el nombre de la niña en voz muy alta y Casandra fingió encogerse, fingió un susto tremendo, suficiente como para que el General chasqueara la boca con disgusto y mirara a papá. Ahora papá sabía lo que era ser regañado. Y claro que no le gustaba. A nadie le apetecía que el Abuelo Bigotes chasqueara la boca.

—Bueno, porque los bigotes son interesantes —le respondió a la niña.

—¿Interesantes?

—Y misteriosos. Por ejemplo, si me río, nadie puede saberlo a ciencia cierta. Y si estoy molesto, los bigotes ocultan cuando aprieto los labios. Los bigotes son como una máscara, Casandrita. ¿Sabes lo que es una máscara?

Casandra sabía, pero negó con la cabeza.

—Las máscaras son un arma. Y todo hombre inteligente debe tener al menos una.

—Entonces, ¿por qué papá no es inteligente?

El General se rio, se atragantó con la saliva:

—Qué niños estos —y luego miró a papá con sorna, aunque lo que dijo fue una respuesta para Casandra—: Pues créeme que es mejor que tu papá no tenga bigotes.

—¿Por qué?

—Bueno, preguntona, la verdad es que no me gusta que nadie me imite. Los imitadores están condenados al fracaso.

Por algún extraño motivo, papá tembló al escuchar aquello y Casandra sintió que ella era poderosa; de hecho, muy poderosa, ya que el Abuelo Bigotes parecía quererla a ella más que a papá y sus medallas. Por ejemplo, el Abuelo Bigotes no recordaba por qué ni cuándo le había entregado las medallas a papá y, sin embargo, rememoraba a la perfección el nombre de cada muñeca y el día preciso en que se las había regalado a Casandra.

—¿Te puedo decir abuelo? —inquirió Casandra.

—¿Por qué no? —el General sonrió, casi tierno.

—¿Mi Abuelo Bigotes?

El General no respondió, pero Casandra sabía perfectamente cómo lucía el rostro conmovido de un adulto.

Aquel conocimiento era también un arma.

Las moscas proliferaban aún más en el calor del verano.

El verano era la pupa original de la cual nacían todas las moscas.

Desde que las medallas de papá habían perdido su efecto y el Abuelo Bigotes no visitaba la casa, se habían establecido nuevas leyes de estricto cumplimiento para todos los miembros de la familia.

—Ha sido un mamalentendido —papá gagueaba y se estrujaba las manos con nerviosismo arrítmico—. El General es justo. No puede memedirme por lo que hici…hici…hicieron esos apápá… pátridas.

Los apátridas eran los tíos.

Los tíos eran las únicas personas normales que Caleb había conocido en su vida. Es cierto que no tenía mucho margen de comparación pues, en la casa, lo más cercano a la idea de ser común era mamá, que coleccionaba libros de autoayuda y psicoterapia de grupo, y cuyo odio hacia los tres hijos era una atmósfera densa que —Caleb estaba seguro— incluso las moscas podrían sentir si se esforzaban un poco. Del resto de los miembros de la familia, Caleb prefería no hablar.

Al parecer, ni siquiera eran conscientes de ser raros. Eso era más complicado aún. Tener consciencia de la rareza individual es un paso

hacia la tolerancia familiar, pensaba Caleb. Entretanto, las moscas más viejas o enfermas iban a posarse sobre él, y es preciso señalar que ya conocemos su propósito, incluso las moscas tienen un propósito claro en sus vidas de insectos, tema común de toda existencia: morir sin dolor, y Caleb era la píldora, el paliativo, Caleb era el pasaje de ida hacia el paraíso de las moscas, un lugar idílico donde estas podrían posarse sobre infinitos basureros. Caleb era el surtidor de la muerte. Al menos, se podía decir que el chico tenía consciencia de su rareza: sabía que era un pasaporte hacia la no existencia. Caleb tomaba precauciones para ocultarse, para resultar un poco más normal, había aprendido de los animales y de sus habilidades para el camuflaje. Recordaba a la perfección los ojos de Casandra aquel día en el zoológico, como recordaba la mueca de desilusión de papá y sobre todo a los animales muertos, a todos los que habían intentado tocarle con la esperanza, o algo semejante a la esperanza, de terminar la agonía del encierro. Eventos semejantes habían sucedido luego. Un conejo, una jicotea, moscas, infinitas moscas de patas jorobadas, sin alas, pegajosas después de sucumbir en el agua, húmedas y agonizantes; qué incómodo ver el desfile de los insectos en busca de la muerte. Caleb intentaba alejarse de ellos, pero eso era aún peor, los insectos se esforzaban, eran persistentes, hay que reconocerles la persistencia, cualidad de valor no solo para la especie humana. Se arrastraban los insectos, perseguían al chico como una procesión de mendicantes, hasta que Caleb se daba por vencido —*no sufran más*—, un rasgo de misericordia —*y no me hagan sufrir más, todos se darán cuenta que soy raro*—, y también un rasgo de preocupación mundana que ha de perdonarse en muchacho tan joven. Que vengan los insectos a mí, los agonizantes bichitos, cedía, y dejaba que las moscas, las hormigas, los grillos, las cucarachas se acercaran sin timidez en busca de la muerte, bien sabían los bichos el favor enorme que significaba el cuerpo de aquel chico, el favor de morir de manera pacífica.

A pesar de sus habilidades para el camuflaje, a Caleb no siempre le era posible ocultarse. Muchas veces tuvo que darse por vencido. Por ejemplo, en la escuela. De qué manera podía evitar que, en el patio de juegos, entre la yerba fresca, subiera por su rodilla una hilera interminable de hormigas aburridas de la vida. Cómo iba a saber que el conejo de su hermana estaba enfermo de cáncer, terminal, podrido el conejito, en un sufrimiento agónico, que ya no roía hierba, sino que miraba al mundo como a través de una ventana sin cristales, hasta que Caleb lo tocó inocentemente, sin ningún propósito, mucho menos salvarlo de un dolor que el chico no había descubierto, la única señal era que el conejito saltaba mucho, se lanzaba contra los barrotes de la jaula cada vez que Caleb se acercaba a él. Ahora, viéndolo desde el ángulo iluminado de la retrospectiva, la señal estaba clara. Pero en

aquel entonces del pasado, Caleb era incapaz de entender la señal: el conejito le parecía adorable; de hecho, estaba seguro de que era una conejita, es decir, una hembra embarazada, de ahí la panza redonda, de ahí que la conejita se fuera hinchando cada día más. Toda gestante, no importa de la especie que sea, se convierte a la larga en un bulto redondo. Cómo iba a suponer Caleb que no era cría, sino cáncer, y que también en ese hecho existía algo de gestación, solo que una dolorosa, diferente. Acarició al conejo, finalmente, un día como otro cualquiera y bastó que uno de los dedos de Caleb llegara al hocico para que la jaula se estremeciera un instante. Eso fue todo. Quedan solo por narrar los gritos de Casandra, que en realidad no pueden contarse tal y como sucedieron, como tampoco puede reproducirse cada palabra de la hermana mayor, Caleb-mata-conejos fue el mejor epíteto que se le ocurrió a la niña, Cacaleb, qué hiciste, inquirió papá, por qué. Las preguntas se quedaron en el aire, colgaron como zanahorias y, aunque Casandra no lloró, dijo te odio, palabras mayores, te odio, Caleb-mata-conejos.

De nada sirvió que le hicieran una autopsia al cadáver del bichito hinchado.

En aquel entonces, las medallas de papá servían para algo, tenían un propósito, cada medalla simbolizaba una orden que debía ser cumplida al pie de la letra, y si papá decía autopsia de conejo, pues aquellos deseos eran órdenes, y el conejo era abierto, cada uno de sus órganos analizado con atención. Quién sabe, mejor precaver que lamentar, tal vez uno de los enemigos del pueblo había logrado envenenar al conejo de los niños, cosas así suceden, decía papá, los enemigos del pueblo están en todos lados y usan métodos terroristas, no solo las bombas, que son las cáscaras de los enemigos del pueblo, sino formas enrevesadas, imaginativas, por ejemplo, el envenenamiento de un conejo con uranio u otro material radioactivo. Una autopsia podría darle un rostro a la muerte, un rostro que no fuera el de Caleb, pues según papá, incluso lo que más raro parece tiene una explicación natural y dialéctica, obediente a las leyes de la naturaleza. Quién iba a creer que un chico tenía el poder de ser mata-conejos, asesino-de-insectos. No, uranio radioactivo, enemigo del pueblo, aquellas eran palabras conocidas, palabras de manual, que papá sabía de memoria, que podía entender tan bien como el peso de sus medallas.

La palabra cáncer también era comprensible. Solo dos sílabas. Fácil. Ya está. El conejito, que no era hembra, murió por una enfermedad terminal y dolorosa. Fue lo mejor para él, algo así dijo papá a una Casandra llorosa, y para consolarla le regaló un nuevo lente de cámara fotográfica, así la niña lo olvidaría todo con su nuevo juego, un juego que parecía entretenerle.

—Oye, Cacaleb —le preguntó papá unos días más tarde, cuando encontró el tiempo para que ambos estuvieran a solas—, ¿qué le hiciste a ese conejo? Dime la veveverdad.

—Nada.

—¿Lo totocaste y se murió? ¿Eso?

—Sí, en el hocico.

—Entonces le pateaste el ho… el ho… el hocico.

—No.

—¿Fue como a… aquella vez en el zoo?

—Sí.

—Mierda, Cacaleb. No se lo digas a nadie. Recuerda que los e… que los enemigos del pueblo están en totodos lados y usarán cualquier coconocimiento que tengan en nuestra cocontra.

Papá no dijo más ni hizo otra pregunta. Se fue a limpiar y acariciar sus medallas. Aquello le daba tranquilidad.

Caleb pensaba a menudo en los enemigos del pueblo. Eran muchos y estaban en todos sitios. Una ecuación matemática: a mayor importancia de papá, más enemigos acechaban a la familia. Conclusiones: ahora que papá tenía problemas, el número de enemigos debería menguar, ¿o no? Caleb también pensaba en los tíos. Ley de asociación. Los tíos, que eran tan normales, se habían convertido en una especie rara de monstruos. Ni sus nombres se pronunciaban ya, al menos no en voz alta. *Ella* —femenino de la tercera persona del singular— era la tía. *Él* —masculino de la tercera persona del singular— el tío. El uso correcto de *ellos* —tercera persona del plural— resumía la unión de aquellos dos enemigos del pueblo que además eran, particularmente, los causantes de la desgracia de papá.

Era difícil saber en qué consistía la desgracia de papá. Tampoco se hablaba de eso en voz alta. La televisión había sido prohibida, al menos de momento, en casa no había radio y los periódicos no llegaban desde hacía semanas. El mundo exterior se había convertido en una ostra. Y aunque a papá no le habían retirado las medallas, algo sucedía, y bien que sí, porque el General Bigotes ya no visitaba la casa y papá gagueaba como un loco:

—E… E… Ella fue la culpable —hablaba de la tía, femenino de la tercera persona del singular—. É… É… Él era un cómeme… un comemierda, siempre hizo lo que ella quequería.

Los tíos eran personas normales. A ella le gustaba coser. El tío cocinaba espagueti. Tenían dos hijos. Todos usaban espejuelos. Las personas con espejuelos son las más comunes del mundo. Caleb no podía imaginarse que un enemigo del pueblo usara espejuelos.

Era demasiado vulgar.

La obsesión con las mariposas comenzó años atrás, cuando mamá era aún niña. En aquel entonces se hablaba en voz baja de muchos asuntos. Alzar la voz era un privilegio porque todas las paredes tenían oídos, incluso las paredes de los vecinos. Esas eran las más peligrosas. No se podía confiar en nadie. Así que era preciso guardar bajo doble llave los secretos. Mamá era chiquita, pero ya sabía que alzar la voz era un acto de rebeldía y si preguntaba, si quería saber qué era lo que conversaban los adultos en la mesa, a la hora de la comida, solo escuchaba la típica respuesta, los niños hablan cuando las gallinas mean oro sólido, los niños preguntan cuando las ranas crían pelos, los niños opinan cuando los peces vuelan, y aquellos fenómenos de la naturaleza, tan distintos a otros fenómenos que mamá niña tan bien conocía, eran tan raros que ella no soñó jamás con enterarse de nada.

Sin embargo, al cabo de un tiempo supo, o mejor dicho, descubrió entre líneas, entre los costurones de las líneas, de qué hablaban los adultos, asoció palabras y unió conceptos.

De fenómenos de la naturaleza, mamá podría hablar durante horas.

Por ejemplo, de la tía bonita, la muda solterona, la muda de culo grande, la que pintaba, la que nunca había parado de pintar desde que tenía dos años, la que nunca había pronunciado una palabra pues, y así decía la abuela de mamá niña, que era a su vez la mamá de la tía muda, hay que dejar que Juliana se entienda con dios a través de las crayolas porque eso vino a hacer en este mundo. A la tía bonita se le permitió dibujar todo lo que quisiera. Y mira que lo hacía bien. Un genio. Un genio ocupado en la precisión anatómica de la morfología de los animales. Qué lástima que la tía bonita no se ocupara de hacer dinero, qué lástima porque serían millonarios, quién no querría tener un elefante casi vivo en un cuadro, quién no querría tener monos, ballenas, loros, quién no querría tener salamandras que parecían respirar, quién, pero la abuela de mamá niña sabía, la madre de la tía muda sabía, dejen que la muchacha se entienda con dios, no la molesten, para qué van a vender sus cuadritos, la muchacha es feliz, lo importante es que la muchacha sea feliz, nosotros no le interesamos, no somos lo suficientemente inteligentes para ella. A mamá niña aquella afirmación le parecía una barbaridad, pero no decía nada, pensaba, a ver quién le iba a prohibir pensar si ella era la dueña del palacio de sus ideas donde las gallinas meaban oro, las ranas criaban pelos y los peces volaban, lo que sucede es que la tía no nos soporta, le estorbamos, algún día voy a tener la razón, se convencía mamá niña, nada más hay que mirarla a los ojos un segundo y enseguida se nota, se ve a la legua, la tía es la dueña de la vida de cada uno de nosotros.

El verdadero fenómeno de la naturaleza llegó después.

La tía bonita comenzó a dibujar mariposas.

De un día al otro.

De la noche a la mañana.

A mí que me encantan las mariposas, suspiró la abuela de mamá niña que era también, como ya se ha señalado, la madre de la tía muda.

Con el dibujo de las mariposas todo comenzó a cambiar. Incluso la tía. Incluso la tía silenciosa, que aquel día habló por primera vez:

—Es hora de que empecemos a morir —dijo la tía y en la casa todos aplaudieron, aplausos como truenos, como pedradas, y nadie pensó en aquel momento en la selección de las palabras de la tía, en aquella idea de la muerte. Al fin y al cabo, ¿no se moría acaso todos los días? El milagro era otro, el milagro era que la muchacha de las mariposas hubiera hablado luego de una larga conversación con dios. Ahora, la conversación había terminado y dios estaba listo para usar la boca de la tía como habitáculo. Porque sí, la tía ya no era muda, era simplemente bonita y de ojos demasiado grandes.

Mamá escucha los gemidos de la cerdita Casandra, de la hija que arrastra en el nombre el prefijo mierda, y siente deseos de tumbar la puerta del cuarto a patadas. No hay nada peor que el sonido de un orgasmo ajeno cuando no se tienen orgasmos propios, a mamá le basta haber parido a aquella criatura conflictiva para saber que Casandra lo hace a propósito, que tras el refugio de la puerta de su cuarto, Cacasandra la cerdita se masturba para molestarla. Cacasandra la cerdita espera cada tarde a que el padre marche al mundo exterior, quién sabe qué asuntos llaman al padre hacia otros sitios. Entretanto, en el reino que es su propia casa, mamá no espera respuestas, no escucha, no responde las preguntas de su propia conciencia, el asunto es que el padre de Cacasandra, el dador del prefijo mierda, tiene una vida propia más allá de las fronteras de la casa, más allá del conocimiento de la esposa, más allá de los orgasmos que mamá no ha tenido, pocos y malos las veces que sí, ese es todo el mérito que se le puede conceder al hombre de las medallas.

El odio de Casandra no es depurado, es bastante elemental, un odio casi terapéutico de enfrentamiento hacia las figuras de poder, piensa mamá, especialmente hacia la figura femenina, eso explicaría a la perfección su cinismo y su cara de cerdita hormonal, sus gemidos y su expresión solapada de culpable una vez que alcanza el orgasmo y abre las puertas del cuarto para que todos la vean, espléndida después de venirse. Intento estúpido de adolescente que solo busca provocar el odio o la envidia maternos, en todo caso, este es un odio terapéutico, de manual, de librito, que podría fácilmente curarse si Cacasandra quisiera.

Cacasandra se concentra en gemir bien fuerte y bien duro,

inteligente la cerdita que escoge para tocarse las exactas horas en que el padre está afuera, curioso este odio adolescente que quiere ganarle a la madre, patológica Cacasandra, y lógica a una misma vez.

Mamá toca la puerta del cuarto de la chica con cuidado. Un toque leve, pero lo suficientemente sonoro como para arruinarle el gemido y el orgasmo.

—¿Casandra…? —tono de pregunta, sutil e involuntario, nada mejor que eso para contener a la hija cerdita, si la hija cerdita no fuera quien es, una desvergonzada hija de puta que solo piensa en el sonido de sus propios orgasmos, que quiere ver a la madre sometida por aquello que no quiere oír.

Durante un par de minutos, mamá se queda junto a la puerta y aguarda por una respuesta cualquiera, que al menos la voz de Casandra esboce alguna disculpa o que quizás no diga nada, pero al menos guarde silencio, el silencio de los solitarios y de los culpables, el silencio del hijo que sabe que probar fuerza con su madre es un error duro, de los de peor clase. Es inútil porque los gemidos de Cacasandra prosiguen allá adentro, elemental demostración del odio contra la madre, un odio troyano, un odio griego, tan antiguo como clásico, que bien se ajusta con su nombre.

No es la primera vez que mamá escucha los gemidos de Casandra. Crea lo que crea la hija, mamá sí recuerda cómo suenan los gemidos, sabe identificarlos. Si se piensa bien, el odio elemental de Casandra va encaminado hacia la sospecha: acaso la memoria de mamá sabrá identificar los sonidos de placer o estos le parecen el eco de una mano que limpia medallas, se pregunta la hija, porque solo al limpiar medallas es que papá tiene mano y tiene cuerpo, porque solo entonces es que papá es un hombre de su tiempo, cuando está lejos de mamá, que evidentemente ya ha cumplido con su propósito biológico de dar a luz a la descendencia, de ser la paridora; útero y vagina solo sirvieron como habitáculo temporal de los hijos y como canal de parto, mejor no tocar otros puntos de la anatomía del placer de mamá, mejor es fingir que no existen, que no existieron nunca, ya que no tienen ningún propósito que sustente la idea de la perdurabilidad genética de papá.

Sí, claro que mamá recuerda cómo se escuchan los gemidos, aunque la hija crea que ella es solo una incubadora, una gallina que pone huevos, una maquinaria expendedora de óvulos. Mamá podría también tocarse. Mamá podría también tener orgasmos si quisiera. Mamá se convence que podría, y al instante se da ánimos, para qué enfrentar la vulgaridad sexual de su hija con otra vulgaridad semejante, para acuñar un odio elemental, se pregunta, un odio terapéutico, inquiere, de qué le serviría demostrar que bien puede ser la reina de los orgasmos en esta casa, en este dominio que es suyo,

suyo y no de la cerdita Cacasandra, la del prefijo mierda atado al nombre.

Mamá prefiere quedarse detrás de la puerta y escuchar cómo la hija escucha que la madre está ahí, es decir, este es un espionaje bilateral de sonidos:

—¿Casandrita…? —mamá se esfuerza en tocar a la puerta de forma insidiosa mientras los gemidos aumentan su volumen.

El odio de la hija hacia la madre es un asunto natural, un asunto elemental, a veces es un odio muy sonoro, mamá lo sabe, mamá recuerda cómo se siente aguantar un orgasmo hasta que no puedes más, como hace Casandra justo ahora, que ya no puede más y termina con un grito, un grito leve y molesto, como un aldabonazo que se siente casi en la cara, casi al lado de la puerta donde la cara de mamá reposa.

—¿Qué quieres? —finalmente, Casandra atina a responder. Mamá retrocede cuando la hija abre la puerta. A su alrededor se esparce un olor difuso, el olor que se recuerda o se reconoce en cualquier lugar del mundo, denso como una nube de gemidos, y que mamá no olvidaría ni aunque pasasen mil años.

Mamá podría responder con una amenaza o cualquier otra pregunta idiota, que le quitara importancia al golpe dramático de efecto que Casandra ha pretendido darle, un golpe de estado, un orgasmo como golpe de estado que es una manera no tan sutil de demostrar el odio elemental hacia la paridora, hacia la gallina humana, hacia la vagina con cabeza que mamá es para la hija. Pero mamá no dice nada. No inmediatamente. Al cabo de un rato es que responde:

—Es hora de la comida.

Apenas le da tiempo para alegrarse al ver la mirada de Cacasandra, sus ojitos de cerda hormonal dispuestos para un segundo *round*, para un segundo combate, ya que la primera vez resultó inefectiva.

—Apúrate y termina lo que estés haciendo —vuelve a decir mamá —, antes de que llegue tu padre.

Casandra se encoge de hombros:

—Okey.

El verano es la peor época del año: doy mi opinión y punto. Y el verano es la única estación que se conoce en este país. Olvídense del invierno. Ni sueñen con otoño o primavera. Un país de una sola estación… y además tan calurosa. Por eso es que la gente termina volviéndose loca en este sitio. Miren, por ejemplo, a papá. El verano lo ha convertido en lo que es. Ahora está muy concentrado en imaginar venganzas, en soñar con el poder, se nota, se huele. Limpia y limpia

sus medallas, y qué bueno que no se las quitaron, porque con este calor y un papá sin ningún rastro de su antigua gloria al que aferrarse, el mundo sería una mierda.

Ser Casandra nunca ha sido un asunto fácil, ¿okey?

Para vivir aquí, y tener un nombre como el mío, hay que llenarse de paciencia, respirar profundo muchas veces y tener un objetivo en la vida.

Quizás sea por culpa de la elección de mi nombre, tema en el cual yo no tuve opinión alguna. Ser una princesa troyana en un país como este, en una familia como esta, es una misión mayúscula. Y con este calor, una misión imposible.

Vivimos encerrados en la casa. Afuera, dice papá, el mundo está sembrado de enemigos. Todos los que intentaron desmontarlo del caballo, finalmente lo lograron. Repite lo mismo una y otra vez. Así que aguanta, Casandra, no sueñes con el fin del verano porque estamos en el camino del eterno retorno y eso, señores que me escuchan, es abominable. Papá también es abominable, pero él no lo sabe. Hay que perdonarle la ignorancia. Es abominable porque apenas se lava los dientes y porque nos quiere demasiado. No hay nada más asqueroso que un padre que quiere demasiado a sus hijos. Somos la semilla del mal, pero él nos adora, no puede vivir sin nosotros.

Blablá. Esa es la excusa. Súper.

Por eso no nos deja salir afuera. A nada. Desde niños nos ha estado preparando para este momento. Para este escenario, y otras miles de potenciales catástrofes, porque como bien se dice por ahí, mientras más alto se asciende, más rápido se desploma uno, así que ahora papá aletea desesperado y en caída libre, hacia abajo y sin paracaídas, sin protección alguna, porque el globo del poder explotó.

Ser Casandra nunca ha sido un asunto fácil, ¿okey?

Esa es una afirmación que mamá no dudaría en tirar por el suelo. Según ella, ser Casandra es algo tan simple como ser cualquier otra persona. Lo dice y ya, no le tiembla la boca, no duda, porque mamá se cree la reserva de toda sabiduría, pero de esa sabiduría reseca, sin humedad, que no sirve para nada excepto como alimento para las polillas. Mamá es un poco eso, una polilla con mucho polvo sobre las espaldas. La verdad es que una no puede odiar a las polillas, están en este mundo porque sí y cumplen con un propósito, aunque todavía yo no tenga muy claro cuál es el suyo: ser la mujer de un hombre poderoso o ser la madre perfecta, no le va muy bien de un lado ni del otro porque, está claro, no hay duda al respecto, ser mamá nunca ha sido un asunto fácil, ser la mujer de un hombre poderoso nunca ha sido un asunto fácil, ser una polilla menos.

Quería ir afuera, a dar una caminata *espacial* por el barrio. Espacial

y no especial, fíjense bien que elijo las palabras adecuadamente, no es error, una caminata *espacial*, porque ahora salir al barrio y andar por las mismas calles de toda la vida es una aventura olímpica, es la guerra de Troya, una heroicidad semejante al hecho de conquistar el espacio pues, según papá, los ojos de los enemigos del pueblo —es decir, los ojos de los enemigos de papá, el hombre de las medallas a quien Abuelo Bigotes ya no quiere cerca— nos acechan. Y nosotros somos su carnada.

Cuando hablo de nosotros, me refiero a Caleb, a Calia, a mí, a los tres retoños, a la semilla del mal.

Hay que resistir.

Hay que acumular paciencia.

Súper.

Papá no entiende. No se le puede pedir tanto a un hombre que solo ha estado enamorado de sus medallas.

En realidad, la caminata *espacial* es un trayecto relativamente corto, ocho cuadras, siempre norte y en línea recta.

Al final de camino, justo allí, me espera mi amada.

A simple vista, mi amada no tiene nada de especial. No es el puente más bonito del barrio, ni siquiera el más limpio y probablemente sea el más viejo. Sus estructuras están llenas de óxido. Pero bajo el óxido se puede sentir la ternura, y eso no se oculta, no hay capa que cubra lo que ella siente por mí. Cuando la toco, vibra. A ver qué chica vibra así cuando una le da un beso. Ninguna. A ver qué chica te permite que la toques, que la acaricies de esa manera. Ninguna.

Supe que mi amada era una esencia femenina cuando lo hicimos por primera vez. Digan lo que digan, ¿okey?, la primera vez tiene algo de especial, algo de prohibido que desaparece con el tiempo. Ella siempre había estado ahí —ocho cuadras, línea recta, norte— era parte del barrio, uno de sus tantos puentes y por eso no puedo decir que fue amor a primera vista, sino un amor de reconocimiento, de aproximación. Aquel día la toqué y me di cuenta de que estaba lista para recibirme, así que me pegué a ella, óxido contra piel, metal contra hueso, y mi corazón latió por las dos hasta casi explotar en un orgasmo.

Ahora les voy a hablar de amor y literatura.

Shakespeare conocía todos estos asuntos mejor que yo. Mejor que nadie en el mundo, a decir verdad, porque cuando Julieta se asomó al balcón, no contemplaba a Romeo, sino que presionaba su cuerpo contra el ya mencionado objeto de piedra caliza, presionaba su cuerpo para recibir todo el amor y el deseo, un amor de cal veronesa, más eterno que cualquier otra forma de cariño que un Romeo cualquiera

pudiera haber brindado. Solo hay que leer entre líneas la dramaturgia isabelina, ¿okey? Solo hay que leer entre líneas a Shakespeare para entender la pasión de Julieta por los objetos de su amor. No lo digo yo, que me llamo Casandra y que vivo en el calor de este verano sin fin, lo dijo Shakespeare, que escribía mejor y más bonito.

A diferencia de Julieta, mi objeto del amor está lejos, aunque no demasiado. Una caminata *espacial* nos separa, las medallas de papá nos separan, la paranoia nos separa, y también el Abuelo Bigotes. Papá imagina miles de formas en las que la venganza del Abuelo Bigotes se consuma, y entretanto yo respiro el aire caliente. Tal parece como si en ese aire viajara un beso de mi amada, un beso oxidado, que me pide escape, que vuele, que corra hasta ella. Sé que mi objeto del amor me espera con su deseo tan eterno como el de la tragedia veronesa. Así que me siento heroína. Me siento Julieta, *oh, daga bienhechora, esta es tu vaina*. Las puertas de casa están cerradas todo el tiempo, pero las ventanas —*oh, daga bienhechora*— no. Las ventanas del segundo piso son una opción. Súper. Casi me siento la heroína de una película romántica. Un paso tras otro, alero, con cuidado, salto, *esta es tu vaina, descansa aquí* y corro ocho cuadras, línea recta, norte, sin mirar atrás ni pensar en el Abuelo Bigotes, sino en el hecho de que pronto voy a besarla.

El óxido en los labios, el óxido en los labios, el óxido es mi oxígeno.

Nadie que llame a sus hijos Túnez y Toronto podría ser normal, piense lo que piense Caleb. Aun apreciando sus consideraciones sobre el tema de lo ordinario y lo extraordinario, coincidiremos sin dudas en que Caleb es un chico muy joven, y más que eso, un chico diluido en sus problemas, que son muchos aunque intente ocultarlos. Habría que señalar, además, que Caleb siente difusas ideas eróticas por su prima Túnez y que todavía no ha decidido si es víctima de un complot encabezado por conejitos enfermos y otras menoscabadas especies del mundo animal, o victimario de dicho reino, verdugo real que sacrílegamente despacha las vidas de los minúsculos habitantes de la naturaleza. Es preciso señalar que Caleb no escoge qué animales mueren o no, los animales son los que realizan ese juicio. Eso debería servirnos de prueba fehaciente de la existencia de múltiples inteligencias: animal que conoce la idea del suicidio o de la eutanasia merecería llamarse especie superior y aquí tenemos un argumento más para esgrimir a favor de la causa ambiental. Es preciso señalar que ante este ejercicio democrático de impartir la muerte como si fuera la justicia, un muchacho como Caleb no puede tener muy claras las nociones del bien y el mal, de lo común y lo raro.

Sin embargo, es preciso excusarlo: tan joven Caleb y ya con tantos

problemas en la cabeza. No tomaremos en cuenta su idea inicial de que la tía y el tío eran seres comunes —mejor decir inocuos, indefensos, una sumatoria de espejuelos y mala visión compensada por el uso de dichos lentes—, para nada enemigos del pueblo o de las medallas del papá de Caleb.

Y esta no se trata solo de una apreciación levemente despectiva en torno a la decisión de los tíos de nombrar a sus hijos de manera tan particular, como un país y una ciudad provenientes del mundo de más allá de nuestras fronteras. El error recae en otra cuerda que intentaremos poner en blanco y negro. Afirmemos que, sin margen a dudas, este el único país que vale la pena tener en cuenta, eso se sabe, se sabe de antemano, sobre todo si vives dentro de las fronteras de esta nación, desde donde todo se puede ver con más claridad, tanto la oscuridad del mundo allá afuera como la luz de este mundo interior, íntimo, recatado, donde el verano gobierna, es decir, donde el verano y el General dictan las leyes.

Pero ciegos hay dondequiera que alguien no quiera ver y eso eran los tíos, dos ciegos voluntarios, y también los padres de Túnez, quince años, y de Toronto, ocho.

Y qué no ven los ciegos voluntarios, cabría preguntarse.

Pues no ven aquello que no desean, y ven aquello que sí desean, tan simple como se dice. Si un ciego voluntario busca las manchas del país, las encontrará. Las manchas existen con un propósito, quién lo duda, han sido colocadas sobre la tela del país con el objetivo de que ciegos voluntarios como los tíos las encuentren y así se sepa quién es fiel y quién no. Un método objetivo y justo, bien se sabe, y no es preciso meditar más sobre este punto porque, al fin y al cabo, poca importancia tiene en esta historia.

Túnez y Toronto vivieron con aquellos dos nombres tan horribles y, para darles crédito en los momentos en que se merece, es preciso decir que ambos se las arreglaron para ser niños relativamente normales. Sus nombres no fueron un motivo para la marginación ni la segregación escolar. De hecho, podría decirse que Túnez y Toronto eran casi populares, a diferencia de Casandra, por ejemplo, con sus manías de coleccionar objetos viejos, o Caleb y su tendencia, ya se sabe, a ser verdugo de los conejitos, y menciono a los hermanos mayores para no tocar un tema delicado, el tema Calia, muy bien que dibuja la benjamina, pero eso es todo lo positivo que se puede decir de ella. En comparación con aquellos tres hermanitos semillas del mal, Túnez y Toronto vivían integrados a la comunidad de niños, a esa sociedad secreta en la cual los raros no encuentran sitio, sociedad que aparta de inmediato a los miembros demasiado extraños del conjunto escultórico llamado niñez. Podría añadirse más, Túnez y Toronto eran tan gentiles que intentaron que Casandra y Caleb se integraran al

mundo escolar, punto de más para la dupla de los chicos de espejuelos, e incluso soportaban las continuas anomalías de los primos; las anomalías provocadas, sobre todo, porque Casandra y Caleb habían nacido en cuna de oro, es decir, en cuna de medallas, que es el equivalente de la realeza en estos tiempos que vivimos.

El origen del problema —honestidad ante todo— no eran Túnez y Toronto, quienes hicieron lo que mejor podían con sus nombres asignados al nacer, asunto en el cual nunca tuvieron opinión. Si algo precisamente raro puede señalárseles a los dos vástagos de los tíos es su única obsesión, una obsesión compartida por ambos hermanos: los juegos de geografía. A diferencia de Caleb y Casandra, que no tenían apenas idea de los nombres de otros países, ya que solo les importaba el sagrado nombre de su propio país, Túnez y Toronto eran capaces de localizar en un mapa cada ciudad, capital y estados del mundo, e incluso algunas curiosidades geográficas dignas de tener en cuenta. Se equivocaban poco, y aquella obsesión por los juegos de geografía fue analizada luego a fondo cuando el pecado político de sus padres salió a la luz. Se imaginarán que hablo del evento, del maldito evento que planificaron los tíos y que puso en jaque la salud de nuestro General Bigotes, evento que mencionaremos rápido, de pasada y solo a través de un breve análisis, no demos mal ejemplo a las nuevas generaciones y mucho menos ideas de cómo, por qué y cuándo podría suceder algo así de horrible.

El análisis sobre los juegos de geografía, aquellos juegos en los que Túnez y Toronto eran tan brillantes, ha arrojado resultados sorprendentes que es preciso analizar con lupa. No lo haremos aquí, sobre estas páginas, por supuesto; nos conformaremos con dejar prueba de la sospecha: quizás Túnez y Toronto fueron instruidos desde edades muy tempranas para ser enemigos del pueblo. Eso de localizar otros países y ciudades en el mapa indicaba la necesidad de conocer la forma de huir y pedir asilo en otro sitio. A ver por qué si no Túnez y Toronto eran tan brillantes en ese juego que, al menos en esta nación, no tiene utilidad. Y con esta sospecha podemos colocar un punto final y enfocarnos en el ángulo oportuno, el ángulo conformado por los tíos, por la dupla, por el eje del mal, que a fin de cuentas, de seguro fueron los inventores del juego de geografía y de atrocidades mayores.

Es preciso hacer una línea de tiempo para imaginarnos, de manera cabal, las acciones de los tíos en los días que antecedieron a los hechos que hoy nos incumben.

Al tío le gustaba comer las cáscaras de los huevos, excelente fuente de calcio natural, y la tía amaba las labores de costura. Ambos tenían las caras demasiado parecidas como si, al pasar los años, alguna esencia física se hubiera ido transmitiendo de cuerpo a cuerpo, hasta convertirlos en casi gemelos, en hermanos. La tía, por ejemplo, no era

tan semejante a papá, es decir, no lucía para nada como el hombre de las medallas, con quien compartía biológicamente los genes, y de quien podría decirse que era sangre y carne, familia de pura cepa.

Existen, por supuesto, fotos de la tía y papá cuando niños. Ambos, en la playa, de rodillas, miran al lente de la cámara con la sorpresa de aquellos que solo quieren jugar con la arena y no detenerse a cumplir el capricho de los adultos, ese capricho de dejarlo todo grabado en una foto; ironía poética, admitimos, ya que papá heredó esa misma costumbre, la de fotografiar cada paso de la vida de su familia.

También debemos confesar que, cuando papá supo que los hechos inculpaban a la tía y al tío, y que el General Bigotes lo había llamado a despacho —es decir, a la mesa del arrepentimiento— quemó casi todas las fotos de su niñez en un intento vano, si se reflexiona a profundidad, de despojarse de aquellos recuerdos donde la hermana estaba presente. No sirvió de mucho, porque al General Bigotes no le importaban las fotos quemadas, sino el conocimiento de que uno de sus hombres de confianza era familiar —no, seamos más precisos, hermano biológico— de uno de los enemigos del pueblo, y no un enemigo común, sino de uno de la peor ralea. Papá era hermano de una coloca-bombas, de una antidemocrática, de una ciega voluntaria que había intentado asesinar al General que, se dice igual de esta manera, es lo mismo que intentar asesinar al país.

Y es aquí que la línea de tiempo nos resulta útil para entender los acontecimientos.

Los tíos fabricaron la bomba. Antes, enviaron a Túnez y a Toronto a casa de sus abuelos paternos, les dijeron adiós con una mueca de culpa, bueno, ya la suerte estaba echada, *alea jacta est*, si el General moría, los padres de Túnez y Toronto regresarían como héroes, pero si el General sobrevivía, *alea jacta est*, entonces Túnez y Toronto serían los hijos de los apátridas, de los enemigos del pueblo, niños marcados por chorros de sangre.

La bomba era casera, pero muy efectiva.

No se sabe aún quiénes fueron los contactos de los tíos, alguien de poder, sin dudas, lo que explica cabalmente por qué el cuello de papá se encuentra aún en la picota de la duda. Para llegar al General hay que estar cerca del General, y papá podría ser un buen objetivo, un buen contacto, aunque las pruebas hasta ahora demuestren lo contrario. Es decir, aunque papá luce bastante inocente y los tíos tuvieron otras relaciones, malas relaciones, antidemocráticas, papá sigue en el ojo de la lupa.

Los contactos de los tíos transportaron la bomba.

Los tíos se limitaron a ser los creadores de la bomba.

El General Bigotes no es idiota. Y es idiota quien piense que el

General Bigotes lo es.

La bomba nunca explotó. Fue interceptada antes por la inteligencia militar.

Sorpresa y horror, una bomba casera, cuyo objetivo era ser colocada en la tribuna donde el General Bigotes improvisaría uno de sus famosos discursos.

Desactivada la bomba.

Problema casi resuelto.

Ah, no, esperen…

Hay quien dice por ahí que el tío estaba en el público, entre los escuchas del discurso, y que llevaba una pistola.

Hay quien dice que el tío quería saber si el corazón del General tenía también bigotes.

De la tía no se comenta mucho. Justo a esa hora estaba tejiendo una bufanda que nunca sería usada, al menos no en este país, una prueba más de que los planes de los tíos incluían la huida hacia un lugar donde el invierno no fuera una utopía, por ejemplo.

Al tío lo apresaron con la pistola en la mano. A la tía la apresaron cuando terminaba el último punto de la bufanda.

Treinta años de cárcel, una sentencia que se resume de manera simple en esta línea de texto, pero que en realidad es el tiempo de vida promedio de un ser humano en la Edad Media, pocos años más o pocos años menos.

De Túnez y Toronto no se ha sabido nada. Falta no nos hace. Viven con los abuelos paternos, y existen cabizbajos e infelices. Son los hijos de dos proyectos de asesinos y por eso la infancia definitivamente normal de este país los ha rechazado, decisión lógica, en el patio de juego no hay cabida para los hijos de dos ciegos voluntarios que, de tanto buscar las manchas, terminaron hallándolas.

Alea jacta est.

Como esta no es la historia de Túnez y Toronto, ya no se pensará de nuevo en ellos ni en los tíos, sino en el destino de papá.

El destino de papá es preocupante.

No se trata de paranoia.

Al General Bigotes no le gustan los potenciales traidores y papá se ha ganado la lotería, la peor lotería de todas: la de la asociación y la duda.

A los ojos de todos, papá ya no es más un hombre de confianza.

No son tiempos para dramas. Se huele. La casa es un hervidero de nervios porque Cacasandra no aparece. Mamá sonríe disimulada. Es preciso que nadie se dé cuenta de su alivio. Ahora que la hija no está es más simple esconder su odio por los otros dos hijos restantes,

aquella Calia que dibuja indiferente mientras papá aúlla y gaguea el nombre de la chica perdida, idiota papá que sueña conspiraciones donde la familia desaparece ahogada dentro de un pozo negro, quién sabe si ahora Cacasandra la pura, Cacasandra virgen adolescente se ha convertido en una víctima más del país que se desmorona. Es evidente que aquí no hablamos del país como lugar físico ni como horno de la política, o quizás sí, solo que de manera simbólica; aquí se habla del país que se ha destruido dentro del corazón de papá. Ya no hay vuelta atrás porque ahora se ven las costuras de lo que antes estaba justificado, no es lo mismo saber que los hijos de otras personas pueden estar en peligro o que son un objetivo político, allá esas personas, se lo han buscado por ser enemigos del pueblo. Si papá tuviera fuerzas para morderse la boca y tragarse aquellas ideas, lo haría, pero no tiene tiempo, cómo va a tener tiempo si Cacasandra no aparece.

Mamá continúa sonriendo con disimulo y papá la mira incómodo, por qué sonríe la mujer si el peligro se siente, se huele, la casa es un hervor de temores y, agreguemos como punto final que incluso Caleb luce indiferente. Papá siente una punzada de presentimiento, hay algo que no sabe, hay algo que los demás le ocultan, un drama doméstico cuyas persianas habían estado cerradas hasta entonces para él. Nadie piensa en Cacasandra, nadie piensa en papá, que ha corrido hasta la gaveta donde esconde las medallas. Las ha colocado allí en un gesto de prudencia política, es mejor no llevarlas en el pecho, donde siempre, en el uniforme de todos los días que incluso después de su caída en desgracia continúa utilizando porque un soldado siempre cumple su deber o al menos viste con las galas perdidas de ese deber. Las medallas reposan en una gaveta y muestran su tendencia a llenarse de óxido, lo que obliga a papá a una constante vigilancia. Ojo con las medallas, que no se oxiden, aire fresco para las medallas, algún día volverán a estar en el lugar que merecen, en el pecho de papá, cuando el General Bigotes entienda que todo ha sido un malentendido, que papá ha sido el agraviado, que el héroe espera por que se le recomponga el honor. Por ahora, las medallas tienen su sitio y papá las ventila diariamente, las limpia, se ha creado una nueva rutina que lucha contra el mal hábito de aguardar a que el tiempo pase.

Pero hoy es un día especial, un día que podría ser trágico, a pesar de que la sonrisa de mamá indica cualquier cosa menos eso. Dónde está Cacasandra, papá inquiere y todos se encogen de hombros. Se huele, sí, hierve en una marmita atroz el secreto y papá se siente idiota, apartado de los suyos por una zanja, es un desconocido dentro de su propio hogar. No es tiempo de pensar en esas cosas. No hay tiempo para lamentos. Papá abre la gaveta y escoge las medallas más

ilustres, se las prende al uniforme, ordena las medallas en su pecho, la rapidez y la angustia lo hacen gaguear pero no perder el decoro de un héroe, así que se demora frente al espejo el tiempo necesario.

La cara de mamá lo contempla. La cara de mamá se asoma sobre una de las mangas del uniforme:

—¿Por qué te angustias? No pasa nada. Es una muchacha joven.

Papá chasquea la lengua. Le molesta ese tono superficial en la voz de su mujer. Ese tono le dice que no sucede nada, excepto un secreto conocido a voces. Papá no necesita saber de qué se trata, papá es un extraño dentro de las paredes de su propia casa:

—¿Dódónde se encuentra Cacasandra?

Su voz habla del riesgo, del temor hacia la hija, y por eso mamá deja de sonreír. Hace mucho que el hombre de las medallas se convirtió en un visitante, en un habitante ocasional de las dinámicas de la familia. Poco sabe de Casandra, menos aún de Caleb y nada de Calia. Que no se le culpe de lo último: es imposible descubrir qué trae Calia dentro de la cabeza, si mariposas o elefantes, si muerte o vida.

El corazón de mamá no es tan duro. A ver, piedad siente. Aún. No por los hijos. Ellos forman parte de otra cartilla en la distribución de sus sentimientos y estados de ánimo. Pero, no obstante, responde con misericordia cuando mira al hombre de las medallas, perdido y ahogado en la culpa:

—Ella está bien. Es una muchacha joven —repite, y en la voz de la mujer se escucha un tono sardónico, como de burla o de venganza, papá no sabe definir—. Los muchachos necesitan libertad para sus cosas.

—¿Qué cosas?

Es un hombre paciente. Sin dudas. No puede quebrar un esquema que él mismo se impuso como norma, pero en ocasiones se hace difícil, se hace casi imposible no responder con un grito, no imponer una disciplina militar en este cuartel doméstico que tan malos activos posee: una madre despreocupada, una hija rebelde, un hijo indiferente, y Calia, que no tiene otro calificativo que no sea su propio nombre. De los muchachos se espera imprudencia, por supuesto. Algo de razón tiene mamá cuando habla de la juventud, tan irreflexiva que no ve peligros donde hay minas. Papá siente rabia hacia la madre, hacia la que custodia a los hijos. Cuán difícil puede ser la tarea de educarlos, los hijos son de esa manera porque mamá no entiende o no huele el riesgo. Hace solo una semana que quitaron la vigilancia de la casa. Hace solo unos meses que los tíos se convirtieron en enemigos del pueblo. Cualquier paso en falso podría conducirlos a todos a una desgracia mayor. Bien que lo explicó papá. Bien que explicó la necesidad de que la familia estuviera dentro de la casa, un verano

perdido nada podía significar en el recuento de los años y, en aquel momento, todos dijeron que sí, que daba igual perder el tiempo dentro la casa cerrada, dentro de la casa cercada por los ojos del General Bigotes.

—Mira, no pierdas el tiempo —mamá suspira, se sienta en el borde de la cama y se peina el cabello con las dos manos—. Casandra volverá. Está…

—¿Está qué? —papá ha olvidado gaguear, ya las medallas están todas en perfecto orden sobre su uniforme.

—Enamorada —dice mamá, y luego agrega—: Es una muchacha joven. La juventud es un asco, ¿verdad?

La voz de la mujer no miente. Tiene una sonrisa extraña en la boca.

—¿Qué edad tienes, Casandra?

—¿En serio?

—Te he preguntado qué edad tienes. Es parte del protocolo.

—Es un protocolo muy estúpido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sabes que tengo dieciséis años.

—Muy bien, vamos adelantando algo. ¿Ves qué fácil…? Dieciséis años.

—Como sea. Qué tonto. Blablá.

—¿Qué te parece tonto?

—Ya te lo dije.

—¿El hecho de que pregunte tu edad? ¿Por qué?

—Porque me pariste, ¿no?

—Bueno, es parte del protocolo y debemos cumplirlo.

—Un protocolo muy estúpido.

—Ya has manifestado tu punto de vista.

—No eres mi terapeuta. Eres mi madre.

—Entonces, ¿por qué nunca dices mamá fuera de consulta?

—… pues no sé. Porque no quiero. Supongo.

—O quizás porque no me quieres.

—Supongo. Sí. También eso.

—¿Deseas hablar de tu relación con tu madre?

—Estás jodida del coco.

—¿Por qué piensas eso? ¿Te parece impersonal que hable de tu madre en tercera persona?

—Jodida total.

—La violencia a través de las palabras no te hará sentirte mejor con tu condición.

—Bla, bla y bla. No me siento mal.

—Podemos conversar sobre *eso*.

—¿Sobre qué?

—… tus atracciones.

—Puedes decirlo mejor, esfuérzate.

—¿A qué te refieres?

—Es muy impersonal que digas «tus atracciones», ¿okey?

—¿Cómo preferirías que lo hiciera?

—No sé. Improvisa.

—Ese es un punto a trabajar en la terapia más adelante.

—Una terapia muy estúpida.

—Te agradezco la honestidad. Te agradezco que manifiestes con libertad tu punto de vista respecto a cualquier asunto. Forma parte de la madurez.

—Sí, seguro. Blablá.

—¿Qué hemos dicho de la ironía, Casandra?

—La ironía no es una herramienta adecuada para el diálogo. Igual me parece estúpido. La ironía es el condimento fundamental de cualquier conversación entre dos seres pensantes.

—Es excelente que tengamos puntos de vista con divergencia, ¿no te parece?

—Me parece que no te interesaría saber mi punto de vista sobre ti.

—No estamos hablando de mí en esta terapia, Casandra.

—Okey. Tú te lo pierdes. Te ayudaría mucho.

—Entonces, tus atracciones…

—¡Y vuelves a decir «tus atracciones»!

—Es una generalización que nos permitirá a ambas conducir este diálogo hacia tu interés erótico por los objetos… Responde esta pregunta: ¿no te atraen los seres humanos?

—No.

—¿Por qué?

—De nuevo, un blablá idiota.

—¿Por qué?

—Los seres humanos no tienen olor a óxido.

—Es un buen punto. ¿Hablas de tu… aproximación…?

—La palabra es «relación».

—Una relación indica un vínculo entre dos personas, Casandra. Algo inanimado no puede ofrecerte ningún tipo de vínculo.

—Eso dices tú. ¿Qué vas a saber? Yo no he visto nada más inanimado que papá. Igual te acostaste con él, ¿no?; míranos: Cacasandra, Cacaleb y Cacalia.

—No estamos aquí para hablar de mi relación con tu padre, sino

de tu relación con los objetos.

—Bueno, al menos has dicho relación. Tengo curiosidad: ¿papá es bueno en la cama? No lo parece. Siempre me lo he preguntado.

—No estamos aquí para hablar de tu padre y sus habilidades amatorias.

—Okey, todo el blablá que quieras. ¿Alguna vez tuviste un orgasmo? ¿Al menos uno? ¿Él te hacía venirte o tenías que trabajar tú sola si querías sentir algo? Papá tiene cara de cualquier cosa menos de…

—No estamos aquí para hablar de mi vida, y punto.

—Entonces la respuesta es no. No hacía nada por ti. Debió ser bastante aburrido. Ni sé cómo estamos los tres en este mundo. ¿Ves?, y tú llamas a eso «relación».

—Tus mecanismos de evitación de conflictos son bastante interesantes, Casandra.

—Sí, ya sé, blablá, conflicto, blablá, mecanismo, blablá, Casandra.

—¿Desde cuándo te sientes atraída hacia…?

—¿Hacia qué?

—No lo hagas más difícil.

—Tú eres la terapeuta.

—¿Qué hemos dicho de la ironía?

—Que es un condimento.

—Hagamos un breve test.

—Ay, no, por favor, ¿de nuevo el de las manchas? No soy un bicho raro.

—¿Por qué dices eso?

—Por la manera en que me miras. ¿Con qué derecho me miras así? Ya para, ¿okey? Si yo soy un bicho raro, ¿qué jodida cosa eres tú?

—Quisiera saber por qué sientes que te estoy juzgando.

—Es lo que mejor sabes hacer.

—No es cierto, Casandra. Estoy aquí para ayudarte. No puedes guiar este diálogo en base a generalizaciones y estados de ánimo.

—Estás aquí porque me odias. Y porque intentas quererme. Pero no te está saliendo bien, ¿verdad? Quédate tranquila. No me importa. Y tampoco a Caleb. Sobre Calia no puedo decirte, pero creo que le preocupan más los culos de los monos que un beso tuyo. ¿Cómo te hace sentir que una de tus hijas sienta que los culos de los monos son más importantes que su propia madre?

—Cállate.

—Hagamos un breve test. Responde a esta pregunta: ¿en qué año tuviste un orgasmo por última vez?

—No te voy a permitir que desplaces el control, Casandra.

—Tienes un marido que prefiere las medallas a acostarse contigo. El hecho de que nosotros tres estemos en este mundo es un milagro. ¿Quieres que hablemos de eso? Me gustaría saber si el día que nos hicieron te tuviste que disfrazar del Abuelo Bigotes.

—Eres una chiquilla malcriada. La terapia se ha acabado.

—Al Abuelo Bigotes le encantaría saberlo.

—He dicho: la terapia se ha acabado.

—Bueno, como quieras, tú te lo pierdes, mamá. Creo que hablar de estos asuntos te podría ayudar muchísimo. Se ve que te hace falta.

—He dicho: la terapia se ha acabado.

—Okey. Estaré por aquí si me necesitas. ¿Le digo a Caleb que pase?

—Es hora de que empecemos a morir —dijo la tía y en la casa todos aplaudieron.

Su voz era una rajadura y las palabras no fluían de su boca de manera natural. Parecían trabadas entre diente y diente, pero aun así, mamá niña recordaba el efecto de aquellas sílabas, el milagro que aquellas palabras significaban porque la mujer sin voz la había encontrado de repente y, valor agregado, dios hablaba a través de ella. Mamá niña pensó que dios tenía un tono demasiado agudo y pelado, un tono como de gato sarnoso, qué fea voz para un dios tan grande, y qué raras las palabras elegidas para ser las primeras de la tía ya no muda, sino intérprete de las alturas, de aquel remoto sitio donde vivía lo divino.

—Es hora de que empecemos a morir.

Mamá niña tampoco olvidaba las mariposas y sus alas de colores. Desde aquel preciso momento, las mariposas se habían convertido en aliadas de la desaparición, de la extinción en masa de la familia. Rememoraba incluso que la tía, la portavoz de las palabras de dios, se había acercado a ella y le había acariciado la frente:

—Tú no —había dicho con su tono de gato sarnoso, de gato sin hogar, lleno de mataduras y arañazos.

En los ojos de la tía ardía una luz de otro mundo y mamá niña sintió miedo a todo, no solo a la presencia de aquella mujer, sino al aire que respiraba, al aire que se iba cubriendo de presagios, del advenimiento de la muerte. En aquel preciso instante tuvo la certidumbre de que la voz de la tía la había marcado para siempre, la había hecho distinta. Por qué o para qué, no se sabría, no se sabría hasta mucho después, hasta que nació Calia y mamá descubrió en ella los ojos de la tía, sí, los ojos de la tía muda ya desaparecida hacía mucho tiempo.

Calia nació en invierno, es decir, en aquella fecha del año en la que

el calendario estipulaba llegaría alguna forma de frío, alguna forma de alivio al calor siempre presente, augurio que todos esperaban se cumpliría de un momento a otro, promesa que se renovaba al terminar cada ciclo de trescientos sesenta y cinco días, trescientos sesenta y seis si el año era bisiesto. Calia nació en la pandemia del calor más atroz, aquel que parecía contradecir al calendario.

Verano era, es y será siempre en este país de mierda, se dijo mamá al pujar duro y al sudar duro, la placenta se le desprendía con el sudor y no entre las piernas, y le parecía que por su frente bajaba sangre. Verano era, es y será siempre en este país asqueroso, se dijo mamá y apretó las piernas, apretó la mente y en ese mismo instante vino Calia al mundo, el día en que el calor marcaba su punto más alto de todo el año.

Aquel parecía un augurio infernal y tal vez lo era, es preciso no hablar de ciertos asuntos que no pueden ser probados. Lo que sí puede afirmarse es que cuando mamá sostuvo a Calia entre los brazos, la niña abrió los ojos. Aquello no era raro, hay niños precoces, niños alertas, pero algo más pesaba dentro de aquella mirada, algo distinto, un recuerdo acaso. Mamá lo supo de inmediato y no hizo falta que corriera demasiado hacia atrás los ejes de su memoria, ni que los engrasara en exceso: los ojos de Calia recién nacida eran iguales a los de la tía, el mismo fulgor muerto, la misma certidumbre de que se ha llegado al mundo para ser la portavoz de dios, para anunciar que es la hora de morir, que no habrá calor que impida se cumpla la voluntad de lo divino. Cuando Calia lloró por primera vez, mamá reconoció el maullido del gato, aquel gato sarnoso que era dios, cierto que no eran palabras, cierto que era solo el gemido que pedía leche y teta, el gemido que exigía refugio, pero mamá tiró a la niña a los pies de la cama y se sintió sola, tremendamente sola e incomprendida por el mundo.

—Tú no —le había dicho la tía, muchos años antes, cuando mamá era solo una niña—. Tú después.

Mamá recordó esas palabras.

Aquel después había llegado y Calia estaba ahí para recordarle que algún día, muy pronto, llegaría la hora.

Dios maulló una vez más dentro del llanto de Calia y luego la niña hizo silencio.

Corro las ocho cuadras que me separan de mi amada. Algunos rostros se giran. Algunos creen reconocerme. Los vecinos señalan. Saben quién soy. Es decir, quién *es* papá, o mejor, quién *era* papá. Es como si mi identidad y mi nombre fueran un letrero que arrastrara encima de mi cabeza, parezco un personaje de cómic con un globo de texto flotando a mi lado. El globo de texto sirve a modo de señal, es la

indicación de que soy parte de una familia marcada por la historia de papá.

Qué aburrido brilla el sol y las ocho cuadras son infinitas, así que corro más rápido, me falta el aire y me arrepiento, cómo me arrepiento de no haber estudiado aeróbicos, de no entrenar en el patio de la escuela, ahora me alcanzaría la respiración para no detenerme antes de llegar a mi amada. Me detengo y en cierta forma es un hecho divertido contemplar la manera en que, disimuladamente, los vecinos se apartan de mí. Hola, compatriotas, soy la peste bubónica, la peste negra, incluso saludo a un par y todos agachan la cabeza, soy la hija de mi padre y el país finge no reconocerme.

Si al menos los vecinos tuvieran la decencia de no mirarme, si de inmediato bajaran la cabeza, entonces mi crítica sería más constructiva, ¿okey?, y la humanidad seguiría siendo cobarde, bien se sabe, pero al menos no un saco de mierda.

Trato de apurar el paso y, para ser molesta, para que sigan dándose cuenta de quién soy, saludo a todos los que se cruzan conmigo. No solo levanto la mano o hago un gesto de reconocimiento, un hola común y corriente, sino que troto hacia ellos con los brazos abiertos, como si se trataran de mis parientes largo tiempo perdidos, incluso soy más creativa, les grito nos vemos en la tarde, qué bien la pasamos ayer, vuelve pronto a visitarnos, te hemos extrañado mucho, o eres mi mejor amigo. Como se nota, estos son textos infantiles que muestran una venganza infantil, y que provocan pánico, un pánico generalizado, ojos que se abren hasta parecer que se salen de las cuencas, gente que corre, que se aparta, que miran sobre sus hombros, no sea que el mismísimo Abuelo Bigotes se encuentre en algún lugar de la calle, anotando nombres, direcciones y afinidades según la expresión de mis afectos públicos.

Sí, sí, ya sé, el miedo es la forma más refinada de la soledad, y no quiero ponerme filosófica, ¿okey?, porque lo que me ha hecho escaparme de la casa, es decir, de la jaula que papá ha construido para nosotros, es precisamente un acto sublime y vulgar; que se entienda mejor: es el deseo de encontrarme con mi amada, de sentarme sobre ella y repasar las ondulaciones oxidadas de su arquitectura, y que ella repase lo protuberante de mi anatomía.

En la última cuadra ya no corro. Prefiero arreglarme un poco. Ya la veo a la distancia y me mojo. Ahí está y me mojo. La huelo y la vibración se dispara en el aire, sé que me ha reconocido, que estaba impaciente por verme, y eso es aún más excitante. Me acerco a ella, la acaricio, y sí, por debajo de mi mano está su temblor, me desea, me necesita, este es el momento preciso de subirme el vestido, menos mal que es un vestido y no otra cosa, porque eso entorpecería la aproximación, me bajo la tanga, trepo encima de un trozo de la

estructura, y mi amada ronronea. Así me quiere, aquí, sobre ella, en movimiento, óxido en la carne, y no importa ya que los ojos nos miren, si es que lo hacen, ¿okey?, no importa nada, ni siquiera cuando unos minutos después, la mano de papá me coge por el hombro y me saca de la estructura y del placer.

Adiós, amor mío, adiós, vuelvo como Julieta al encierro y mi papá evidentemente sabe que su personaje es el de la nodriza. La mano de papá es dura, peleo contra la mano, quiero liberarme, óxido en la carne, adiós, mi amor, adiós, mi amor, grito, y papá levanta la mano, ahora es cuando viene el golpe, el golpe que nunca se ha atrevido a darme, ahora es que viene, pero papá solo recoge mi ropa interior, me baja el vestido, papá no llora, los hombres no lloran, pero me arrastra por el brazo, me esconde de todos los ojos.

Piensa que es una forma particular de protegerme.

El miedo a los ojos ajenos es la forma más depurada de la soledad.

CALEB

Caleb se sentó en el muro del portal. Aquella era la última frontera que le pertenecía desde que papá había prohibido el verano y cualquier tipo de contacto con el mundo de afuera. Ahora, el universo se dividía en dos trozos: en uno, reinaba la paranoia, era el recinto interno de papá, la casa que todos se veían obligados a compartir y que nunca antes pareció tan estrecha ni tan claustrofóbica como ahora; en el otro, gobernaba el peligro. No siempre el peligro tenía una cara oscura, no siempre era evidente. A veces el peligro solo existía en las palabras de papá, que cada día se esmeraba en hallar algún dispositivo de rastreo, un teléfono intervenido, alguna cámara escondida en los miles de vericuetos del hogar. Caleb bostezó y, por un segundo, recordó los lentes gruesos de Túnez, su nariz pecosa. El aburrimiento de aquel verano de encierro era peor que el calor infinito del país.

—Cacaleb, ¡entra en la casa y cierra las ventanas! —le gritó papá al salir por la puerta en busca de Casandra. Luego susurró, con la voz a punto de desaparecer—: ¡No te a… no te a… acerques a las hormigas, Cacaleb! ¡Vienen por… por ti!

Y era cierto. Una pequeña fila de hormigas comenzaba a ascender por los peldaños de las escaleras, en busca de las piernas del aquel joven mensajero de la muerte.

—¡Qué… quédate con Cacalia! ¡No abras la pupupuerta! ¡Es una orden! ¡Dentro, dentro de la casa! ¡No dejes que te vean!

Los ojos de papá, desmesurados, contrastaban con su voz calma, la del militar que conocía escenarios de desastre y pretendía que la tropa se mantuviera unida, no importa cómo ni para qué. Caleb encogió las piernas. Se apartó de las hormigas. Obedeció.

Ojalá Casandra se marchara para siempre.

En silencio, Caleb deseó que los temores más horrendos de papá se cumplieran. Toda aquella paranoia que se había acumulado tras las paredes de la casa quizás tuviera un objetivo, una diana precisa, y quién sabe si las flechas de papá daban en el blanco.

Ojalá Casandra desapareciera de una vez y para siempre.

Caleb se masticó los labios y recogió un gorrión muerto. A lo mejor

había caído fulminado en el jardín. Todos sabían que los corazones de los gorriones eran sensibles y que el calor del verano no ayudaba a que sobrevivieran. Pero a lo mejor no. Quizás el gorrión había rozado la cabeza del muchacho, tal vez era otro de esos pájaros suicidas que venían de todas partes en busca de Caleb, del alivio de la muerte, y que bajaban en picada como kamikazes para cumplir con algún propósito divino que Caleb no conocía. Ahora ya no tenía importancia porque el gorrión estaba roto y su escasa utilidad era integrar la colección del joven ángel de la muerte, su colección de naturalezas muertas.

Había empezado a coleccionar animales muertos un año antes, gracias al consejo terapéutico de mamá. Aquella mujer fruncía los labios cada vez que hablaba con el hijo en la consulta improvisada en uno de los cuartos de la casa:

—Algo tendrás que hacer con los cadáveres —había dicho—. Me refiero a los animales grandes y medianos, Caleb. Olvídate de los insectos. ¿Quién se va a fijar en un insecto muerto, en algo tan pequeño? Desaparecen enseguida. Sin embargo, sería un desperdicio impedir que los otros bichos tengan utilidad. En la naturaleza, todo es útil. En la naturaleza, todo es reciclaje.

Mamá tenía razón y aunque Caleb había tardado en poner su consejo en práctica, al cabo de unos meses había encontrado su verdadero propósito.

El arte.

O algo semejante al arte.

Una instalación hecha de cadáveres de pájaros, de ardillas, de conejos, de un gato callejero, de ranas, de jubos, un monumento a la incertidumbre de la vida y al avance de la decadencia, cuya progresión dependía de los animales suicidas y de la disposición de Caleb a actuar como el ángel de la misericordia.

Arte escondido en el sótano.

El rompecabezas de Caleb.

Solo Casandra había visto la instalación, una vez y por accidente. La hermana mayor buscaba el viejo lente de una cámara fotográfica, de esos que papá solía abandonar junto a las fotos del pasado en baúles llenos de polvo, que encontraban su única disposición en el equilibrio de la casa dentro de la humedad del sótano. En vez del lente, Casandra había hallado el rompecabezas de cuerpos podridos y de huesos antiguos.

La hermana mayor tenía sangre fría. Sangre de pollo mutado. Subió al cuarto de Caleb y entró sin tocar a la puerta:

—Eres un cerdo, ¿okey? Un asesino de conejos.

Caleb alzó la mirada, se exprimió un grano particularmente

molesto en la frente y respondió:

—Y tú una pervertida.

No hizo falta añadir más. Cada hermano entendió lo que se decía bajo la costura de las palabras. Casandra lo miró con odio:

—Nunca tendrás una novia. Te morirás virgen, ¿okey? Los asesinos de conejos siempre se mueren vírgenes. No hay chica en este mundo que deje que un asesino de conejos se la meta.

Caleb se encogió de hombros.

—Si sigues matando conejos, yo… —Casandra improvisó una amenaza que se quedó colgando en la puerta de la boca.

—¿Tú qué? ¿Le dirás a mamá? ¿A papá? ¿A Calia? —el hermano menor casi se atora con la risa.

Aquella era una amenaza absurda. Mamá era la que había gestado la idea de convertir la muerte en arte, papá solo se preocupaba por las medallas, y Calia vivía en el mundo de los pinceles y el carboncillo, en un mundo donde solo existían culos de monos anatómicamente correctos.

—Se lo contaré a Túnez.

El nombre de la prima resonó en cerebro de Caleb. Eso era: el peso de aquel nombre se sentía como un aneurisma, como algo muy cargante y débil que en cualquier momento podía estallarle en el centro de la cabeza. Peor era la punzada en su corazón. Túnez, quince años y espejuelos demasiado grandes. Caleb se sintió con náuseas. El nerviosismo casi lo hace gaguear. Quizás fuera una herencia genética:

—Nono… no te atreverías.

Casandra sonrió con sorna:

—Follaprimas —dijo—. Mataconejos.

Aunque aquel hecho había sucedido justo a comienzos de aquel año de desgracia familiar, Caleb no conseguía olvidar la amenaza de Casandra.

Detestar a la hermana mayor podía ser una idea redundante, pero era exactamente lo que Caleb sentía hacia aquella chica a la que le unían las tiras de pellejo de una secuencia de ADN microscópica. Por eso tuvo que contener la carcajada cuando la vio llegar, a tumbos por la calle. Papá la arrastraba por el brazo y ninguno de los dos articulaba palabra. Era una escena pintoresca, al menos para Caleb, para el testigo que se acodó en el muro del portal y contempló el cuadro de la hermana destronada. Las medallas de papá se movían sobre su pecho. Sonaban a hojalata. Caleb recogió con disimulo al gorrión muerto y lo escondió a duras penas en uno de los bolsillos de su *jean*.

—Cacasandra, sube a tu cuarto —dijo papá en el umbral de la casa.

—¿Qué pasó? —inquirió Caleb, tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo para no reírse.

Papá se encogió de hombros:

—Nada, Cacaleb. Entra tú también a la cacasa. ¡Cierra la puerta! ¿No te lo dije ya? ¿Por qué nana… nananadie obedece mis ó… ó… órdenes?

Caleb, en silencio, cruzó el umbral.

—Matagorriones —susurró Casandra cuando el hermano mayor se topó con ella en el pasillo.

—Follapuentes —le respondió Caleb.

La tía, otrora muda, ahora parlante, no fue la que escogió la manera precisa de morir, la que resultaba más eficiente según las dinámicas de la familia. Durante días, su voz ronca de gato sarnoso dio las instrucciones precisas y todos la escucharon, sumidos en un éxtasis de adoración que mamá niña observó desde lejos y a escondidas. Se valoraron diversos métodos y sus grados de dificultad. Alguien propuso que cortarse las venas podía alegrar a dios, ya que este era un recordatorio de los días antiguos, aquellos magníficos tiempos en que dios era agasajado con mirra, oro y sacrificios de palomas, pero la tía mostró una sonrisa insatisfecha, señalaba que aquel método no resultaba del todo eficiente según las normativas divinas. Luego continuó dibujando mariposas, sin dar nuevas indicaciones. Fue la abuela la que decidió por todos, la que eligió el veneno como una solución intermedia e higiénica, una solución que dios entendería y que no les haría sufrir bajo el filo del cuchillo de un matarife familiar improvisado:

—Dios comprenderá —dijo la anciana y contempló a la hija dibujante, que continuaba creando mariposas inverosímiles, cada vez más coloridas y gigantes. Para estar segura, ya que los deseos de dios eran inescrutables para todos excepto para la mujer otrora muda, ahora parlante, la abuela miró a la hija y preguntó—: ¿Verdad que sí, cariño mío?

Y la muchacha afirmó con una sonrisa que la familia interpretó como perfecta. A través de aquella sonrisa, dios se comunicaba con la humanidad adoradora, con la humanidad postrada, con los últimos testigos que estaban precisamente allí, de rodillas frente a las mariposas del dibujo, para comulgar y adorar a dios por los siglos de los siglos, es decir, por los restantes días de vida que les quedaran a todos.

El veneno sazonó la comida como un ingrediente más. De hecho, la familia se permitió un acto de displicencia, un acto para despedirse del mundo real de la mejor manera posible: cocinaron carne y

pescado, y lo condimentaron con masivas porciones de veneno para ratas. El menú abarcaba diversos dulces tradicionales, flanes, arroz con leche, tortas de queso, y también jugos de fruta, papaya, melón, guanábana, ingentes cazuelas de arroz y de tamales. Opíparamente morirían, gustosos acudirían al paraíso, como mariposas demasiado gordas para volar alto y que no obstante, gracias a la mano de dios, huían del asco terrenal a la dimensión maravillosa. El suicidio de la familia se preparó con alegría, y mamá niña asistió al convite: para ella se dispuso una comida aparte, no envenenada. Las órdenes de la tía y de dios eran precisas: la niña debe vivir porque traerá a la semilla divina de regreso al mundo.

El banquete fue un éxito. La familia se reunió para festejar la muerte. Pusieron la música a todo volumen. Bailaron hasta el cansancio y jugaron dominó, o algún otro juego de mesa que arrancaba gritos de victoria. La tía era la anfitriona perfecta. Abrazaba a los comensales. Servía platos y platos. Alcanzaba jugos. Por una vez en la vida, se había olvidado de sus dibujos de mariposas.

Mamá niña fue obligaba a comer en su plato reservado, y la tía anfitriona fue cariñosa con ella, incluso le dio un beso en el cachete, un beso que parecía una mordida. Uno a uno, los miembros de la familia comenzaron a sentirse mal. Primero fueron las náuseas y los dolores en el vientre, que podían confundirse con un malestar como otro cualquiera, solo que iba en aumento, en escalada. Fue entonces que la tía cargó a mamá niña. La llevó en brazos hasta una habitación vacía y le dijo:

—Espera aquí hasta que no oigas nada —el tono sarnoso de su voz contrastaba con el olor de su boca, un olor como de jazmines y de pulpa de fruta.

La tía la volvió a besarla en el cachete, aquel beso que era casi una mordida:

—Adiós. Pronto nos volveremos a ver —dijo la tía antes de cerrar la puerta.

Afuera comenzaban los primeros llantos y los gritos. Mamá niña se quedó muy quieta, justo como la tía le había indicado, no fuera que dios se enojara al verla moverse, al verla estornudar o buscar ayuda. Con lentitud, mamá niña se pegó a la puerta del cuarto. Estaba en la habitación donde dormía la tía, en la habitación tapizada por cientos, por miles de dibujos de mariposas.

Cuando finalmente se hizo el silencio afuera, cuando acabó el sonido de las arcadas y el vómito dejó de fluir como simbólico maná divino bajo la forma del desecho, cuando incluso los estertores de la tía ya para siempre muda se apagaron, mamá niña supo que podía salir del cuarto. Pero no lo hizo. No podía hacerlo.

Sobre ella, sobre las paredes, posadas en el suelo, en cada sitio que

la mirada alcanzaba a tocar, estaban las mariposas, vivas, ya no anatómicamente perfectas, sino criaturas del mundo real. Mamá niña intentó caminar sin aplastarlas, pero el cuarto estaba tan poblado que una decena de mariposas quedaron reducidas a polvo de alas bajo sus pasos.

Aletearon desesperadas. Las mariposas no querían morir, pero mamá niña las odiaba. Las odiaba porque sabía que aquellos insectos estaban vivos y que, tras la puerta, en aquel mundo adulto de la muerte, no la esperaba otra cosa que la soledad. Por eso aplastó las mariposas. Con gusto y saña. Con una sonrisa de asesina. Y mamá niña fue feliz por primera vez. Aplastar mariposas era la perfecta manera de alcanzar la felicidad.

Las piernas del Abuelo Bigotes son cómodas. Casandra ya no tiene edad para muñecas, pero el Abuelo Bigotes vuelve cada semana con un paquete rosado.

—¡Ábrelo, ábrelo! —le dice a Casandra y la muchacha sonríe, finge alegría, finge sorpresa, finge que no aguanta más, que no soporta ver el orden del paquete rosado, así que destripa el lazo, destripa la envoltura, para entonces fingir que abraza a su nueva muñeca con adoración.

Casandra ya no tiene edad para sentarse sobre las piernas del Abuelo Bigotes, pero él insiste:

—Ven, ven… Cuéntame algo que el Abuelo Bigotes no sepa.

Casandra se construye mundos de mentiras, aventuras imaginarias, sucesos infantiles que aquel hombre recibe con alegría de muchacho. Él no parece notar que Casandra ha crecido, que solo usa aquel vestido de vuelitos para que el Abuelo Bigotes la mire una vez a la semana y pueda seguir viendo a la niña que un día, ya lejano, fue. Casandra sabe que el desconocimiento también es poder, así que mientras el Abuelo Bigotes quiera imaginar que ella tiene ocho años, Casandra le seguirá el juego.

—Nunca me hablas de tu papá, Casandrita. ¿Es bueno contigo? —el Abuelo Bigotes pregunta como al azar, sin concederle importancia a las palabras, sin que una expresión mínima enturbie su cara, pero Casandra no es idiota, huele el peligro.

—Papá trabaja mucho… —dice y ahí va su mejor sonrisa infantil, la que muestra hoyuelos en sus cachetes, la sonrisa que normalmente provoca que el Abuelo Bigotes se encoja de ternura. Pero hoy no sucede nada.

El Abuelo Bigotes saca de su chaqueta militar un tabaco y lo prende.

Casandra tose. Es lo que se supone haga una niña pequeña ante el

humo de los adultos.

—Ya eres lo suficientemente grande como para aguantar que el Abuelo Bigotes fume a tu lado, ¿verdad, Casandrita? —y en aquel instante, cuando dice aquello, es que Casandra nota por primera vez la profundidad de la mirada de aquel hombre que no lleva medallas porque no las necesita: él es quien las concede y quien las veda.

—Sí —decide no mentirle.

—Entonces vamos a hablar de tu papá.

—Es bueno conmigo.

—… pero no te regala muñecas. No debe tener mucho tiempo para asuntos como esos, ¿verdad?

—Creo que no.

—Entonces, ¿a qué asuntos le dedica tiempo tu papá?

—Yo no sé.

—Bueno, quizás no sepas, es cierto…, pero ya eres una niña grande, ves y oyes todo lo que sucede en esta casa. Por ejemplo, ¿qué opinas de los tíos?

—¿De mis tíos?

—Túnez y Toronto, qué nombrecitos esos, ¿eh? Qué manera de dañar a dos muchachos con una selección tan particular de nombres. ¡Horribles! Unos nombres muy atípicos para estos tiempos y este país.

—Pues sí —Casandra decide ser amistosa, no sea que el Abuelo Bigotes se enoje—. Caleb está enamorado de Túnez.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Y cómo se llevan tu papá y los tíos? ¿Conversan mucho? ¿Se visitan?

—Pues… sí, supongo.

—Son familia, es lógico, ¿verdad? ¿Acaso hablan de mí, Casandrita?

Casandra siente cómo el humo del tabaco que fuma el Abuelo Bigotes entra en su cerebro. Es espeso. Humo que parece niebla.

—Quizás. No sé. Puede que sí.

—Vamos, no seas tímida. Algo habrás escuchado. Las paredes tienen oídos. ¿No sabías que todos los oídos en las paredes me cuentan cosas? —por un segundo, el Abuelo Bigotes sonríe como antes, casi tierno, pero sin mostrar demasiada familiaridad—. Tu papá es un hombre importante. ¿Estás orgullosa de él?

—Supongo.

—Sí, claro que lo estás, Casandrita. ¿Qué dice tu papá de mí? ¿Qué comenta de tu Abuelo Bigotes?

—Que eres alto.

—No dirá solo eso. Dirá más. Lo que sucede es que eres una muchacha inteligente… una niñita inteligente. Y las niñitas inteligentes escuchan mucho más de lo que cuentan. ¿Sabes que no es bueno ocultarle cosas al Abuelo Bigotes, verdad?

Sí, Casandra lo sabía: un abuelo puede transformarse en General.

—Te tiene miedo —Casandra susurra finalmente y luego agrega, por si no ha sido lo suficientemente clara—: A ti.

—Ya sabemos de dónde has heredado esa inteligencia tuya, Casandrita. Hace bien papá, hace bien en tener miedo del Abuelo Bigotes. Ahora dime, ¿y qué dicen los tíos?, ¿qué dicen cuando se reúnen con papá?

—No lo sé. Hablan a solas. En el portal. Afuera. O en otros sitios.

—¿Qué sitios?

—No sé. Por ahí.

—El Abuelo Bigotes estaría feliz si su Casandrita le dijera la verdad.

Bocanada de humo. Justo en el rostro de Casandra. Tos.

—Siempre he creído esto: un gago nunca se equivoca cuando habla —la sonrisa del Abuelo Bigotes parece una máscara—. ¿No lo crees? La lentitud en las palabras… el hecho de repetir sílaba a sílaba… eso le da mucho tiempo para pensar. Siempre me ha parecido que un gago no es un hombre de confianza.

Bocanada de humo. Tos.

—Ya estás muy grande para las muñecas, Casandra. El tiempo pasa, sí. La próxima vez escogeré mejor. Un vestido, ¿no es eso lo que quieren las muchachas de ahora?, un vestido de flores.

Bocanada de humo.

—Túnez y Toronto, ¡qué nombres tan odiosos! Aunque ahora que lo pienso bien, Casandra tampoco es un nombre común. Ni Caleb, ni Calia. Cuando se escoge el nombre de un hijo se da también una muestra de carácter. Somos lo que nombramos, Casandrita. ¿Sabes lo que es un problema ideológico? No es solo un problema contra la moral del individuo, sino contra la moral de la patria. Por ejemplo, un nombre como Casandra podría demostrar que existe cierta desviación en las ideas —el Abuelo Bigotes machucó el cabo del tabaco contra la superficie de madera de una silla—. ¿No te parece?

Casandra afirmó en silencio. No sabía hacer otra cosa.

—Está bien. Ahora háblame de tu papá. Cuéntame sin miedo. Cuéntale al Abuelo Bigotes. Y si te portas bien, Casandrita, te regalaré ese vestido de flores, un vestido bonito, de muchacha grande, ¿okey?

Grita el hombre, y cada grito se cuela entre las patas del elefante que se bambolea en la página. Flota en una corriente que simula los

vellos de las trompas. Calia escucha el tintinear de las medallas, esos sonidos ínfimos que nadie más nota excepto ella. Existen otros sonidos así. Por ejemplo, la sangre en la vena aorta palpita de manera rara. Es simple localizar las palpitaciones en la vena aorta del hombre de las medallas, por no hablar del crepitar del óxido en la pared interna de los muslos de la chica del vestido de flores. Y por qué nadie siente el sonido de uña contra piel, se pregunta Calia, el sonido del eccema que se dilata allá afuera, lejos de la casa, los chasquidos y espasmos del mundo. Calia apoya el grafito sobre la hoja blanca para que cruja y de repente encuentra los ojos de la mujer:

—Calia, mírame.

Calia no obedece. Importa más el color y el sonido del ala que ha comenzado a salirle al elefante entre una pata y la otra.

—Que me mires, te digo. Vamos a hablar.

Alzar los ojos no es difícil. Eso es lo de menos. Necesario es fijar el trazo, la curva del ala del elefante, que ahora se trasmuta, se hace capullo. En la mente de la dibujante, una bestia anatómicamente perfecta puede convertirse en un engendro volador.

—¿Eres tú, verdad? —pregunta la mujer con tacones que Calia reconoce bajo el particular nombre, dos sílabas repetidas: ma… má…

¿Qué importa lo que ella quiera?: pata y ala.

La pata que se transforma en ala.

La mariposa que es la cápsula donde el elefante duerme.

El elefante que es protomariposa.

Calia escucha con atención: frente a ella, la mujer es una sumatoria de sonidos, de los sonidos invisibles que solo Calia percibe. Es difícil concentrarse en el dibujo cuando el pelo de la mujer cruje todo el tiempo. Suma los crujidos y te darás cuenta de que el pelo de cualquier criatura no deja de crecer, el proceso ni siquiera se detiene con la muerte, el pelo es lo único vivo que nos acompaña, lo único que prueba la perdurabilidad del concepto vida sobre el concepto desaparición, no somos tan finitos como han pretendido hacernos creer, otras cosas también florecen en silencio. Es decir, en la categoría de los infrasonidos, las larvas de las moscas crecen en todos lados, por ejemplo, y las propias moscas emiten estallidos cuando cagan sobre las cortinas que protegen las ventanas de los ojos inquietos de los transeúntes. De hecho, en este preciso instante, justo cuando la lógica de Calia intenta concentrarse en el dibujo, una mosca ha decidido posarse y cagar sobre una de las medallas que tintinean en el pecho del hombre. El sonido de la mierda de mosca al caer sobre la hojalata, que falsamente han llamado aleación de oro, es lo único bonito, lo único tolerable que Calia logra resumir. Luego se escucha nuevamente la voz de la mujer:

—Lo único que quiero es que me digas la verdad. Dime si eres tú, si estás ahí. Si dios comenzará a hablarme de un momento a otro.

Grita el hombre de las medallas y cada grito se cuela entre el ala del elefante y la pata de la mariposa. Aquel engendro en el dibujo de Calia podría ser una de las tantas formas que asume dios cuando se niega a decir palabra y nos deja solos.

La mosca caga sobre una nueva medalla en el pecho del hombre que grita. Y sobre otra, y sobre una tercera.

Las moscas nunca paran de cagar. Para Calia, las moscas son las mariposas que los habitantes de la casa merecen.

Para que esta historia sea una verdadera tragedia de amor, digna de ser cantada por el bardo isabelino cuya identidad aún discuten los más avezados estudiosos de la dramaturgia inglesa, para que mi historia tenga verdaderos pespuntes de drama doméstico, era necesario una huida y un padre castrante que fuera en mi búsqueda. No es malo el padre en el drama doméstico porque todos los personajes son grises, puntos negros con manchas blancas o viceversa, así se ha dispuesto para mayor verosimilitud de la situación dramática. Es desilusionante. Y molesta, porque papá ni siquiera tiene los cojones para convertirme en heroína trágica, se le ve en la cara que no sabe qué tipo de disciplina imponer ni cómo han sido educados sus hijos. Ahora se da cuenta, y en su interior se lamenta porque el peso del uniforme pudo más que su deber en casa. Da lástima y rabia. Lástima porque en realidad quiere ser un buen padre, y no sabe cómo, apenas atina a sostener mi tanga con la punta de los dedos índice y pulgar, e intenta metérmela entre las manos, devolverme aquel objeto pegajoso a sudor y a saber dios qué tipo de sustancias íntimas. Se da cuenta de tamaño hecho y siente asco de la tanga y asco por haber tocado la privacidad genital de la hija. Debería ayudarlo y quitársela de las manos. Debería pero no, ya que la rabia ocupa el lugar de la misericordia, ¿okey?, y aunque yo pretenda ser la heroína de esta historia eso no indica nada, no me obliga a la bondad ni a la condescendencia. De hecho, podría ser una antiheroína, una mancha negra con pespuntes blancos, un personaje totalmente verosímil que no odia a su padre, pero que tampoco desea facilitarle ningún tipo de encomienda.

Mientras intenta devolverme la tanga, papá se mueve de un lado a otro. Se encorva. Qué viejo parece. Viejo y desgastado. Creo que es culpa del peso de las medallas, que rechinan y tintinean, un concierto de objetos viejos. Con alta probabilidad el peso de las medallas es el que lo ha ido convirtiendo en astilla de hombre.

Ajá. Se le nota en las costuras. De hecho, es un personaje bastante mediocre. Siempre ha querido ser un buen padre con tal de romper el

mito, con tal de romper la idea de que los militares no pueden tener clemencia con los hijos, no importa cuán abominables o asquerosos sean los mencionados vástagos.

Y yo soy ambas cosas, que conste.

Finalmente, papá decide colocar la tanga encima de una silla, y lo hace con tanto cuidado que parece un gesto artificial, ensayado, coreografiado, excesivo. Preferiría que me diera un golpe y no que me mirara con esos ojos de mosca:

—Cacasandra…

Cacasandra. Otra vez. Mi nombre antecedido por el prefijo mierda.

—Cacasandra, eras la mejor de la camada…

Hay tanta desilusión en su voz que da pena.

O casi.

Ha dicho camada. Podría haber elegido cualquier otra palabra. Por ejemplo: eras la mejor de mis hijos, mi favorita, la niña de mis ojos, y sin embargo ha elegido *esa*, la palabra que me iguala a la perrita más querida entre un grupo de cachorros defectuosos, y agrega el prefijo mierda a mi nombre, para empeorarlo todo, como siempre.

Me ofendería menos si me dijera buena chica y luego me tirara un hueso, ¿okey?

No es que yo sea una purista del lenguaje, pero si pretendemos que esto sea una tragedia o un drama doméstico, papá ha elegido la más abominable forma de comunicar sus ideas. Y ahora le suma a la lista de sus errores el hecho de levantar un dedo, el típico gesto autoritario que tan famoso lo hizo en los desfiles y en las fotos junto al Abuelo Bigotes.

—Cacasandra, ¡qué a… asco!, ¡qué ver… vergüenza!

—Yo la amo.

Ajá. Se le ve en los ojos que tiene el estómago revuelto y a mí no me queda otro recurso que asumir mi rol de heroína trágica con toda la dignidad que se me permite. Una declaración de amor no resuelve nada, al menos no dentro de la mente de papá, que sigue haciendo muecas de asco, pero sirve al menos como una sólida plataforma dramática desde la cual el conflicto puede evolucionar. Que conste que no es muy simple, ¿okey?, porque en esta obra no se lidia con los personajes isabelinos de un genio, sino con una recua familiar de poca monta, liderada por la voz de papá:

—¿Desde cuándo sabías esto? —pregunta y grita, aún no acabo de definir si es más importante el aullido que sale de su boca o el tono inquisitorial.

No espera que yo responda y es ahí donde me doy cuenta de que la cuestión ha sido lanzada al aire, a los observadores pasivos del drama doméstico: mamá y Caleb, que contemplan todo sin mover un dedo

pero con caras de entendidos y satisfechos. Por ejemplo, mamá tiene su mejor sonrisa, una sonrisa de mujer que no tiene orgasmos pero sí una venganza como plato frío que ahora mismo se dispone a comer con lentitud. Incluso Calia alza la frente por un segundo, sale del modo dibujante y enfoca la mirada en un objetivo concreto: mi tanga, que es color fucsia y que brilla como un objeto de otro mundo encima de los muebles grises del salón.

—Ha mostrado ciertas desviaciones en su conducta sexual desde hace ya… —responde mamá mientras intenta hacer memoria—, un tiempo.

—¿Cuánto?

—Bastante —dice al fin con su voz de gorrioncito tísico, de mamá preocupada, una voz que no engaña a nadie, que no tiene ni rasgo de sutileza, y que de alguna manera me divierte por toda la teatralidad contenida.

Como me duelen un poco las rodillas, voy y me siento justo encima de la tanga fucsia. Calia, de inmediato, pierde todo interés en ella y vuelve a sus dibujos de la etapa elefante. Entretanto, papá camina, y camina tanto que parece marchar en un desfile. Es anacrónico verlo así, despojado del uniforme pero con las medallas enganchadas a la camisa, y es también un poco ridículo, hay protocolos que pierden sentido cuando no suceden en un espacio determinado. Una mosca hinchada vuela y se le posa en su frente. Son curiosas las moscas. Huelen el conflicto desde la distancia.

Mamá se excusa sin demasiado interés:

—Nunca estabas aquí. Pensé que su problema se solucionaría antes.

Ajá. Yo soy el dilema. Cacasandra es el dilema y mamá juega su baraja con elegancia y cicuta: sabe cuándo hablar y cuándo hacer silencio. Y ahora guarda silencio, no dice ni pío, ya que ha desplazado el rol de inquisidor hacia otro lado, hacia la esquina del ring llamada papá.

—Yo la amo —tercio en voz apenas audible. Pese a todo, mi voz se escucha y provoca una mueca de indignación en el rostro de papá—: Es mi novia.

—¿Un puente es tu nononovia, Cacasandra?

La pregunta de papá vuela en el aire y Caleb se ríe.

Mala idea.

Los ojos de papá lo fulminan:

—Mala sangre hay en esta casa. ¡Mala sangre!

Luego grita incoherencias. Camina de un lado a otro de la sala. Paso redoblado. Medallas que tintinean.

Su cabeza se mueve de un lado a otro como si fuera un inmenso

títere de felpa y, de repente, le escupe a mamá:

—¡Tú no la viste! ¡Estaba ahí, afufuera, frente a todos! ¡Tiene mamala sangre! ¡Sangre podrida! Se… toca… tocaba sobre el puente. ¡Mira, mira esto!

Con los ojos, busca la tanga fucsia, que ha desaparecido momentáneamente bajo el peso de mis nalgas. Me acomodo mejor y le dejo ver. Papá y sus dedos escrupulosos levantan mi ropa interior, que ondea de un lado a otro como la bandera de algún país de desviados sexuales:

—¡Sobre el puente y sin nanada abajo!

Creo que es la primera vez en toda la vida que papá habla de un tema que no es directamente político ni está relacionado con su ascenso en la escala de poderes de este país. Aunque mis genitales sean, para mí, la cosa más política del mundo, no aspiro a tanto, no aspiro a que papá lo comprenda. ¿Okey? No soy tan idiota.

—Yo la amo —tercio cada vez que los gritos de papá comienzan a apagarse. Hay que mantener la llama viva.

—¡Óyela! ¡Oye lo que dididice tu hija! ¡Ama a un pu… a un pu… a un puente! ¡Y dice que esa cocosa es una… una… que es hehembra! —le escupe de nuevo a mamá.

Si Calia pudiera dibujar la mente de papá haría un cuadro abstracto. Una línea por acá, atravesada por un triángulo, una mancha en la esquina, muchos borrones. No sé qué le disgusta más a papá: que desee a un puente o que el objeto de mi amor sea una esencia femenina. No se decide, pero mi tanga rosa se ha convertido en un símbolo que ondea de un lado a otro.

Finalmente se acerca a mí.

Vamos, que ahora es cuando la obra adquiere pespuntes trágicos.

Su cara está justo frente a mi cara.

Dice:

—Aunque tetetenga que arrancarte la cacabeza, voy a hacer que seas nononononormal, Cacasandra.

—Yo la amo.

—Cácállate.

Ahí está, otra vez, el prefijo mierda.

—Me puedes apartar de ella —susurro—, me puedes encerrar, me puedes arrancar la cabeza, haz conmigo lo que quieras, pero nada cambiará. Yo la amo.

Mi discurso es típico, ¿okey?, no pretendo que sea un testimonio de grandes metáforas ni de alto valor literario. Es suficiente como para que la mente de papá —el cuadro abstracto— explote:

—En esta cacasa hay graves problemas morales y de conducta. Gragraves problemas. Mala sangre.

Mamá se encoge de hombros. Sabe que la indirecta de papá va dirigida hacia ella.

—Una cacasa es un país pepequeño. Y una familia es una nana… ción. ¡Una nación!

Otra vez el mismo aburrido discurso político. Mamá bosteza. Caleb tiene la cabeza en las nubes. Calia continúa siendo Calia.

—¡Disciplina! Este papaís necesita disciplina. ¡Voy a tomar el látigo! ¡Voy a llellevar la rienda! Y tiraremos jujujuntos de este carretón llamado fafamilia. Cuecueste lo que cuecueste voy a salvarte, Cacasandra.

—Yo la amo —repito y aunque continúan siendo las mismas palabras de antes, papá se enerva:

—¡La disciplina es la bababase de un país! ¡Es la babase de todo! Y nadie memejor que yo para guiarlos de vuelta al buen cacamino.

Otra vez el prefijo mierda.

En una de las esquinas del cuarto, mi hermano tose inofensivamente. Sin embargo, aquel sonido dispara las alarmas en el interior del cuadro abstracto que son los pensamientos de papá:

—¡Honor, vergüenza y gloria! ¡Venceremos! —afirma, y solo entonces me doy cuenta de que ha dejado de gaguear—. ¡Abajo la mala sangre! ¡Honor, vergüenza y gloria! —repite y luego agrega—: ¡Guiaré a este país hacia la redención!

El discurso me ha dejado un sabor agridulce. Papá ondea mi tanga que, entre sus manos, luce más que nunca como una bandera de las causas perdidas. Sus dedos ya no son escrupulosos. Tocan mi sudor y se funden con los rastros de óxido que dejó mi amada sobre la superficie de mi ropa interior.

—Esta familia necesita de un gran líder. Ustedes no me conocen, no, no todavía. Pero tienen tiempo, todo el tiempo del mundo —amenaza papá y, con esas palabras, culmina su discurso sin gaguear de nuevo.

Se conocieron en un desfile. Mamá llevaba unas botas altas que no eran precisamente su número de pie. Las botas le hacían cojear y eso le concedía a la muchacha un aire de ingenuidad y ligereza que todas las otras chicas, con botas del número correcto, envidiaban.

—¿Am… am… pollas? —le preguntó el hombre, que por entonces era cualquier cosa menos papá.

Mamá, que en aquel momento solo era una muchacha algo bonita y coja, afirmó con una sonrisa. Había reconocido de inmediato el rostro de aquel sujeto. Cómo no hacerlo. Le extrañaba que estuviera allí, desprotegido, en el centro de la multitud de chicos uniformados, como si fuera uno más, un soldado raso, como si hubiera olvidado su

rango. Aquel día, y por primera vez en su vida, mamá se sintió importante. Antes de conocer a papá se había limitado a existir, a ser una de las tantas chicas que pululaban en uniforme por el verano eterno del país, sin ningún rasgo exterior que las marcara, sin ningún rasgo exterior que delatara su origen. Bien se había cuidado mamá de ser homogénea porque la heterogeneidad se pagaba cara. Desde que su familia había decidido suicidarse, desde la aparición de las mariposas, desde que la voz de la tía, es decir, la voz de dios que usaba las cuerdas vocales de la tía como ánfora, había sido consumida por el estertor de los envenenados, mamá joven sabía que cargaba con un estigma: el tabú de la mala sangre familiar.

No recordaba bien qué había sucedido luego del suicidio masivo. Las alas de las mariposas habían volado sobre ella y a partir de entonces todo se había transformado en nebulosa, en una cortina de humo sobre los recuerdos. Era mejor así, era preferible olvidar. Luego de su desgracia, el país no la había abandonado. Mamá la huérfana fue llevada a una de las tantas casas para niños sin padres, para los niños no queridos, para los relegados por la familia, es decir, aquella era una casa democrática, el reflejo preciso de lo que el país quería para todos sus habitantes. Mamá la huérfana se había esforzado en olvidar con rapidez. Era preciso adaptarse a la nueva circunstancia y lo había hecho lo suficientemente bien como para que la mancha biológica que arrastraba, el hecho de pertenecer a una manada de suicidas, fuera olvidada gracias a sus constantes intentos de encajar en el rompecabezas del mundo.

Muchos fueron los psicólogos y psiquiatras que se habían detenido a hablar con mamá niña. Ellos la convencieron: cualquier trauma podía ser superado gracias a la ayuda de la ciencia. Aquellas mariposas de la muerte, las que había creído ver elevándose sobre el papel gracias al influjo de algún secreto oscuro, nunca habían existido. Era lógico. No hay nada en este mundo que la lógica no pueda explicar. No hay nada en este mundo que la palabra trauma no pueda cubrir. Los ojos ven lo que quieren ver. Los ojos de los niños son especialmente influenciables, es cierto. Por eso, mamá se obligó a borrar el recuerdo de aquellas mariposas. En su memoria, nunca habían existido. Los psiquiatras y psicólogos sonrieron y palmearon su cabeza. Buena chica. Muy buena chica. Una vez más, el mundo de la lógica había derrotado al caos del oscurantismo.

Y desde entonces todo fue casi perfecto.

Casi, porque cuando mamá niña cerraba los ojos, su mente volvía a dibujar aquellas mariposas que odiaba. Seguían allí, bajo gaveta, escondidas entre fajos y fajos de test psicológicos, camufladas bajo horas y horas de terapia. Persistentes las mariposas. Sin embargo, bastaba abrir los ojos para olvidarlas. El mundo de inmediato volvía a

girar sobre los mismos ejes de cada día.

Pero la realidad era otra y ella la conocía a la perfección: las mariposas seguían allí, en el lugar más profundo de sus recuerdos.

A mamá joven no le gustaban las botas militares ni los desfiles. Le parecía agotador tener que arrastrar los pies y sentir cómo las botas se esmeraban en resultar incómodas. Las ampollas crecían. Los pies quedaban rezagados. No lo hacía a propósito. Mamá solo deseaba ser parte de la multitud, ser una chica homogénea; lo cual, si se mira bien, no debería resultar demasiado difícil aun cuando eres una chica como mamá, una chica sin familia, criada en una casa democrática que instauró el país con el propósito de servir de nido a los descastados. Las circunstancias ayudaban a que todos fueran iguales si se esforzaban, iguales botas, iguales vestidos, iguales uniformes, iguales ideas, igual calor, igual verano que tocaba a partes iguales. Solo las ampollas hacían que mamá luciera diferente. Solo cojear la hacía distinta. Pero aquel era el día de su suerte.

—¿Te… te… quedan chiquitas las bobotas? —preguntó de nuevo el hombre, el militar cuyo rostro mamá conocía de memoria. No le parecía especialmente atractivo, pero el poder asume formas atípicas, formas que se asemejan a la belleza, así que mamá joven miró al hombre y le resultó encantador. Nunca se había imaginado que un militar de su rango pudiera gaguear de esa manera, qué ternurita, el hombre importante mostraba nerviosismo, humanidad, imperfección. No eran solo los pies de mamá los que fallaban.

—Grandes —respondió ella—. Son un número mayor que mi pie.

—Va… va… vamos a conseguirte bobobotas nuevas. No se puede mamarchar así.

Si mamá joven hubiera podido escoger, sus pies no llevarían botas, ya fueran nuevas o viejas, sino tacones altos, tacones rojos, de esos que sí provocaban verdaderas ampollas. Mamá se imaginaba sobre aquellos zancos y en su mente se sentía la muchacha más bonita del mundo. Por supuesto que pensamientos semejantes estaban entonces prohibidos, al menos para ella, para la chica que intentaba ser homogénea y no distinta. En aquel momento, la idea de tener otras botas, la idea de conocer al hombre gago y poderoso, era más de lo que podía soñar.

Lo siguió entre la multitud. Sin decir palabra.

La escolta del hombre gago y poderoso fijó sus ojos en mamá joven:

—Viene con… conmigo —afirmó él y no añadió nada más, ni tampoco hizo falta.

Se casaron, dos meses después, y para entonces mamá joven ya estaba embarazada de Cacasandra y había renunciado a los orgasmos.

Papá le regaló unos tacones bonitos. No eran rojos, sino negros, y ella sintió que aquel presente era una forma depurada de felicidad. Tenía los pies hinchados por el embarazo y los tacones no le sirvieron. Desde el vientre, Cacasandra era una chica mala. Provocaba náuseas matutinas, tics y retención de líquidos. Mamá joven intentó apretar los pies dentro de los tacones. Aquella era una forma depurada de frustración:

—No me sirven —le confesó a papá y se sintió culpable.

—Tú y tutus pies… —contestó el hombre—, siempre tan cocomplejos.

Nunca lo amó. Aquel hombre gago y poderoso estaba siempre ocupado en los asuntos de la política y del país, en ascender un peldaño más en la escalera del deber, en sus medallas. Mamá se concentró en tener hijos, en leer libros de autoayuda y en su colección de tacones. Para ella el amor era precisamente eso, un par de tacones nuevos, la idea de que no tenía que usar botas ni marchar en un desfile con ampollas en los pies.

Caleb bajó al sótano y se sacó al gorrión muerto del bolsillo. Estaba bastante apachurrado, era casi pulpa. Una lástima. No iba a encajar en el rompecabezas. Frustrante. Tanto esfuerzo para nada. Tanto esfuerzo convertido en pulpa. Los cadáveres no eran demasiado resistentes y Caleb había apoyado el peso de su cuerpo contra la pared mientras papá hablaba y hablaba, mientras Casandra repetía lo mismo una y otra vez, aquel te amo con peste a óxido que, al parecer, solo él podía oler en toda la familia.

En su mente se había quedado grabada la imagen de la tanga fucsia de Casandra. Aquel era un recuerdo que le provocaba cosquillas y sensación de extrañeza. Si la hermana mayor usaba aquella ropa interior, quizás Túnez también lo hiciera. El nombre de la prima, su recuerdo, hizo que Caleb sintiera escalofríos. No le era difícil imaginar a Túnez llevando aquella tanga fucsia, a Túnez con olor a óxido.

Era mejor no pensar en ella, en la chica de espejuelos.

Túnez estaba prohibida.

Caleb sabía que nunca volvería a verla, no ahora que los tíos se habían transformado en enemigos del pueblo.

Aquel verano amenazaba con ser largo y sofocante.

El muchacho se obligó a pensar en el gorrión, es decir, en aquella pulpa con alas y algo semejante a un pico. Quería integrarlo a su obra de arte.

Fue entonces que escuchó un carraspeo, justo encima de su hombro. El olor a óxido se le coló en la nariz.

—¿Qué haces aquí, Casandra? —preguntó—. ¿No te castigaron?

—Ajá. ¿Y qué?

La hermana mayor hizo una mueca de asco al notar la presencia del gorrión muerto. Caleb aguardó por alguna palabra de desprecio, pero Casandra se mordió la boca y no dijo nada.

—¿Qué quieres? —fue Caleb quien no pudo aguantar más el silencio.

—Papá está loco. ¿Lo notaste? Dime que sí.

—Loca estás tú, follapuentes.

—Ajá, matagorriones —Casandra suspiró—. Te lo digo en serio. Si no me ayudas…

—Ni lo intentes, Casandra. Déjame tranquilo. ¿No ves que estoy ocupado?

—Papá está loco. Allá tú si no entiendes. Papá se quiere transformar en el Abuelo Bigotes. ¿Sabes lo que eso significa?

—… no me importa.

—Va a experimentar con nosotros, Caleb. Más o menos como el Abuelo Bigotes. Solo que el Abuelo Bigotes experimentó con un país.

—Mira, Casandra, tú eres la que está enamorada de un puente. No me hables de experimentos. Déjame tranquilo.

—Un hombre como papá no renuncia al poder, hay que quitárselo.

Caleb se atoró con una carcajada:

—Así que además de follapuentes eres una enemiga del pueblo.

La hermana mayor se encogió de hombros:

—No conoces al Abuelo Bigotes, Caleb. Yo sí. Imagínate que papá se convierta en él. Tu vida va a ser una mierda. Y la mía. Incluso la de Calia. No sabes. No tienes idea de lo que eso significa. Tendremos nuevas leyes…

—Déjame tranquilo.

—¡Mira que eres idiota! Un hombre como papá es peligroso. Lo ha perdido todo. Le han quitado todo. Solo nos tiene a nosotros. ¿Cómo no te das cuenta?

—No me importa, te dije. Déjame tranquilo.

Casandra tocó con un dedo al gorrión muerto:

—Okey, allá tú, pero te vas a arrepentir. Papá está loco. Y el verano será largo, Caleb. Después no digas que no te dije.

El hermano menor no se detuvo a pensar en los asuntos de Casandra. A decir verdad, le preocupaba más recordar a Túnez, a la prima perdida, a sus espejuelos. Le preocupaba más imaginar una tanga rosa e intentar que aquel gorrión escachado pudiera integrarse al rompecabezas de animales muertos.

—¿Por qué no te gustan las mariposas, mamá?

—Porque son las mensajeras de la muerte.

—¿Cómo sabes…?

—Mi tía me lo dijo.

—¿Les tienes miedo?

—¿A las mariposas? Un poco. Por eso no me molesta si es verdad que las matas.

—¡No! Ellas…

—Ya sé, Caleb. Me dijiste…, te buscan, te rozan y eso es todo. Caen. Se suicidan. Sí, ya sé.

—Pero es verdad.

—¿Entonces es verdad también lo que me cuenta tu hermana?

—El conejo se murió.

—Caleb, puedes ser sincero con mamá. ¿Te gusta torturar a los animalitos?

—¡No!

—Si me ocultas información, mamá no podrá ayudarte.

—No les hago nada.

—¿Los envenenas? ¿Los golpeas?

—¡No!

—¿Te sientes muy bien cuando haces eso?

—Se mueren y ya. No es mi culpa.

—Claro que no. Nadie ha dicho eso. A mí, por ejemplo, no me gustan las mariposas. Creo que son insectos odiosos, no deberían existir.

—Pero son muy bonitas.

—Háblame de lo que sucedió ese día en el zoológico.

—Fui con papá y Casandra. Los animales estaban raros. Papá gritó.

—¿Y sentiste miedo?

—No, calambre.

—¿Calambre?

—Sí, cuando me tocan y se mueren. ¿Por qué se quieren morir?

—Caleb, lo primero que tienes que entender es que los animales no piensan.

—Piensan en la muerte, mamá.

—¿Cómo sabes?

—Me doy cuenta.

—¿Los animales te hablan?

—No.

—¿Entonces cómo puedes estar seguro?

—Porque cuando me tocan y se caen, se alivian.

—¿Los animales…?

—Sí.

—¿Se alivian de qué?

—Ya no están vivos. Eso les gusta.

—La pregunta es si a ti te gusta que no estén vivos.

—Se ven bonitos muertos.

—¿Eso crees?

—Ya no se mueven. Así los puedes ver mejor. Cuando se mueven es muy difícil notar las manchas que tienen, o los colores… ¿verdad? Pero cuando están quietos, entonces te puedes fijar en todo y son más lindos.

—¿Crees que la muerte es bonita?

—Sí. Cuando hay varios animalitos quietos, entonces te das cuenta de algo…

—¿De qué?

—Uno encaja donde está el otro.

—¿En serio?

—Sí. Por ejemplo, una hormiga puede estar sobre un pajarito, y el pajarito pegado al conejo. Se ven lindos separados, pero es mejor si están juntos.

—¿Como una escultura?

—… pero hay veces que no encajan tan bien. Es difícil. Es como un rompecabezas.

—¿Entonces los matas para construir un…?

—Ellos se mueren y ya, no les hago nada.

—¿Puedes enseñármelo?

—¿Qué cosa?

—Tu rompecabezas.

—¿Cómo sabes que yo…?

—Me lo acabas de decir. Además, soy tu mamá. Se supone que descubra todo lo que te pasa.

—Está bien. Ven conmigo.

—¿Dónde?

—Abajo.

—¿El rompecabezas está escondido?

—Sí.

—Bien. ¿Tiene mariposas?

—Algunas… ¿te dan miedo?

—No pasa nada.

—Están muertas, mamá. Si están muertas no pueden hacerte daño. Son bonitas y nada más.

—De acuerdo.

—¿Mamá…?

—Dime.

—De verdad no es mi culpa. ¿Estás brava conmigo?

—No.

—¿Estás entonces brava con las mariposas?

—A veces, pero no ahora. El conejo de tu hermana, ¿forma parte del rompecabezas?… Dime la verdad, Caleb.

—Solo las orejas.

—¿Solo las orejas?

—Era lo único que encajaba.

Muchos se quejaban del calor del país, del eterno verano sin fronteras. Papá sabía que bajo de las quejas sin forma, esas que aparentaban ser inofensivas, se camuflaban las ideas de los enemigos del pueblo, de los enemigos del General Bigotes. Quienes criticaban el calor del país, criticaban al país y a su gobierno. Papá era un hombre simple. Aceptaba el verano como una de las tantas cosas que no requerían explicación y contra las cuales era mejor no luchar. Soportaba las moscas, el sudor que bajaba a chorros entre su piel y la camisa, incluso el óxido en las medallas. Por eso no entendía a mamá, que se abanicaba siempre con una penca, con cuanto periódico tuviera cerca, mamá que se levantaba la blusa para recibir más aire. Cierto que el verano era sofocante, pero tenía sus elementos positivos; por ejemplo, solo había que pensar en la playa, que si algo bueno tiene esta tierra es ese sitio exacto donde el mar se encuentra con la orilla, las playas más hermosas del mundo donde los niños juegan sanos y felices, y que tanto le gustaban a la pequeña Casandra cuando tenía dos años.

Había pasado mucho tiempo entre los juegos de Casandra en la arena y la imagen de Casandra joven sobre el puente. Papá se daba cuenta de que la afirmación de los viejos era cierta, los años son inexorables y estamos aquí, en esta tierra, solo para atestiguar cómo el tiempo destruye lo que toca, ya sea una familia, una ilusión o los peldaños del poder. Los años corroen y muerden, y no ha de culpárseles porque ese ha sido siempre su propósito, desde que el tiempo se hizo tiempo, es decir, desde mucho antes de que papá se concentrara en asuntos como este.

Melancolía.

Un soldado no puede ser una criatura melancólica, se reprendió papá, es decir, lo reprendió la voz militar de su consciencia. Pero acaso importa ahora, se preguntó luego la misma voz, un poco menos dominante, un soldado puede permitirse ser débil cuando nadie lo mira y este era el momento justo, el de la liberación, en el que incluso papá se podría permitir alguna lagrimita nostálgica por la imagen de

la hija perdida o por la transformación de esa hija en algo más que papá no lograba entender. O tal vez, quién dice que no se le permite, papá también se atrevería a llorar por todo lo que le había sucedido en el último año, por aquella caída tan alta y con heridas tan graves que había destruido el mundo a su alrededor.

Cuando ciertos Adán y Eva, elíjase cualquier otro nombre si se prefiere, fueron expulsados del jardín del edén, alias el jardín del poder, tuvieron que aprender desde cero cómo se vivía aquella nueva existencia en la que dios no habitaba salvo como una presencia a lo lejos. Sin pretender homologarse con los dos pecadores originales, puesto que papá estaba libre del pecado de la traición, compartía con ellos un sentimiento parecido: el deambular por tierra de nadie, sin guía ni meta, sin la esperanza de ascender un peldaño más en la escala de la gloria.

Papá era un huérfano de país, un huérfano de ideas.

Ahora, también, un huérfano de hijos.

Verdad que no había sido un padre ideal, un padre ejemplo de libro, de los que nunca se pierden un cumpleaños o una fecha señalada. Era más bien la presencia lejana: sus medallas abrían muchas puertas, y esas puertas fueron bien utilizadas por sus hijos y por su esposa, digan lo que digan, todos habían aprovechado el beneficio del poder. No obstante su ausencia, papá había intentado ser bueno, amaba a los suyos, que lo señalen con un dedo si esto no es cierto.

Caleb nunca había sido cercano a papá. Era más bien un chico esquivo, que se sumergía en las olas de sus propios pensamientos, que surfeaba en esas olas y no permitía compañía. Además, algo raro existía en él. Papá no olvidaba aquella imagen del zoológico, aquel recuerdo de los animales suicidas. Mejor no hablar de Calia. Cierto que los niños pequeños no resultan muy interesantes, no tienen nada nuevo por contar, se concentran en sus procesos biológicos, comer, cagar, dormir, comer, cagar, chillar; sin embargo, papá habría preferido mil veces tener una hija común y corriente, una de esas que viviría atada a sus procesos biológicos, dormir, comer, cagar, a ser el padre del pequeño engendro dibujante, de la silenciosa genio de la lámpara. Escalofríos. Papá sentía escalofríos cada vez que estaba cerca de aquella niña.

Casandra era diferente.

Papá sentía auténtico amor por ella. O, al menos, lo que papá interpretaba era la forma auténtica del amor. No conocía otra y hay que concederle el mérito: quería a Casandra porque, de todos sus hijos, era la única que le parecía normal. Sumemos a esto que Casandra había sido, durante años, la niña de los ojos del General Bigotes, una especie de nieta a la que el General le rendía tributo,

asunto que emparentaba de alguna manera a papá no solo con el poder, sino con la fuente del cual provenía.

Ojalá Casandra se hubiera quedado niña para siempre.

Pero no.

Papá sintió cómo el sudor le corría por el cuello.

Había perdido no solo la idea del poder, sino cualquier forma de futuro. Papá lo sabía. No se volvía a ascender una vez que se ha caído a lo más profundo del pozo. Desde el primer momento había abandonado toda esperanza. No le gustaba vivir aferrado a las migajas de sal de la esperanza.

Papá era un hombre con los pies sobre la tierra.

Cuando se viven tantos años de carrera militar se aprende a la fuerza la necesidad de ser práctico.

Una punzada de rencor se le trabó en el pecho.

Maldito calor y maldita Casandra.

—Sosoy el amo de esta casa —se dijo, se infundió ánimos—. ¡Huelo a sangre podrida! ¡Voy a enseñarles cómo se gobierna este país!

Ahora se daba cuenta… Las señales le habían llegado desde el primer momento, pero papá no había sido entonces un hombre práctico, sino un amante de la belleza. ¿Quién dice que un militar no puede ser un amante de la belleza? Aquella muchacha del desfile, la de las botas demasiado grandes y ampollas en los pies, la chica que soñaba con tacones, le había traído mala suerte. Papá no podía justificar sus decisiones bajo el nombre del amor. A ella no la había amado, simplemente había creído ver lo hermoso en su cuerpo, la posibilidad de que aquella muchacha le diera hijos bonitos, hijos que conquistaran al mundo. Belleza y poder eran el perfecto equilibrio en la balanza de la vida.

Incluso un hombre práctico se podía permitir errores como ese: fatales.

Ya era demasiado tarde para rectificar. Hermosos eran los hijos, sí, eso podía reconocérsele a la madre. Habían heredado de ella la predisposición a la belleza y todo lo demás, que era mucho, que era un océano de secretos y de taras. ¿Cómo no se había dado cuenta? La muchacha era hermosa, pero tenía sangre de suicidas, y papá estaba seguro que no existe forma de enmendar lo que se lleva en el ADN.

Maldito ADN, maldito verano, maldito país.

No, el país no. El país no tenía culpa alguna.

La culpa la tenía él. Había sido artífice de su propia desgracia y ahora pagaba, sí, en carne y huesos, carne de su carne y huesos de sus huesos, con aquellos hijos suyos defectuosos: la genio dibujante, el mataconejos y la chica de la tanga fucsia.

Pero papá era un hombre práctico. Sabía muy bien que al último peldaño de la escalera del poder no se llega con lamentos, sino con mano dura, una mano capaz de empuñar el castigo y la recompensa. Papá había observado. Había aprendido bien de la observación. El General Bigotes era un buen maestro, el mejor de todos.

Maldito sudor.

Papá ya no era el favorito del General Bigotes. Ya no era el favorito de nadie. Tantas veces se le señaló como el sucesor del General cuando la biología y el paso del tiempo dieran su último veredicto. Bien se sabía que el General Bigotes no sería eterno. Pero el destino era una puta. Sí, una asquerosa y sucia puta que había traicionado a papá, al hombre que más la había amado. El General Bigotes ya no tenía un sucesor y papá ya no tenía un futuro, ni una esperanza, ni nada que heredar.

El único país que realmente le pertenecía era su casa y aquella familia defectuosa, y papá tenía todas las intenciones de instaurar, de una vez y para siempre, el orden y la perfección.

Los primeros cambios fueron imperceptibles. Era casi imposible imaginar lo que papá se traía en mente. En honor a la verdad, yo lo supe desde el principio, y de eso puede dar fe Caleb, si tiene cojones y buena memoria. No por gusto intenté acercarme a su nidito de conejos muertos y comportarme como una buena hermana mayor. Que conste: me costó trabajo, ¿eh?, porque la sola idea de aproximarme al asqueroso de mi hermano me daba escalofríos, pero la circunstancia era desesperada. Bien se sabe que las alianzas no son simples en ninguna historia y esta no iba a ser la excepción. Primero, hacía falta la presencia de un verdadero conflicto, de una verdadera fricción entre dos partidos, y mi presagio, aunque acertado, no era todavía prueba suficiente.

Caleb tendría tiempo de arrepentirse y yo de asumir el verdadero rol para el que fui concebida, el de la heroína trágica.

Ajá. Suficiente tragedia era no tener cerca mi objeto del amor, pero como dicen los bardos, no hay nada mejor que una pasión a la que se pone frenos, porque es entonces que la pasión se desborda y lo revoluciona todo. Ya no me conformaba con percibir el óxido de mi amada sobre mi piel, ni el hecho de sentir viga contra carne. Mi padre, como esencial obstáculo de la consumación, se transformó en un viejo asqueroso, enemigo público número uno de mi historia. Me encerró en el cuarto, gritó blablá y luego blablablá, y se negó a devolverme mi tanga fucsia:

—Te quedarás aquí hasta próximo aviso —dijo y tiró la puerta.

Debo reconocer que ni siquiera entonces me di cuenta de que papá

había dejado de gaguear. La culpa era del enojo, que me dejaba ciega, perfecta no soy, ¿okey? La ausencia de gagueo era la primera señal del cambio microscópico que comenzaba a suceder en el cuerpo de mi padre, una metamorfosis que avanzó poco a poco, paso a paso, durante todo aquel verano.

Pero en aquel punto aún no teníamos idea. Yo no tenía idea.

El verano acababa de empezar. Incluso creí que la rabieta de papá se le pasaría en unos días, blablá, que la puerta volvería a abrirse en cualquier momento, blablablá. Un hombre como papá jamás se permitía que la violencia lo dominara. Inocente yo. Lenta la heroína trágica de la historia. Papá de verdad se había decidido a iniciar su dictadura.

El verano también lo había decidido.

La dictadura del verano llegaba con moscas y sudor pero aquello, al menos, era algo previsible.

Los gritos de papá se alternaban con los accesos de rabia de Casandra. Se abría una puerta, se tiraba otra. Los goznes crujían su furia. Era preferible ser un insecto a vivir dentro de la casa. Pero afuera no se podía estar y no solo por culpa del calor, que podía mitigarse bajo la sombra de los árboles o que simplemente se obviaba: eran otros los motivos. El mundo exterior ya no existía, al menos no de momento, el mundo exterior era otra dimensión, un espacio paralelo que estaba prohibido.

Aquello resultaba, cuando menos, injusto. Caleb necesitaba encontrar nuevos animales para terminar su obra. Ahora, con este calor infernal, su instalación de cadáveres se consumía más rápido, la putrefacción entraba con facilidad dentro la sala y no era raro escuchar a papá:

—¡Qué peste! Este verano solo trae olor a mierda —decía y luego escudriñaba por una de las ventanas, con cuidado, sigiloso, no fuera a ser que alguien lo viera, un ojo vigilante o un ojo chismoso, una mirada que hubiera enviado el General Bigotes o la simple inquisición de un vecino que se ensañara en la observación de la tragedia de papá.

Como Caleb no podía salir al jardín, su obra permanecía inconclusa. Una desgracia total, faltándole tan poco para que el rompecabezas estuviera completo. Pero aún en aquel momento la situación era controlable. Papá no malgastaba tiempo en Caleb. El muchacho le parecía un adolescente más, uno al cual le ataban ciertos rasgos genéticos, algunas similitudes en los rasgos, por ejemplo, la nariz ganchuda y el pelo negro, la piel excesivamente blanca aunque sin pecas, piel mala para aquellos que viven en un país de tanto sol, un país con tanto verano, piel que envejece pronto en un lugar así. El

mismo papá lucía más anciano de lo que era, con aquel pelo casi blanco y las arrugas en las comisuras de la boca y de la frente:

—¡Qué peste! Este verano solo trae olor a mierda.

Caleb lo descubrió no pocas veces asomado a la ventana. La ventana estaba cerrada y papá guardaba las llaves en algún lugar secreto:

—Abriré las puertas cuando en esta familia se aprenda qué significan las palabras civilización y orden.

Así decía papá y luego escudriñaba la oscuridad de la noche con atención:

—Olor a podrido —no agregaba otra cosa ni tampoco hacía falta, Caleb sabía, todos sabían que papá estaba seguro de que aquel olor lo habían provocado los vecinos. En un acto de repudio, en un acto de odio, seguro habían arrojado bolsas de mierda al jardín.

Bien se sabe que la gente tiene mala sangre en tiempos de desgracia y disfrutan las caídas ajenas, se ríen de las tragedias de los otros, pensaba papá, antes me tenían miedo y ahora entierran bolsas de mierda en mi propiedad.

Fue Caleb el primero en darse cuenta de que papá había dejado de gaguear. No dijo nada, pero aquello le pareció curioso, una modificación de hábitos, un cambio que le resultaba rarísimo, pero aún no inquietante. Se había acostumbrado al arrastrar de las sílabas del padre, a llamarse Cacaleb y no Caleb, la verdad es que tampoco le importaba demasiado el prefijo mierda atado a su nombre. Le parecía peor que el padre ya no gagueara, que el padre le dijera Caleb, así, limpiamente, sin el prefijo mierda que ya identificaba como parte suya.

A pesar de todo, el chico no se sentía miserable. El calor era el mismo de siempre, quizás un poco más intensificado por la cerrazón de la casa, por la imposibilidad de abrir puertas, por las ventanas tapiadas a cal y canto, y que solo los ojos de papá se atrevían a violar. Le molestaba un poco no ser capaz de terminar el rompecabezas, pero no se sentía especialmente amenazado porque papá ya había encontrado justificante para el olor que emanaba de todos sitios. Caleb no se preocupaba, las bolsas de mierda de los vecinos habían creado un jardín de metafóricos desperdicios en la mente de papá, y ahora abonaban el terreno de sus ideas y sospechas.

Molesta resultaba Casandra. Solo quien tenga una hermana mayor entenderá verdaderamente los sentimientos de Caleb. La hermana mayor se había recluido en su cuarto y solo bajaba a la sala de manera ocasional, siempre en ropa interior, un desfile particular de tangas rojas, moradas, verdes. Caleb miraba las piernas flacas de Casandra con sorna y de inmediato se preguntaba si Túnez las tendría así de

delgadas, piernitas de flamenco. Era entonces que la tanga roja de Casandra se transformaba en la tanga roja de Túnez, usaría tangas así o más finitas, tangas de colores o en blanco y negro. Los gritos de papá y Casandra se alternaban, y Caleb dejaba de pensar en Túnez, cómo podía pensar en Túnez con tanto ruido.

—¡Déjame salir! ¡Necesito ver a mi amada! —gritaba Casandra, melodramática.

—Por encima de mi cadáver, señorita.

—Abre esa puerta. Te odio. ¡Eres un cerdo, papá!

—Las perversiones de índole sexual, ¡de cualquier índole!, serán castigadas duramente en este hogar. No admitiremos ningún tipo de disidencia.

—¡Tú no me mandas! ¿Okey? No eres mi padre, ¡no eres nadie! ¡Y no eres el General Bigotes!

—¡Mala sangre! —aullaba papá y, de inmediato, buscaba los ojos esquivos de su mujer, que caminaba sobre zapatos rojos de tacón y que abría, como al descuido, un nuevo libro de psicoanálisis o una biografía de Freud.

A mamá no le preocupaba Casandra. No le preocupaban tampoco los gritos de papá ni el rompecabezas apestoso de Caleb allá en el sótano. De hecho, en aquellos precisos instantes, mamá solo estaba concentrada en observar a Calia. La benjamina pronto cumpliría tres años, en pleno verano y encerrada. La idea de que el aniversario tercero de la hija sucediera en medio de aquella cárcel familiar, en medio del descenso de papá desde el cenit del poder al pantano de la inopia no le quitaba el sueño.

Otros eran los asuntos que le quitaban el sueño a mamá.

Sea coincidencia o no, lo cierto es que fue también Caleb quien notó el cambio en los dibujos de Calia.

—Creo que la etapa elefante acaba de terminar —anunció el chico, un día como otro cualquiera y luego se encogió de hombros: solo transmitía una información inofensiva y sin repercusiones—. A ver qué nos dibuja ahora.

En los papeles en blanco de Calia comenzaban a aparecer los primeros estudios, los primeros esbozos del cuerpo de insectos alargados. Aún no eran anatómicamente precisos, pero tenían alas, y las alas tenían colores. Mamá ahogó un grito y observó las hojas que Calia comenzaba a pintar:

—Es la etapa mariposa —susurró. Había pánico en su voz.

Caleb se encogió de hombros:

—Bueno, ¿eso indica que nos vamos a morir todos?

Las leyendas y los mitos que nos cuentan en la infancia son

siempre escabrosos. Los adultos se esfuerzan en condimentar las moralejas con agudos pespuntes de terror. Son esas historias las que se quedan grabadas en el genoma de nuestras mentes y que luego no nos dejan dormir. Es irónico que los adultos se pregunten por qué los niños lloran, por qué el insomnio, qué idiotas los padres, es tan claro que solo un ciego se negaría a ver al coco debajo de la cama, al diablo escondido dentro de los zapatos, o a las mariposas que adquieren vida y escapan de la cárcel del dibujo.

Las mariposas eran las mensajeras de la muerte y visitaban las hojas en blanco de los niños genios, de los inadaptados y, en ocasiones, también asumían la voz de dios, la voz de un pariente. Las mariposas eran insectos terribles que resultaba mejor mantener a raya, atrapadas en los rasgos anatómicamente perfectos de los dibujos de Calia.

No se puede culpar a mamá por hablar de su trauma infantil. No se trata de que hubiera elegido a sus hijos para dicho propósito, simplemente no tenía nadie más que la escuchara y los niños, por coincidencia genética o destino, compartían con ella un mismo techo. Dicho de otro modo, no hay forma de que un hijo pueda escapar de sus padres ni de los terrores de sus padres. La historia de las mariposas formaba parte de ellos desde que habían tenido conciencia para grabar en la memoria cualquier tipo de anécdota.

A estas alturas de la vida, los niños ya sabían que mamá no los amaba.

Lo mejor de todo era que los niños tampoco la amaban a ella.

Era la ausencia recíproca de un sentimiento que parecía más interesante en los libros sobre familias felices, pero que no tenía demasiado sentido en el mundo real. La tolerancia, por otro lado, sí era bastante importante en el equilibrio de la familia. Mamá soportaba a duras penas las rarezas de los hijos, los niños soportaban que la mujer de tacones, la incubadora genética, intentara repararlos todo el tiempo con sus libros de autoayuda y sus preguntas sin sentido.

Aquel era un equilibrio bastante preciso y, en ocasiones, casi feliz.

Existía un pacto silencioso entre todos. Se ha de confesar que el pacto se hizo sin que mediaran palabras, solamente los unía un temor semejante al de las pesadillas. Desde que Calia mostró su tempranísima inclinación a la pintura, la familia entera comenzó a vigilarla. No solo a ella, sino a toda la creación que nacía de las manos de la niña genio. Analizaron innumerables hojas donde los culos de los monos informaban analíticamente de las épocas de celo, analizaron los vellos en las trompas de los elefantes y los diseños fractales en la naturaleza de los insectos. Buscaron alas, la señal de una Calia transformada en recipiente de la muerte o en mensajera de dios.

Dicho en otras palabras: todos se habían transformado en sus

vigilantes.

No debe resultar de extrañeza: en este país, vigilar a tu vecino, a tu hija o a tu hermana menor es un asunto sin importancia, una tarea doméstica de las más vulgares y comunes. Y la familia lo hacía bien.

Francamente bien… hasta ese día.

—¿Nos vamos a morir todos? —preguntó Caleb al ver los primeros esbozos de alas en las páginas que Calia dibujaba.

—Claro que no —respondió mamá, pero sus ojos indicaban que la respuesta no era verdadera, sino camuflaje.

Fue mamá la que agarró todas las hojas que rodeaban a Calia y las convirtió en bolas de papel, en montoncitos sin forma; luego explotaron sus gritos:

—¡Déjame en paz!, ¡déjame! ¿Qué más quieres de mí? —agarró la barbilla de Calia y la obligó a mirarla a los ojos.

Calia protestó con una mueca y algún sonido informe, e intentó apoderarse de las bolas de papel que mamá le había arrebatado:

—Voy a quemar tus putas mariposas, ¿me escuchaste?, las voy a carbonizar.

En honor a la verdad, Calia no la miró con sorna, como harían las niñas terribles en las películas de miedo, ni aulló a la oscuridad, ni se transformó en licántropa, ni mostró gesto alguno que delatara su enojo. Se limitó a apretar bien los lápices entre los puños, no fuera que mamá intentara quitárselos.

Papá siempre había odiado los bigotes. Le parecían desaliñados. Se necesitaba mucho tiempo libre para que un bigote luciera su espesor y su belleza. De otra manera, era solo un flequillo sin forma, demasiado parecido a un arbusto genital que le hubiera crecido a uno en el ecuador de la cara. Como papá era un hombre sin tiempo, se limitaba a afeitarse cada día, asunto no muy venturoso para su piel arrugada y sensible, pero que aceptaba como un ritual cualquiera, un ritual doméstico.

En el pasado, papá odiaba los bigotes. Desde entonces las cosas habían cambiado mucho. Ahora tenía tiempo libre, tiempo para hacer planes, incluso para observar los progresos casi invisibles del vello que crecía, lentamente, en su cara.

Había sido un idiota por negarse a tener bigotes. De hecho, era mucho más práctico así. Adiós a las roñosas máquinas de afeitar, a la piel herida y a las cicatrices mañaneras.

Aquel fue el primero de muchos cambios: al dejarse crecer los bigotes, papá sintió que un poco de su poder perdido le era devuelto, que aquellos pelitos sin forma le ofrecían una forma de consuelo. Papá se consideraba un hombre de acción rápida, un hombre de

pensamiento acelerado. Entendía a la perfección por qué el General había decidido tener bigotes. No se trataba solo de una opción estética, sino de una idea brillante.

Un hombre con bigotes será siempre un hombre de confianza.

Y, más que eso, uno con poder.

Sería redundante añadir lo siguiente: un hombre con bigotes es capaz de llevar las riendas que controlan la estabilidad de una familia o de un país.

Sobre todas las cosas, papá quería ser un hombre justo. Quería que sus hijos lo amaran.

Bien lo saben los hombres poderosos: el ejercicio del amor siempre va acompañado del miedo. Amamos a lo que tememos, y viceversa.

La sombra del bigote le hacía lucir más joven y ocultaba sus labios. Papá comprendió que el General era inteligente, un sabio, un adelantado a su tiempo: alguien que mueve la boca sin que se puedan leer sus palabras es un vencedor y no un vencido.

En la familia, como en la política, importaba acuñar bien esa diferencia.

Papá fue feliz, por primera vez en mucho tiempo, por primera vez desde su caída, cuando aquella mañana se contempló en el espejo y casi fue incapaz de reconocerse. En el azogue se asomaba un nuevo rostro y no parecía el suyo.

Era el del General Bigotes.

—Adivina qué tengo dentro de este paquete.

—No lo sé.

—Piensa, Casandrita. Es un regalo para una muchacha hermosa como tú.

—¿Un vestido?

—… de flores. ¿Te gustan las flores?

—Están okey.

—No hay nada más bonito que una muchacha con un vestido de flores, Casandrita. ¿Quieres el paquete?

—Ajá. Supongo.

—Ábrelo. Ya es hora de olvidar a esas muñecas aburridas. ¿Verdad que eran aburridas?… ¿No te gusta el vestido?

—Ajá.

—Ya. Entonces no te gusta. Tranquila, no tienes que engañarme. Al parecer, Casandrita, eres la única en el mundo que se esfuerza por ser algo honesta con el Abuelo Bigotes. De los otros no espero nada, pero de ti…

—Quiero que me regales otra cosa.

—¿Ves?, ya nos entendemos.

—La silla de tu despacho.

—¿Mi silla? ¿Qué tiene de especial?

—Todo.

—¿Te gustan las sillas? ¿En serio? ¿Tanto?

—Moriría por tener *esa*.

—¿Por qué?

—Porque la amo.

—Sí, sí, te entiendo. Es muy cómoda. Una vez, yo tuve un rifle. Era especial. No podía despegarme de él. El rifle me entendía. Era una extensión de mi brazo. Volaba los sesos meticulosamente… ¿Ves, Casandrita? Acabamos de tener nuestra primera conversación como adultos.

—¿Qué significa meticulosamente?

—Una cuestión de escrúpulos. Detesto las manchas de sangre, los estallidos de la sangre. Matar no es siempre cómodo.

—¿Te gustaba?

—¿Matar? ¿O estamos de nuevo hablando de mi rifle?

—Del rifle.

—Por alguna extraña razón, apuntabas a la cabeza, apretabas el gatillo y se hacía un trabajo bastante limpio, casi quirúrgico.

—¿Lo amabas?

—Era útil. ¿Ya piensas en la idea del amor, Casandrita?

—¿Me vas a regalar tu silla?

—Bueno, bueno, eres rápida. No corras demasiado. Todo tiene su precio en esta vida. ¿No es cierto?

—Supongo.

—Eres una buena observadora, Casandra. ¿Crees que no me he dado cuenta? Lo miras todo. La curiosidad es un mérito. Hay quien piensa que es también un defecto, pero tu Abuelo Bigotes no. Tu Abuelo Bigotes es también un hombre curioso. ¿Y sabes qué me da mucha, pero mucha curiosidad?… Tu papá.

—Okey…

—Dicen todos por ahí que será un excelente sucesor. *Mi* sucesor… ¿Qué crees tú, Casandrita? ¿Has escuchado alguna opinión al respecto?

—No.

—Es raro. A tu papá le encantan las opiniones… ¿Ni siquiera sabes qué piensan tus tíos sobre esa idea?

—No. ¿Me regalarás la silla?

—Ah, no, no estamos hablando de eso. La silla… es realmente cómoda. Es la extensión natural de mi culo. No querrás que el Abuelo

Bigotes, tan viejo, se sacrifique de esa manera por complacer un caprichito infantil. A menos…

—¿Qué…?

—Si tanto quieres esa silla, podrías escuchar mejor, podrías prestar más atención a los detalles. No me refiero a lo obvio, Casandrita, sino a las cosas minúsculas, ¿sabes?, las que se pasan por alto. ¿Me entiendes?

—Supongo.

—Supongo es una respuesta demasiado ambigua. Seamos más claros. Quiero que oigas meticulosamente cada vez que tu papá converse con los tíos. Ya sabes cuán curioso puede ser tu Abuelo Bigotes.

—¿Quieres que sea tu espía?

—No, no, Casandrita. ¡Qué palabra tan fea esa! ¡Qué palabra tan dura en la boca limpia de una muchacha como tú! No, no, no te pido tanto. Te propongo un trato justo, un intercambio equivalente. Si tanto quieres esa silla magnífica…

—La amo.

—El amor es pasajero, pero el cariño de tu Abuelo Bigotes será eterno.

—¿Papá ha hecho algo malo?

—No, no, ¿quién ha dicho eso? ¿Por qué la tensión, Casandrita? ¿Crees que si tu papá fuera un enemigo del país, un enemigo del pueblo, un enemigo del Abuelo Bigotes, aún estaría vivo? No tengo dudas de su fidelidad. Pero soy curioso. Y, por favor, no uses más esa fea palabra: espía. Le hiere el corazón a tu Abuelo Bigotes. Un espía es un enemigo de los logros de este país. Sin embargo, ¿notas la diferencia?, un vigilante es un amigo, un héroe. O una heroína en este caso.

No le quedó otro remedio que esperar a la llegada de la noche. Las puertas seguían cerradas y papá guardaba la llave. Al menos, cuando llegaba la oscuridad, papá mostraba menos signos de vigilancia. Ya no husmeaba el aire en busca de imaginarios paquetes de mierda ni rumiaba venganzas a media voz. Si papá roncara al dormir, Caleb tendría una certeza absoluta y se habría atrevido a más, quién sabe si a entrar a su cuarto y robarle las llaves, o cualquier otro remedio de última hora que le permitiera ser libre por unos instantes. Caleb no era un rebelde. De hecho, ni siquiera estaba seguro del significado preciso de esa palabra que en casa, sobra decirlo, se usaba poco y siempre con ojos de sospecha, no fuera que la rebeldía se enquistara en los huesos de la nueva generación.

Para Caleb, el hecho de escapar significaba tener la libertad de

salir afuera, al jardín de siempre, que ahora se había transformado en un lugar vedado, en una zona radioactiva que era preciso evitar a toda costa: las nuevas órdenes de papá así lo confirmaban. El chico necesitaba, costara lo que costase, encontrar la última ficha para ensamblar su rompecabezas, esa pieza artística que llevaba construyendo desde que descubrió la tendencia suicida de los animales cuando estaban cerca de él. El arte le había dado un propósito a la muerte, y ese propósito era un regalo.

Un regalo para Túnez.

El rompecabezas se había convertido en una especie fantasmagórica de tributo que Caleb construía para una chica desaparecida. Era justo el tipo de acción romántica que nunca pensó llevar a cabo en su vida, pero así resultaban las cosas, así cambiaban las cosas bajo el peso del encierro y las hormonas. Un acto desesperado, terrible caldo de cocción para cualquier propósito; además, Caleb sabía a la perfección que jamás llegaría a manos de su destinataria.

El muchacho suspiró.

Aún seguía pensando en la prima. Tanto que, en ocasiones, los rasgos de la muchachita de espejuelos se difuminaban o se fundían en la imaginación de Caleb. Túnez se había convertido, también, en un particular rompecabezas donde se mezclaban las piernas y la ropa interior de Casandra, unos espejuelos de lentes gordos y algún que otro elemento sacado de las fantasías de un adolescente.

Caleb no era un chico que tuviera los pies y la mente en las nubes; de hecho, incluso podría considerársele práctico. No se necesitaba mucha inteligencia para llegar a la conclusión precisa: era extremadamente probable que nunca más se encontrara con la prima, Túnez acabaría disolviéndose en el abismo de la desmemoria, y cada día se fundiría un poco más con las imágenes de Casandra y de las otras chicas que Caleb alcanzaba a recordar. Túnez había sido llevada lejos, a algún sitio en lo más remoto del país, cargaba con la marca de ser la hija de un enemigo del pueblo, peor aún, de dos enemigos del pueblo, terroristas y creadores de bombas caseras.

Para Caleb, lo peor no eran Calia y sus mariposas, ni el miedo que se respiraba dentro de la casa, ni los gritos de la hermana mayor y su desfile de tangas multicolores, sino papá y su metamorfosis.

Caleb no quería pensar en aquel hecho. Era mejor no darle cuerpo a la idea y esperar a que pasara el tiempo, a que acabaran los dos meses de verano, es decir, lo que el calendario estipulaba era formalmente el verano en aquella región geográfica. Luego papá se vería obligado a liberarlos, tendría que dejarlos ir porque la vida continuaba más allá de su caída, y más allá de su caída, incluso los hijos de hombres sin poder, incluso los hijos de los destronados, tenían

que afianzarse en los moldes educativos de aquella sociedad perfecta donde todos eran iguales, o al menos bastante semejantes.

Era preciso tener paciencia y ser resistente, solo eso, se convenció Caleb. No obstante, se encogió de hombros y estudió con atención, como cada noche, los sonidos de la casa, los ruidos de la oscuridad, magnificados por la imaginación.

Caleb abrió con cuidado la puerta de su cuarto.

Sí que era un riesgo. Papá había instaurado nuevas leyes. Ahora vivían en toque de queda, justo a las siete de la noche, porque según papá el tiempo nocturno daba espacio suficiente para meditar sobre los errores del día que, como bien se sabe, en esta familia eran muchos, casi incontables. Familia esta de disidentes sexuales, de madres desamorosas, de adolescentes-encoge-hombros y de niñas genios.

Caleb no se consideraba un rebelde. De hecho, creía que era mejor ser obediente, creía que era mejor un padre contento con sus propias leyes que un padre enfurecido en los rincones, obcecado por la idea de su propia caída. Si no fuera por el rompecabezas no terminado, Caleb se habría quedado quieto, cumpliría con las nuevas órdenes y sería paciente: el verano no es un tiempo eterno aunque en ocasiones creamos que sí. Pero el rompecabezas estaba incompleto y Caleb necesitaba cruzar aquella página, terminar aquel monumento al suicidio animal, para así no pensar más en Túnez, en la prima perdida, en la prima difuminada.

Descendió la escalera paso a paso. La lentitud era un ejercicio de precisión ya que las escaleras resultaban ser espacios peligrosos donde la madera crujía. Por suerte, aquel temor no era otra cosa que un miedo recurrente a ser sorprendido. Ya abajo, Caleb ni siquiera se esforzó en un intento de abrir la puerta, sabía que era inútil, y como buen chico práctico optó por la solución más simple, pegarse a la madera todo lo posible, con la esperanza de que los animales nocturnos sintieran su olor o su presencia, e intentaran aproximarse a él.

Hubiera sido ideal probar este mismo método desde su habitación, pero aquello era imposible. Papá había transformado cada cuarto del segundo piso en un lugar hermético, de ventanas tapiadas. En beneficio de papá se debe señalar que él mismo se ocupó de llevar a cabo la tarea. En la nación ideal de un hombre de su tiempo no existía espacio para los prófugos.

El método de Caleb dio resultados de inmediato. Las primeras en llegar fueron las hormigas. Grandes. Gordas. Minúsculas. Con alas. Negras. Rojas. Carmelitas. Caleb intentó espantarlas. No necesitaba hormigas. Su rompecabezas no necesitaba hormigas, sino un cuerpo mayor, sólido, un cuerpo que pudiera enlazar a otro cuerpo. Las

hormigas eran persistentes. Intentaban llegar a Caleb. Algunas lo conseguían y de inmediato caían fulminadas. Caleb terminó aplastando a otras.

Junto a las hormigas se arrastraron otros insectos. Y, finalmente, Caleb empezó a sentir la piel fría de las ranas, que intentaban colarse por las hendijas de la puerta. Una rana no era ideal, pero al menos aquel cuerpo tenía una forma. Solo era preciso que llegara a él.

Del otro lado de la puerta, Caleb sintió un ladrido y su corazón se volcó:

—Buen chico… no hagas ruido, ven, no hagas ruido.

Era imposible que el perro se colara por la hendija de la puerta. Era realmente imposible pero, en aquel preciso momento, Caleb dejó de pensar como un muchacho práctico y se dejó arrastrar por las emociones, por el deseo de olvidar a Túnez y, más que eso, por el deseo de terminar su rompecabezas.

Con trabajo, extendió los dedos tanto como pudo. Bastaba con que el perro tocara, husmeara o lamiera uno de aquellos dedos, y entonces todo estaría hecho, la muerte estaría servida, la obra terminada.

Aquel fue un error sustancial. Un error que, en otro momento, Caleb pudo haber evitado.

—Ven, chico bueno —llamó al perro.

Solo se dio cuenta de la presencia de papá cuando alzó los ojos. Su boca era una selva de bigotes. Papá carraspeó y alzó una bota. Luego la bajó súbitamente.

Caleb gritó.

Dolía.

Mierda, sí que dolía.

Papá apretó la bota contra la mano de Caleb, y apretó más, y apretó de nuevo, hasta que el perro en las afueras de la casa comenzó a gemir y Caleb aulló, una vez y otra:

—Rebelde. Disidente —susurró papá. Las sílabas escapaban bajo su bigote—. Ahora vas a cantarme tu canción más bonita y créeme, no pararás hasta que vea sangre.

En la mano de Caleb, un crujido de huesos.

—Me alegra que hayas regresado, Caleb. Extrañaba nuestras conversaciones. ¿De qué quieres hablar hoy?

—De nada.

—Sabes que no es cierto. Por algo estás aquí. Eres un chico práctico.

—Quiero que sepas algo. Quiero que sepas cuánto te odio. Cuánto te odiamos.

—Cuando hablas en plural, ¿a quiénes te refieres?

—¿Eso es todo lo que vas a preguntar?

—¿Qué preferirías entonces, Caleb? Me gustaría saberlo. Eso nos permitirá avanzar en la terapia.

—No es normal que un hijo odie a su madre, ¿verdad?

—Es más normal de lo que crees. Lo dicen los libros, la literatura científica. De hecho, las emociones típicas de la adolescencia…

—Te odio porque me odias.

—Esa es una generalización, Caleb, algo abstracto. Usas palabras extremas para reflejar el estado de tus emociones y aplicas todo de manera absurda. ¿Has escuchado de la ley del espejo? Uno proyecta en el otro lo que es o lo que siente. ¿Te odias a ti mismo, Caleb?… Porque lo que quieres ver en mí no es más que el reflejo de tus dudas, temores y pensamientos.

—Entonces dime que me quieres. Dime: te quiero, Caleb, eres lo más importante que tengo en el mundo.

—¿Te ayudaría si yo afirmara eso?

—Si fuera verdad, sí.

—¿Opinas que los hijos deben ser lo más importante en la vida de una mujer?

—¿Y por qué nos tuviste entonces?

—Ese es un criterio obsoleto, Caleb. La verdad es que los bebés son lindos. Tienen ojos grandes y lo curiosean todo. Han sido diseñados por la naturaleza con el propósito de resultar adorables. Esa fue mi razón para tenerlos. Luego, los bebés crecen. Y la magia desaparece así, en la nada… Además, tu padre quería hijos. Lo dejó claro el día que nos conocimos. No usó la palabra hijos, sino descendencia, que es más o menos la misma cosa.

—Sería mejor que me dijeras: te odio, Caleb.

—¿Te sentirías bien si yo afirmara algo semejante? ¿Te ayudaría en algo?

—Me aplastó la mano.

—Tu padre tienes sus rarezas, Caleb. Todos las tenemos. Por ejemplo, tú…

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de él, de ti. Me aplastó la mano.

—No tienes ningún hueso roto.

—Dolió.

—Por supuesto que dolió, Caleb. Las botas de los militares tienen suelas duras. ¿Cómo pudiste olvidar que tu papá es un militar?

—¿Era eso lo que hacía allá afuera? Me refiero a antes… cuando papá aún no era la mano derecha de Bigotes.

—¿A qué te refieres?

—¿Golpeaba? ¿Rompía manos? ¿Las aplastaba? ¿Era eso lo que papá hacía?

—Tu padre trabajaba en asuntos muy serios, Caleb. No tenía tiempo para procedimientos semejantes. Tu imaginación…

—¿Ahorcaba a la gente? ¿Los fusilaba? ¿Los quemaba? ¿Disfrutaba haciendo esas cosas tanto como disfrutó aplastándome la mano?

—¿De dónde has sacado esas ideas?

—¿Cómo llegó a ser un hombre tan importante? ¡Dime!

—¿Crees que los enemigos del pueblo merecen que te preocupes por ellos?

—¿Por qué no me respondes?

—Porque solo haces preguntas idiotas. ¿Qué sentido tiene que hablemos de algo así, Caleb? Pasó hace mucho.

—A lo mejor tenían perros entrenados, mamá. Perros que violaban a muchachas.

—¡Qué horror! ¿Quién te ha hablado de eso?

—¿Es verdad que les cortaban los huevos a los hombres? ¿Es verdad que les hacían comerse sus propios huevos?

—¡No, no es verdad!

—¿Qué arrancaban los dientes y las uñas? ¿Es verdad que papá trabajó en ese sitio?

—Caleb, eres un muchacho práctico. Papá fue un hombre de su tiempo. Solo eso.

—Me aplastó la mano. Y lo disfrutó.

—Un gesto reflejo que no justifica esas preguntas absurdas que te estás haciendo. Su reacción fue instintiva.

—Quiero saber. Quiero que me digas si es cierto. ¿Dónde está Túnez?

—Con sus abuelos.

—¿Viva?

—Claro que está viva, Caleb. ¡Dios mío, qué pregunta!

—¿Le hicieron daño? ¿La violaron perros entrenados?

—¡No! Para ya. Me estoy enojando. Nunca has sido tan caprichoso.

—¿Lo sabías todo? ¿Sabías lo que papá hacía antes de ser un hombre importante?

—El primer paso en la curación es el control de las emociones.

—¿… y aun así tuviste hijos suyos y dejaste que te la metiera?

—¡Caleb!

—Siempre pensé que era mi culpa.

—¿Ahora de qué hablas?

—O culpa de Casandra, o de Calia. El hecho de que fuéramos raros. Ya sabes, Casandra se enamora de objetos, Calia no habla pero

es un genio, yo y los animales suicidas… Esas cosas. Pero estaba equivocado.

—No te entiendo. El primer paso en la curación es el control de las emociones y el olvido de los estados negativos del ánimo.

—En la escuela siempre estábamos solos. En la calle. En el zoológico. La gente se apartaba. Por culpa de papá nadie nos quería cerca. Por su culpa nunca hemos tenido amigos. ¿Quién querría ser amigo de los hijos de un torturador?

—¡No digas esa palabra!

—Quiero saber.

—¿Quieres? Entonces escúchame bien y no andes repitiendo por ahí las patrañas de los enemigos de este país. ¿No ves todo el daño que nos han causado? ¿No ves lo que le han hecho a tu papá luego de años y años de servicio incondicional a la patria? Es inadmisible, Caleb. Tu padre ha cumplido con su trabajo, ha sido un héroe al servicio de la Historia. ¿Por qué tendría que arrepentirse? Lo que hizo, solo él lo sabe y tiene la mente tranquila.

—¿Y tú? ¿Tampoco tienes nada de qué arrepentirte?

—¿Te das cuenta, Caleb? ¿Te das cuenta de que no es posible decirte que te quiero cuando hablas de esa manera?

—Espero que Calia nos mate a todos.

—Ya vete. ¡Lárgate! La consulta ha terminado.

—Y espero que los mate a ustedes dos primero. Así Casandra y yo podremos ver. Espero que las mariposas se te metan en la boca y te asfixien, mamá.

—¡Que te vayas, mierda!

—Y que sea lento. Que todo sea muy lento.

Ajá. Debo confesar que disfruté al ver la mano vendada de Caleb. Bueno, eso creo. La verdad es que no tuve mucho tiempo para regodearme en la visión de los dedos hinchados, que significaban la victoria de mis predicciones sobre la incredulidad práctica de mi hermano. Síndrome de Casandra, una maldición. Y a la par, una victoria pírrica, lo reconozco, que no obstante rendía honores a mi nombre. Es decir, al nombre de la princesa troyana que me había sido legado junto a la disposición, no tan venturosa, de ser capaz de adelantarme al futuro y que luego nadie creyera en una sola de mis palabras. Claro que este no es un don divino ni mítico, no me endioso, ¿okey?, sino que me concentro en el hecho de observar y estudiar. Si algo he hecho bien en esta vida es estudiar y observar las reacciones de los otros, y mi familia, por cercanía geográfica y genética, ha sido una mina de oro lista para ser explotada.

Hay satisfacción cuando me anticipo a los acontecimientos.

Cacasandra se transforma en Casandra, la princesa troyana, nombre que se me ajusta mejor, tiene dignidad y no me obliga a usar el prefijo mierda.

No supe de la venda en la mano de Caleb hasta unas horas después de que papá se la aplastara con las suelas de la bota. Claro que había escuchado los gritos. Los gritos de mi hermanito menor. Algo terrible, ¿eh? Incluso Calia, siempre indiferente y concentrada en sus dibujos, desde que oyó los gritos de Caleb, no ha podido terminar su esbozo del ala de una mariposa monarca. Lo anatómicamente perfecto del pasado ahora es una chapuza de líneas corridas, y Calia lo sabe, pero no se atreve a corregir el trazo. Esto se debe a un hecho biológico: los lamentos de un miembro de nuestra propia especie disparan instintos de huida o enfrentamiento.

Escondernos o atacar: esa es la cuestión, querido Shakespeare.

En realidad, para ser precisos o, mejor dicho, verosímiles, debo corregir mi anterior frase: Caleb no gritaba, el infinitivo preciso es otro, aullar. Y papá también. No sé cuál de las dos metamorfosis era peor. Si la de Caleb, siempre hermético, que suplicaba, papá me duele, papá por favor, o la de papá que acompasadamente replicaba, no te van a quedar deseos de reírte en mi cara, disidente, la próxima vez te sacaré las uñas, incluso las de los pies.

Aquella expresión de papá se hizo tan visual que no pude contener las arcadas.

Morder o escondernos: esa es la cuestión, querido Shakespeare.

Luego, los aullidos se apagaron y llegó el silencio lo que, si se mira bien, era peor aún, porque con los gritos al menos se podía localizar la fuente del dolor y ahora, en total mutismo, era imposible definir dónde estaba el peligro.

Me consolé oliendo mi propia piel, algo quedaba allí, el aroma a herrumbre vieja de mi amada. Si algo vence a la muerte es el sexo, si algo vence a los aullidos es el olor del objeto amado. El olor comenzaba a difuminarse y me odié, porque era incapaz de retener lo que más quería en este mundo.

Cuando se escriba la historia de la frustración tendrá que hablarse de Casandra, y con probabilidad también se mencione a Caleb. No es esta una afirmación hecha a la ligera, sino que se basa en hechos, ¿eh? Sobre Caleb podré decir que, al día siguiente de la noche de los aullidos, me lo encontré en la escalera, es decir, chocamos, un gesto para nada preparado, sino circunstancia del azar que nos hizo mirarnos fijamente. En sus ojos leí la tragedia, minúscula tragedia del ángel de la muerte. Ahora que todos vivimos en el encierro, él nada puede hacer salvo contemplar su obra incompleta. Un ángel de la muerte devenido escultor con mano vendada, a saber quién se la vendó. Qué le quedaba: casi nada, solo imaginar tiempos mejores en

los que fuera posible volver al mundo exterior, al jardín de siempre. Oh, sí, minúscula tragedia que no podía ser comparada con mi propio drama personal, de raíces mucho más visibles y naturaleza más irreversible, puesto que si bien mi amada es inmóvil —y habrá quien diga que si el amor es verdadero esperará, más aún en este caso en que el objeto del deseo ha de aguardar por el sujeto—, piénsese bien, este es acaso motivo para olvidar el dolor, inquiero, existe acaso algún motivo lo suficientemente fuerte como para que el sujeto del amor, único ente móvil de la relación, se encuentre separado de su objeto de la añoranza. Léase esta última oración con tonos de pregunta o de sorpresa desesperada, y respóndase luego: pues sí, existe un motivo, y ese es mi padre, no ampliemos más el debate, ¿okey?, papá es culpable.

No tuve que mirar dos veces a los ojos de mi hermano para saber lo que ya había deducido algunas semanas antes: Caleb y yo teníamos un enemigo común.

Y ese enemigo común era el hombre de las medallas, papá ya no gago, sino copia cada vez más fidedigna del Abuelo Bigotes.

Bien se sabe que un hombre que gaguea no merece la confianza de su pueblo pero, me consta demasiado, un hombre con bigotes tampoco.

En nuestro pequeño país llamado casa se había iniciado la revolución.

Aquella prima cuyos rasgos ya empezaban a difuminarse, renació de pronto. Sueños desesperados. Caleb despertaba con la sensación de que el aire no era suficiente dentro de la casa, que estaban todos atrapados, claustrofobia, qué pasaría cuando papá decidiera que era imprescindible consumir menos aire para ayudar al desarrollo del país llamado familia, o cuando papá señalara con un dedo aquella cabeza que sobraba y que era necesario eliminar para que así el aire faltante se convirtiese en sobrante, con la aprobación de todos y para disfrute de todos.

En los sueños, es decir, en las pesadillas de Caleb, Túnez aparecía siempre escoltada por pastores alemanes, rottweilers o dóbermans, perros entrenados para seguir el olor de la hembra en celo, es decir, el olor de cualquier hembra, método factible en lo tocante a violar a las hijas de los enemigos del pueblo. De manera recurrente el sueño volvía, es decir, la pesadilla, con ligeras variaciones: Túnez, escoltada por los perros, llevaba un bultico entre los brazos, un bultico que respiraba. El pecho de Túnez, es decir, sus tetas, se habían convertido en unos pellejitos flacos, nada semejante a los senos con los que Caleb soñó. Aquello no era lo más horrible, ojalá lo fuera, sino el bultico que mamaba de esas tetas, el bulto que respiraba, un bebé con cabeza de

perro, en ocasiones de pastor alemán, en otras de rottweiler, bebé engendro cuyos pañales eran recortes de antiguas tangas de muchacha, azules, rojas, fucsias. Si alguien preguntara cómo se veía el engendro entre los brazos de Túnez, es preciso responder con la verdad, cómodo y arropado. Era casi un bichito tierno que Túnez le ofrecía a Caleb: no es tuyo, pero será un buen hijo, si lo adoptas, te cuidará la casa y te traerá el periódico y los zapatos.

En el mundo real, el dolor en la mano había comenzado a menguar o, al menos, Caleb se convenció que era así. Las noches resultaban difíciles. Los dedos hinchados latían y Caleb intentaba concentrarse, no hay nada roto, y debía tener razón porque la mano se iba curando. Qué suerte porque las noches no eran difíciles por el dolor, o no solo por el dolor, sino por las visitas de papá.

Entre las tres y las cinco de la mañana, papá se levantaba y colaba café. El olor del café ya era una señal olfativa que se introducía por las rendijas de las puertas. Indicaba algo más, la necesidad de despertarse. Un par de minutos después se escuchaba el grito:

—¡De pie!

Tocaba puerta a puerta con las suelas de las botas:

—¡No hay virtud sin sacrificio! ¡No hay país sin inmolación!

Al principio, la voz de papá solo era un ruido innecesario del otro lado de la puerta. Ahora ya no. La voz demandaba obediencia y las puertas se abrían. Caleb era el primero en dar el ejemplo. Después Casandra. Hasta Calia, que llevaba los lápices y las hojas entre las manos, asomaba los ojos con un bostezo:

—¡Gratitud! ¡Heroísmo! ¡Sentido del deber! —Y luego—: ¡Firmes!

Papá iba vestido con su uniforme militar, planchado y sin arrugas. En ocasiones, la voz de mamá se escuchaba a la distancia:

—Los traumas en la juventud y en la infancia nacen de la falta de sueño.

—Ven tú también, disidente, mala sangre. Ven, ponte los tacones y recuerda lo que es una marcha guerrillera —gritaba papá y, de inmediato, la voz de mamá desaparecía—. ¡Dignidad! ¡Mejor muertos que vencidos! ¡Todo por el país!

Resultaba tragicómico. No lo era. Casandra había intentado mostrar una sonrisa irónica como protesta. Estaba ya cansada de la guardia frente a la puerta, de las consignas que se filtraban entre los gruñidos de papá:

—Blablá, por favor… ¡son las cuatro de la mañana!

Papá levantó la fusta.

Cuando hablo de fusta, me refiero al látigo, no simbólico o imaginario, no era el látigo de las amenazas de papá, sino un objeto físico, mucho más terrorífico que los sueños recurrentes que Caleb

tenía sobre Túnez y los perros violadores.

La hermana mayor no volvió a protestar.

—Pase de lista. ¡Soldado Casandra, al servicio de la patria…!

El pase de lista era un protocolo inminente que debía responderse con solo una palabra. Las instrucciones habían sido ofrecidas de antemano. El pase de lista sucedía de mayor a menor, es decir, de la primogénita a la benjamina, y en el centro, el chico de la mano vendada.

—Sí, sí, aquí presente, supongo —Casandra intentaba escucharse rebelde, pero su voz era un manojo de temores, incluso temblaba un poco.

—Pase de lista. ¡Soldado Caleb, al servicio de la patria…!

—Presente.

—Pase de lista. ¡Soldado Calia, al servicio de la patria…!

—Calia no habla, papá —Caleb intentó defender a la hermana menor, que había adquirido la reciente costumbre de chupar uno de sus lápices de dibujar como si fuera un tete o un dedo.

—Pase de lista. ¡Soldado Calia, al servicio de la patria…!

—Está presente —incluso Casandra, siempre tan irónica, mostraba algo de indignación—. ¡Mírala!

—Pase de lista. ¡Soldado Calia, al servicio de la patria…!

La voz de papá iba cubriéndose de finas capas de frustración, capas brillosas como las del hielo a punto del quiebre, y se menciona aquí la palabra hielo con toda intención revolucionaria, se debate incluso si la palabra hielo existe, no sea una mentira del enemigo, una palabra inventada por los enemigos de este país que siempre buscan las manchas dentro de la luz, y que al decir hielo seguramente cuestionan el calor de la patria y su eterno verano.

—Pase de lista. ¡Soldado Calia, al servicio de la patria…!

—¡No sabe hablar! —replicó Caleb.

—Pues que aprenda pronto —el hombre de las medallas se agachó hasta que su cabeza estuvo a la altura de la de Calia—. Y que sustituya esos lapicitos de dibujar por una faena mejor, una faena más digna de una hija de este país. ¿Ha entendido, soldado Calia?

Por toda respuesta, la benjamina chupó aún más el lápiz.

Las pesadillas de Caleb empeoraron la semana siguiente. Probablemente se debiera a la falta de sueño, ya que el pase de lista ocurría tres veces en la noche, quedaba poco espacio para intentar cerrar los ojos y pensar en tiempos mejores. En las nuevas pesadillas de Caleb, Túnez se chupaba un dedo, chupaba un lápiz, indistintamente chupaba también la cabeza de su bebé engendro, y desde lo lejos, desde las profundidades del abismo del sueño se escuchaba un sonido, látigo que restallaba, lápiz que se rompía dentro

de la boca, Caleb no podía definir.

Casandra bajó, poco a poco, los escalones que llevaban al sótano. Era uno de los pocos lugares que papá no controlaba aún, oh, milagro, quizás porque aquel sitio carecía de interés inmediato para él. En el sótano solo se acumulaban despojos del pasado: álbumes viejos de fotos, cajas de libros, algunos papeles comidos por las polillas, ni siquiera Caleb había logrado catalogar la totalidad de aquel mundo de reminiscencias. Por el momento, Caleb confiaba en que su obra de arte estaba aún a salvo del alcance destructor de papá. No era tonto. Sabía que el tiempo estaba en su contra y en contra de su obra. Si papá la hallaba, todo el esfuerzo de Caleb no tendría sentido.

Cada día era desafiante. El chico ponía mucho cuidado a la hora de bajar al sótano, no fuera que la mirada de papá lo descubriera, qué desastre si eso llegaba a suceder, qué desastre si papá le castigaba, marchar de madrugada escalera arriba y escalera abajo no era tarea simple, qué desastre si papá rompía a patadas el rompecabezas o aplastaba la mano sana de Caleb, la otra, la sobreviviente, la mano no vendada.

En la oscuridad del sótano, Caleb no se atrevía a prender ninguna luz. Acariciaba la obra incompleta y trataba de no pensar en Túnez. Mientras, sentía bajo sus dedos los huesitos de alguna ardilla, o las plumas secas de un gorrión, ya que el rompecabezas no era uniforme ni pretendía serlo: el arte es un proceso y más ese que trabajaba, es preciso decirlo sin ironía ni guiños adyacentes, con naturaleza muerta. Caleb comprobó los diferentes estados de descomposición de la obra.

Fue entonces que los pasos de Casandra resonaron.

Pesadilla. La oscuridad transformaba los sonidos. Caleb imaginó que aquel ruido traía de vuelta las botas de papá, quien finalmente había descubierto el único sitio libre en aquel país que era la casa, el único espacio donde Caleb podía sentirse a gusto con su condición de ángel de la muerte.

No resultaba un secreto para nadie: Casandra y Caleb no eran amigos.

Hermanos sí, pero aquella condición genética era un fardo hereditario contra el cual no podía hacerse nada, y tanto Caleb como Casandra aceptaban ese trato: sangre de la misma sangre, esperma de la misma esperma, y usuarios del mismo útero en momentos distintos, una distancia de dos años mediaban entre que el habitáculo materno había sido utilizado primero por Casandra y luego por Caleb.

Por primera vez en toda su vida, el muchacho sintió alivio cuando avistó, a través de la oscuridad del sótano, la silueta de Casandra:

—¿Ya estás listo para negociar conmigo? —preguntó la chica con

un tono de falsa inocencia. No obstante, había tenido el buen tino de evitar la reiteración de obviedades como «te lo dije» o «me alegro», frases con cierta efectividad y reales sin lugar a dudas, pero que a Caleb le habrían ofendido.

Todavía no se acostumbraba a la idea de que había fallado en su apreciación sobre la naturaleza de papá.

—Bueno, sí, eso creo —respondió Caleb a la silueta que tenía la voz de su hermana mayor—. No queda otra, follapuentes.

—No nos queda otra, mataconejos.

—¿Pero cómo…? Tal vez sea mejor esperar a que todo pase, a que se acabe el verano. Hay locuras que son temporales, ¿no?, es lo que dicen por ahí.

—¿En serio quieres eso?

Caleb pensó en Túnez y en sus pesadillas con el bebé engendro, el bebé cara de perro.

—Además, confía en mí, ¿okey? —añadió Casandra—, tengo experiencia en estos asuntos.

—¿En qué asuntos?

—El Abuelo Bigotes era un especialista, un maestro, ¿okey? Me enseñó bien.

Casandra suspiró. Las paredes tenían oídos, todas las paredes tenían oídos, pero Caleb no parecía saberlo y, si lo sabía, pues poco le importaba. ¿En qué familia se había criado su hermano? ¿Tan ocupado había estado desollando conejitos que, en todos esos años, nunca se había enterado de nada?

—Cállate y confía en mí —replicó ella.

—¿Por qué siempre fuiste tan cercana al Abuelo Bigotes?

Preguntas y preguntas. Todas aburridas. Tan aburridas como Caleb. Casandra volvió a suspirar. Se prometió ser paciente, pero sus mejores palabras fueron:

—Hacer tratos con idiotas es más simple en las obras de Shakespeare, Cacaleb, no lo hagas más difícil —dijo, y después añadió —: El Abuelo Bigotes me quería; ¿okey?, y yo lo ayudaba a veces.

—¿Cómo lo ayudabas?

—Oye, la curiosidad mató al gato… —la hermana se acercó aún más a Caleb—. Resumamos el asunto de manera eficiente, ¿okey?, que esta conversación no es un cuéntame-tu-vida: cuando los tíos hicieron *aquello*, o intentaron hacer *aquello*, le avisé al Abuelo Bigotes.

Caleb se aproximó tanto a la hermana mayor, que pudo sentir el olor de su pelo y de sus axilas. Aquella proximidad física, en otro momento, le hubiera producido náuseas. Ahora solo sentía turbación, algo indefinido que se extendía a la cercanía de su entrepierna, punzaba y zumbaba, tenía vida propia: recuerdos del desfile de tangas

coloridas de la hermana y del difuminado paulatino del rostro de Túnez. Sintió de nuevo aquel olor: uno, antihumano podría decirse, aunque en ocasiones, ya se sabe, las palabras no reflejen la verdad de los sentidos. Cuando se acercó a la hermana, Caleb intentó sentir definir qué era aquella aroma, intentó grabarla, acuñarla en su pituitaria:

—Entonces, ¿papá sí sabía… *aquello*?… ¿Estaba de acuerdo con…?

Caleb no podía ver el rostro de la hermana, pero hubiera jurado que, en la oscuridad, la chica sonreía:

—Okey, lo reconozco: a lo mejor solo tuve suerte cuando hablé con el Abuelo Bigotes. Siempre he sido buena apostando y en ese momento me las jugué todas. Quiero que algo esté claro: no me arrepiento, Caleb. Lo que dije, dicho está. Si fue una mentira o no, ¿qué me importa?

—Bueno… —Caleb, de repente, no supo qué otra cosa añadir—. ¿Entonces fuiste tú la que… traicionaste a papá?

—No me gusta nada esa palabra.

—No jodas, Casandra. Es la única palabra que realmente sirve para… para… hablar de *eso*.

Ella se encogió de hombros y husmeó la habitación:

—Caleb, por favor, dime que esta peste a conejito muerto no es realmente ese tipo de peste. Dime que mataste a cualquier otro bicho y no a un conejito —murmuró de forma súbita.

—No, no, es un gorrión…

Casandra hizo un sonido de asco. Cierto: en la oscuridad, todos los sonidos se convierten en una manifestación de la náusea o del miedo. Caleb no prestó atención porque la danza de los sentidos tenía muchas formas e instrumentos, y al chico solo le preocupaba la cercanía de su hermana que, en las sombras, podía ser Túnez o cualquier otra muchacha.

—Entonces tenemos un trato —concluyó la chica—. No nos queda otra. Lo destruiremos.

—Y a ella. No se te olvide.

—¿A mamá? —inquirió Casandra—. ¿En serio? Okey. Por mí bien. Pensaba que tú y ella se llevaban, no sé, mejor que ella y yo.

—Siempre supo que papá era un jodido monstruo.

—Okey, como quieras. Da igual —la hermana mayor se encogió de hombros.

—¿Crees que es cierto…? ¿Crees que él pudo…?

—¿Qué?

La pregunta quedó flotando en el aire por unos segundos antes de que Caleb intentara proseguir. Susurró un par de sílabas sin forma y luego se quedó mudo. Fue Casandra la que dijo:

—Quieres saber si papá hizo *cosas* por el Abuelo Bigotes. No cualquier tipo de *cosas*, ¿verdad? Quieres saber si papá fue un…

—Un asesino… Un torturador —Caleb terminó la frase por su hermana.

—No lo sé. Papá llegó bien arriba. Y para llegar bien arriba es necesario ser duro. ¿Realmente importa?

—Túnez… —el hermano menor pronunció aquel nombre y luego hizo silencio.

—… Túnez está lejos, esa es la verdad. Ya ves. Somos dos héroes trágicos, tú y yo —Casandra volvió a reír—. ¿Quién lo diría, Cacaleb? Tenemos algo en común, mataconejos.

—A ver, compláceme, Casandrita. Sé que ya estás crecida para estas boberías. Mírate. Qué alta. Tienes muslos de gallina y culo gordo. ¡Una muchachona! Siéntate aquí, encima de mis viejos huesos. No te asustes. Ven. Hay cosas que la vida me ha ido quitando, Casandrita, pero todavía se puede mirar. Todavía se puede oler. ¿A qué hueles?

—Agua de violetas.

—¡Qué va! No. ¿Qué perfume es ese?

—Óxido.

—A ver, déjame ver… pues sí. Qué raro. Ahora ven acá. Huéleme. ¿Qué sientes?

—Nada.

—Exacto. Ese es el olor de la vejez: el vacío. Hasta cierto punto, te confieso, es un alivio. ¿Tienes idea de por qué?

—Podría ser peor, supongo.

—¡Exacto! ¡Muchachona inteligente!… Yo podría oler a culpa, a sangre, a poder. O a viejo decrépito, a viejo meado, a viejo babeante. No me ha ido tan mal. ¿A qué huele tu papá, Casandrita? Ya sabes que soy un abuelo curioso.

—No lo sé.

—Pero sí sabes otras cosas, ¿verdad? Te lo veo en los ojos, muchachona.

—Los tíos vinieron a comer el fin de semana. Papá habló mucho tiempo con ellos.

—No me digas…

—Se encerraron.

—¿Dónde?

—En el despacho de papá, donde guarda sus medallas. Nosotros no podemos entrar ahí. Nadie puede entrar ahí, excepto papá y ahora los tíos. Es un lugar santo.

—… un lugar secreto, entonces. ¿Te había contado que los tíos no son exactamente amigos de tu Abuelo Bigotes? Es probable que quieran hacerme daño.

—¿Papá también quiere hacerte daño?

—¿Es una pregunta?… ¿No estás segura, Casandrita?

—¿Me regalarás la silla?

—… la silla que amas.

—*Esa*.

—Sería extraño que jodieras la carrera de papá solo por tener *esa* silla.

—La amo.

—Yo también he amado cosas. Objetos. E ideas… ¿Qué habló papá con los tíos?

—No lo sé, estaban ahí. Escondidos.

—¿Esa es la palabra? ¿Escondidos?

—En el lugar santo… No sé más nada, ¿okey? Querías que te contara la verdad. Pues ya está.

—Eres una buena chica.

—Supongo.

—Entonces todo está claro. Tu papá podría ser un enemigo del pueblo. Incluso, podría ser un enemigo de su familia. Un enemigo tuyo, Casandrita. Has hecho bien en contarle a tu Abuelo Bigotes.

—¿Me regalarás la silla o no?

—Soy un hombre de palabra, Casandrita.

—¿Qué le sucederá a papá…?

—¿A él? Ya veremos. No tienes que preocuparte por algo así. No ahora.

—¿Sabrá que yo…?

—No es necesario tanto drama, ¿eh? Esta no es una historia trágica. Además, solo cumplías con tu deber. Eres una buena chica, Casandra. Una heroína. Y bien se sabe que toda historia necesita de una heroína. Aquí estás tú. Has sido capaz de oler los secretos de tu padre. Esa no es una tarea simple, ¿eh? Tiene su mérito. Es una tarea complejísima, una que tu país te agradece. Sí, Casandra, aunque no siempre se diga, hay secretos peligrosos. Y también olores peligrosos. No todo el mundo es como nosotros. No todo el mundo es tan simple. No todos huelen a óxido o a vacío…

Papá era el encargado de racionalizar las comidas. Una vez a la semana salía al mundo exterior y volvía a casa sintiéndose vencedor, un vencedor cuyo rostro era aún reconocido en las calles pero que, poco a poco, se convertía más en la silueta difuminada del hombre

que un día fue. En este país la desmemoria y el desagradecimiento son pandemias, papá estaba convencido de aquella verdad. Sin embargo, la posibilidad de pasar frente a los ojos de sus vecinos sin que nadie lo señalara con un dedo, la idea de ser un ciudadano común empezaba a otorgarle un poco de calma. Antes era imposible salir a la calle sin que su nombre fuera pronunciado, no existía privacidad porque era un hombre del pueblo, un hombre con pasado a cuestas, esfuerzo ingente que no siempre es reconocido. Qué felicidad. Ya no era necesario fingir ni apretar el pecho para que las medallas lucieran más dignas, ahora podía encoger los hombros y la cintura por el dolor del lumbago, y sentirse viejo, y usar zapatos deportivos o chancletas si quería, ahora existía el mundo de la infinita posibilidad.

Ya no se respiraba miedo a su alrededor. Tampoco respeto, nada es perfecto. Era un intercambio equivalente. Un sacrificio por otro.

Papá nunca se había visto obligado a comprar el alimento de la familia. Aquel hecho se daba por hecho cada día de su vida. No le importaba cómo llegaba el pan a la mesa. Simplemente estaba ahí. Un mundo de privilegios gracias al General Bigotes, un mundo que, por desgracia, ya había visto su fin. La nueva realidad no era tan desilusionante aunque exigía más trabajo, el esfuerzo de caminar hasta la bodega cercana, el esfuerzo de pedir una libra de carne y regatear los pesos, el esfuerzo de la infinita posibilidad de encontrarse con aquellos hombres o mujeres de su pasado que compraban, como papá, en la misma bodega y regateaban la misma libra de carne en el mercado negro. La única diferencia entre esos hombres y mujeres y papá era el lugar en que habían estado antes en el interrogatorio, si en el sitio de las preguntas o en el sitio de las respuestas, si en el sitio de las órdenes o en el sitio de la picana y de los perros entrenados. Era incómodo, sí, una situación que distaba de ser perfecta. Sin embargo, papá sabía que todo buen soldado se acostumbraba a su tarea, no importaba cuán dura, ni cuánto tuviera que exigir, regatear o aguantar las miradas de aquellos hombres y mujeres extraños que eran, potencialmente, antiguos conocidos de un pasado que el hombre de las medallas se había esforzado en borrar de su memoria.

El mundo de los civiles tenía sus propias reglas. Papá no las conocía. No tenía idea que en las bodegas se hacían filas para comprar los alimentos, ni que cada familia llevaba su cartilla de racionalización. Todo eso lo tuvo que aprender a golpes de la vida y sin quejarse. Papá solo se masticaba los dientes y acomodaba los dedos de los pies en sus nuevos zapatos de civil, más amplios que las botas militares, pero que de alguna manera no se amoldan bien a su naturaleza. Aprendió que las viejas medallas no tenían ningún peso en las filas para comprar alimentos, al menos no las suyas, no las medallas de un potencial enemigo del pueblo. Era práctico: dejó de

usarlas. Las medallas eran también un recordatorio de quién papá había sido. Lo delataban. Lo señalaban. En su nueva vida como civil, papá deseaba ser uno más, un hombre como todos, sin rostro, en una fila de otros hombres sin rostro, con cartillas de alimentos racionalizados.

Uno como todos.

Al principio, la hostilidad era más evidente. Se respiraba en el aire. Papá no necesitaba ser demasiado perspicaz para darse cuenta del odio acumulado en las escamas del país, en aquellas interminables filas donde la gente comulgaba su miseria con los otros, a la espera de que abastecieran croquetas de pescado, cartones de huevo, galletas, suministros para niños menores de seis años. Todos sentían a papá como un intruso, un hombre que provenía de otra galaxia, de otra dimensión, la dimensión del poder, que los hombres comunes no podían entender conscientemente, pero que temían.

Temían además a papá, es decir, a lo que papá representaba, a lo que había sido años atrás. A las *cosas* que había hecho.

Olvidar no era simple ni un proceso que sucediera del día a la noche. Aquella gente recordaba que papá no era solo el hombre que gagueaba, tal vez incluso tenían memoria de que era suya la voz que inquiría en los pabellones de tortura por direcciones, nombres, por cualquier dato que permitiera sacar en claro quién era enemigo del pueblo y quién amigo. Lo decían los sobrevivientes: es un hombre que arrastra las sílabas, tiene medallas en el pecho y siempre grita. Aquella era una identificación demasiado general para resultar verosímil, pero ya se sabe cómo es la imaginación de la gente, fértil y cabalgante. Si alguien en la fila de alimentos racionalizados se hubiera atrevido a preguntarle y cómo duermes de noche, hijo de la gran puta, papá habría respondido con calma, duermo acostado y con dos almohadas bajo la cabeza, en completa oscuridad, como se duerme en los calabozos del alma; y si alguien hubiera insistido y cómo puedes vivir después de todo lo que has hecho, papá respondería, y qué he hecho sino servir a mi pueblo y a mi General, y defender las conquistas de este país, costara lo que costase, soy un hombre práctico, alguien que siguió las órdenes que se le dieron en el momento, y las órdenes acaso se cuestionan, pregunto, no, se procede a cumplirlas, mis manos no son las de un carnicero.

Y no lo eran. De hecho, las manos de papá nunca se habían manchado con sangre, ni con otros fluidos corporales de sospechosa procedencia, esos fluidos que el organismo expulsa por cada orificio posible, en una evacuación semejante a la de la huida, ya que si el cuerpo de los prisioneros no podía escapar, al menos lo intentaba, parecía querer volcarse y escapar del laboratorio de interrogación bajo la forma líquida, gaseosa o sólida, daba igual. Daba igual porque papá

nunca había tocado a un prisionero. De hecho, el laboratorio de interrogación y sus métodos le asqueaban un poquito, eran un mal necesario, una orden que no se cuestionaba, y si frente a él estaba un enemigo del pueblo, uñas afuera al enemigo, picana en los huevos al enemigo, sin dientes el enemigo; y si acaso fuera una enemiga, pues se hacía necesario olvidar que era mujer, genéricamente se convertía en una cosa, quemaduras de cigarro en las tetas, enemiga, violación grupal, enemiga, así te gusta, bien duro, puta rica. Los gritos en el laboratorio de interrogación eran asunto normal, a papá no le quitaban el sueño, ordenaba: más pipicana o llévala otra vez al popozo, o vamos a jugar al submarinista, pupuputo, y se iba a dormir a su oficina, a pescar un sueñito, hasta que alguien tocaba la puerta con la noticia, ya cantó el pajarito, si había hablado, el pajarito está roto, si la tortura había ido demasiado lejos, la pajarita no trina, las mujeres eran las peores, aquellas putas eran las peores, métele la cabeza en su propia mierda, a ver si la peperrita aprende quién es el dueduedueño, cantaba papá en su lugar, volvía a conciliar el sueñito, hasta que regresaban las noticias.

Era un hombre práctico.

Tenía buen dormir.

Y excelente apetito.

Qué lástima: en la nueva vida de papá, los alimentos estaban racionalizados.

En las interminables filas donde papá aguardaba su turno, algunas miradas se posaban sobre él. Al principio lo hacían con miedo. Luego fueron acostumbrándose. Las miradas se hicieron incrédulas. Era imposible que aquel hombre con chancletas y evidente dolor en la columna fuera aquel otro hombre que salía en la televisión, o la pesadilla que contaban los sobrevivientes del laboratorio donde se interrogaba. Los ojos estaban equivocados. Se convencían de ello.

La mañana había sido breve y fértil. Papá estaba contento. Le había tocado esperar poco tiempo en la fila y había conseguido unos huevos, incluso dos botellas de leche, el pan no era ideal, pero nada es perfecto en este mundo, se consoló, y luego arrastró los pies de regreso a casa, por el camino de siempre. Iba silbando una melodía, qué mañana tan bonita, qué calor tan espléndido, pensaba cuando aquella mujer se le cruzó en el camino, había que verle los ojos a la mujer, qué horror de ojos:

—Usted no se acuerda de mí —dijo ella—, pero yo sí me acuerdo de usted perfectamente.

Papá intentó evitar esa mirada, quiso continuar su camino, pero la mujer volvió a cruzarse en la acera:

—Hijo de puta.

—Permiso —en la garganta de papá, las sílabas comenzaban a trabarse—. Nonono la coconozco. Se e… se e… se equivoca de persona.

La mujer dejó que papá continuara su camino e, inmediatamente, lo siguió a dos pasos de distancia.

—Déjeme tranquilo. ¡Llamaré a la au… a la au… a la autoridad!

Un escupitajo. En la acera. Entre los pies de papá. El segundo escupitajo fue más certero. La mujer se concentró o ganó en puntería, y la saliva bañó el dedo gordo del pie izquierdo de papá. Asquerosa la mujer con aquellos ojos locos. Asqueroso el escupitajo que, además, pesaba.

Él decidió ignorarla:

—In… ci… civilizada —pronunció en voz baja.

Estaba seguro: era una de aquellas perritas, una de aquellas pajaritas que se negaba a cantar aunque estuviera hundida en mierda hasta la garganta. Si en aquel momento, papá hubiera tenido picana, si papá dispusiera de una letrina portátil en la que meter la cabeza de la pajarita rebelde, no dudaría en hacerlo ni un segundo.

Caminó de regreso a casa con miedo.

La sensación del miedo era horrible.

La mujer no lo había seguido, papá se fijó atentamente en cada rostro y calle, tomó vericuetos, trazó un nuevo camino para llegar a casa, todo para que aquella mujer de ojos locos, la pajarita escupidora, no pudiera localizarlo. Pero la duda vivía aún dentro de su cabeza. La duda era terrible. Y si acaso la pajarita ya conocía su paradero, y si acaso la pajarita no era una escupidora inofensiva, y si la próxima vez se la encontraba en el parque, en la acera, frente a la casa, en la larga fila de los alimentos racionados, y si era una vecina y no escupía a los pies, sino a la cara, y si no escupía a la cara, sino disparaba a la cabeza.

Papá intentó abrir la puerta. La mano le temblaba. Las llaves no aparecían.

Fue Caleb quien abrió al escuchar su llamado.

—Hay enemigos en todas partes —dijo papá cuando cruzó el umbral protector—. Gente incivilizada.

Caleb se encogió de hombros:

—¿Compraste galletas? —preguntó.

Era una pregunta inofensiva, pero papá sintió escozor en la palma de la mano:

—¿Eso es todo lo que vas a decir, papapajarito?

—Está bien. Igual no quería galletas.

Caleb se apartó a tiempo. Papá caminó hasta el centro de la sala y se descalzó. El rastro del salivazo, ya desgastado, aún brillaba sobre su

dedo gordo.

—¿Dónde está Casandra? —inquirió papá.

—En su cuarto —respondió Caleb.

Aquella pajarita follapuentes estaba muy lejos de su alcance. Papá no tenía ganas de subir la escalera, menos aún con aquel dolor de lumbago. No le apetecía lidiar con los gritos de Cacasandra ni con sus palabras dramáticas. Aquella pajarita hija de puta. Miró a Caleb y sacó sus cuentas. Alguien tenía que pagar por el salivazo. No importaba quién, si la mujer desconocida de la calle o aquellos pajaritos cabrones, sangre de su sangre, los comegalletas.

Con pasos firmes se acercó a Caleb:

—Ven acá —le susurró, pero el hijo se alejó aún más.

—No.

—Que vengas acá ahora mismo, es una orden.

Papá caminaba sin ver.

Justo en el centro de la sala estaba Calia, con sus crayolas, con sus lápices, con sus pinceles.

Papá tropezó con la niña, derramó alguna acuarela sobre las hojas llenas de mariposas monarcas. Lo peor no fue eso, sino que uno de sus pies, coincidentemente el que había sido lastimado por el salivazo de la mujer, pisó la punta afilada de un lápiz.

Apenas dolió, pero fue motivo suficiente.

Fue motivo suficiente para agarrar a Calia por los pelos y gritarle en el oído:

—¡Pajarita cabrona, canta o te rompo el pico!

Y la niña cantó, a su manera, un canto que se traducía en aullidos, y papá haló más el pelo, lo estiró tanto que parecía a punto de desprenderse del cráneo:

—¡Lápices por todos lados, hija de puta! ¡Te voy a meter la cabeza en el inodoro y voy a cagar encima de ti!

Una y otra vez:

—¡Pajarita cabrona, pajarita cabrona!

Caleb retrocedió, tropezó con un peldaño de la escalera, quería subir, encerrarse en su cuarto, olvidarlo todo, pero los aullidos de Calia eran cualquier cosa excepto el canto de un pájaro. Aquella niña silenciosa, aquella niña sin interés en el mundo parecía una muñeca a punto de romperse. De algún lado, de todos lados, comenzaron a llegar nuevos gritos, los suyos, los de Casandra, los de alguien, se mezclaban con los chillidos de la niña de los dibujos, de la niña de las mariposas, y hubiera sido perfecto que justo en aquel instante Calia hablara, como mamá profetizaba, o que las mariposas se levantaran de la página en blanco y rescataran a su creadora, que vinieran como una nube apocalíptica y cubrieran a papá, que fueran mariposas pirañas,

que lo trocearan, que dejaran en el hueso pelado a aquel hijo de puta, que dios se anudara en la voz de Calia y bramara una orden destructora, un diluvio universal, una pandemia, un ya ha llegado la hora de morirnos todos. Aquella solución milagrosa hubiera librado a Calia de las manos de papá, pero ni en las novelas ni en la vida real suceden cosas semejantes. Es preciso decirlo: las mariposas continuaron muertas en la hoja en blanco, planas y artificiales, dios no habló y tampoco Calia, aunque el idioma de los aullidos es una lengua muerta que por desgracia aún todos entendemos.

CALIA

Culos de monos. Antenas de hormiga. Ojos de araña. El vello en la trompa del elefante. El dibujo fractal de las alas de una mariposa.

En la extensión del cráneo, en aquel valle de la muerte donde solo nacen las ideas y los cabellos, surge un ardor terrible. El cráneo es un habitáculo débil y sagrado. Quién profana la urna donde Calia reposa y pinta, quién es el violador del camposanto. La reacción es lógica, la reacción es animal, una ley del mundo biológico, a mayor dolor provocado, peores gritos, y más tarde los gritos se transformarán en aullidos, solo falta esperar a que la mano que viola el cráneo refuerce el estirón.

Duele igual cuando la peinan, cuando intentan peinarla. Corrección: no duele igual, la sensación no es agradable, escuece el cráneo, las cerdas del peine no tienen permiso para hurgar en el habitáculo sagrado de Calia, pero al menos no se respira ese odio, no se siente el olor a gargajo seco y mucho menos el olor a grito.

Culos de monos. Antenas de hormiga. Ojos de araña. El vello en la trompa del elefante. El dibujo fractal de las alas de una mariposa.

Entre aullido y aullido, Calia se fija en los pequeños detalles: le cae sudor de la frente, arde la cabeza, existe una escalera que va hacia alguna parte, ha subido la temperatura y por eso las moscas se posan en todos sitios. Las moscas son animales inteligentes que tienen su propio gobierno sobre las cosas vivas y las muertas, no hay lugar en este mundo que las moscas no controlen, ni piel, ni superficie, ni naturaleza. La tiranía de las moscas es una filosofía de la vida que Calia ha aprendido demasiado bien, por eso las deja posarse donde ellas quieren, sobre las hojas en blanco y las hojas coloreadas, sobre los dibujos de la etapa elefante o la etapa culo de mono o la etapa mariposa monarca.

De hecho, las moscas se posan sobre el aullido de Calia y la niña las deja, es preciso habituarse a la tiranía. Calia es la más inteligente de la familia, sabe que las moscas aprecian su esfuerzo por no sacudirlas aunque la piel cosquillee y las paticas llenas de porquería de las moscas caminen, hacia arriba y hacia abajo, sobre la senda de los poros. Calia no es como los otros, no es como el hombre que la

zarandea, por ejemplo. El hombre que la zarandea odia a las moscas, se las espanta de las manos, del pecho, especialmente de la cara, molestan más cuando se posan en la cara, el hombre que zarandea a Calia no soporta otra tiranía que no sea la suya. Aunque a primera vista parezca que no, lo cierto es que las moscas lo saben, lo huelen y lo sienten, y eso explica por qué el hombre que zarandea a Calia es el depositario de todas las cagadas de las moscas, insectos vengativos y persistentes cuando así se lo proponen.

Culos de monos. Antenas de hormiga. Ojos de araña. El vello en la trompa del elefante. El dibujo fractal de las alas de una mariposa.

—¿Hace cuánto tiempo estamos casados…?

—Una eternidad.

—¿Pero cuánto exactamente…?

—No sé. ¿Qué edad tiene Casandra? Un poco más.

—Y nunca has sido franco conmigo.

—¿Eso qué tiene que ver con la edad de Casandra?

—Nunca me has contado la verdad.

—No… pero te he comprado tacones. Eso era lo que querías al principio. Me lo pedías todo el tiempo. ¿No te complací?

—Ahora quiero saber. Cuando nos conocimos, trabajabas en aquel laboratorio…

—Un laboratorio de preguntas, sí, y de respuestas.

—¿Qué hacías allí adentro?

—Seguir órdenes, como siempre. Ser un militar. Uno no deja de ser un militar en ningún sitio.

—¿Ni siquiera aquí? ¿Ni siquiera en casa?

—Correcto.

—¿Ni siquiera cuando hacíamos el amor?

—Correcto. ¿Era eso lo que querías saber? ¿Nada más?

—Relativamente.

—La curiosidad no es relativamente buena ni relativamente mala. La curiosidad es infame.

—He escuchado cosas por ahí.

—No me digas.

—¿Alguna vez le hiciste daño a alguien?

—Esa es una pregunta ambigua. Te lo digo yo, que sé de preguntas y respuestas, ambiguas y concretas. En realidad, sé de preguntas y respuestas de todo tipo. He escuchado muchas.

—¿Allá adentro… en el laboratorio?

—Y en la vida real.

—¿Qué les hacías a los prisioneros?

—Prisioneros es también una palabra ambigua, ¿se te ha olvidado? La palabra correcta es enemigos del pueblo. Además, baja la voz… Los niños…

—Los niños duermen. Tienen sueño pesado.

—Tienen sueño santo.

—¿Hay algo santo en lo que hacías en ese laboratorio?

—¿Qué crees?… Mírame las manos. ¿Las ves bien?

—Sí.

—¿Hay oscuridad en ellas?

—Baja la voz… Los niños…

—… estarán orgullosos de su padre algún día. Todo esto lo he hecho por ustedes. Por ti y por ellos. Y por tus tacones.

—¿… por mis tacones?

—Eres una mujer a la que le gustan los zapatos altos y los sueños grandes. Yo te he dado todo eso. Así que no hagas más preguntas. Te preocupas por boberías. Piensa en tus nuevos zapatos.

—Pero…

—Nada de peros. No te llenes la cabeza de moscas.

—Entonces los quiero rojos.

—¿Tacones rojos?

—Sí, y con las suelas negras. Son elegantes.

—¿Ves cómo nos entendemos? Somos un buen matrimonio. Un ejemplo de felicidad conyugal. No hay que hablar de laboratorios. No hay que hablar de los enemigos del pueblo. En la cama, se tiempla o se duerme, no se hacen preguntas.

Los tacones de mamá resuenan por toda la casa. Ha empezado a usarlos incluso en las madrugadas o a la hora de ir al baño. Los niños no la ven hace mucho, pero aún sienten el sonido de sus pasos. Todo lo que se escucha en la casa es el sonido de pasos que suben y bajan escaleras. Repetición y monotonía. Es la idea más cercana a la soledad. Casandra, Caleb y Calia están quietos en sus cuartos. Restricción. Y qué es la restricción sino un conjunto de reglas que han sido colocadas justo ahí, en las puertas, como el efecto sobrenatural que el ajo tiene en los vampiros. Nadie sale y nadie entra. De hecho, papá ni siquiera los ha puesto bajo llave. Sabe que no lo necesita. Para qué se es precisa una restricción o una llave si el miedo mantiene a los chicos adentro, en el refugio, en la jaula de los cuartos, incomunicados, el miedo es el elemento sobrenatural que los contiene.

Todas las respiraciones de la casa tienen un sonido particular. Los niños ya son capaces de reconocer cuándo papá inhala o cuándo mamá bosteza. Se les han aguzado los sentidos. Ahora tienen mejor olfato y el oído más fino. Cualquier vibración en el piso los despierta.

Podrían ser los tacones de mamá o las botas de papá, o un llamado a pase de lista, o el momento de prender las luces de los cuartos. Es difícil dormir así, no hay día, no hay noche, solo una progresión de respiraciones: la de Casandra es pesada, como si le faltara el aire; la de Calia apenas se siente, la de Calia es más bien un susurro que se cuela a través de un dedo; la de Caleb resulta inteligible; la de mamá es un tacón atravesado en la garganta; la de papá un hipido, una marcha militar, la respiración del miedo.

En los últimos días, los niños han empezado a notar incluso la respiración de las moscas. Parecen silbidos, una canción de locos que Casandra, Caleb y Calia tararean juntos, que se han aprendido a coro.

Las moscas han jurado vengarse.

Nada permanece impune bajo sus ojos.

No permanecerá sin castigo la mano que se alzó contra el pelo de Calia, que arrugó sus hojas llenas de mariposas. No permanecerá sin castigo el pie que aplastó los dedos de Caleb. No permanecerá sin castigo la voz que hizo preguntas inútiles durante años y que analizó a los niños como si fueran parásitos en un laboratorio. No permanecerá sin castigo la especie humana que habita esta casa, es decir, la especie inhumana. Silban las moscas y los chicos creen en sus promesas, esperan, aguardan en la oscuridad, sin días ni noches.

Papá se levanta a cualquier hora. Enciende las luces. Los hace salir a todos al pasillo en ropa interior. Calia tiene un blúmer de pompones que luce más como un pañal de bebé. Está meada. O cagada. Hay olor a mierda, olor de dientes que no se han lavado en buen tiempo. Casandra y sus tangas de colores. Caleb, tan delgado que se le marcan los huesos por encima del calzoncillo, luce como un rompecabezas, como una pieza de arte que se ha construido con los desechos de otros cadáveres. Papá los mira. Casandra bosteza. Y ese es un error. Golpe sordo en las costillas. Casandra se encoge. Las moscas silban su canción, y la canción habla de la necesidad de ser pacientes. Nada permanecerá impune, pero aguardar por la venganza es un ejercicio difícil.

Papá hace preguntas de rutina. Preguntas que no es necesario fijar porque son siempre iguales. Los tacones de mamá resuenan en la cocina. Jamás se acerca al núcleo del conflicto porque, en este país que es la casa, mamá sabe y mamá calla. Es lo que siempre ha hecho, antes y también ahora.

Este es el único momento en que los niños pueden verse.

Casandra mira a Caleb, y ambos contemplan a la pequeña Calia, que parece aún más pequeña, como si se hubiera encogido en las últimas horas, como si hubiera parado de crecer. Calia no responde a las miradas porque vive en su propio mundo. Papá da una nueva orden. Los niños vuelven a sus cuartos. Afuera comienza a clarear

pero, para Casandra, Caleb y Calia es aún de noche, tienen sueño y duermen, es aún la noche blanca, la noche donde nada existe, solo el deseo de no existir.

La venganza que las moscas les han prometido es lo único que mantiene a los niños atentos, con los oídos junto a las puertas que siguen, y seguirán, sin cerrojo.

Afuera papá camina, imparte órdenes a soldados invisibles, pregunta a gente invisible y escupe. No hay sonido más fuerte que el de un salivazo al caer contra el piso de madera.

—A cantar, pajaritos. ¡Cállate, puta! —grita.

Y luego, cuando ya creemos que se ha hecho silencio:

—A quemarropa.

De una muy retorcida y silenciosa forma, Calia es también la heroína de esta novela. A primera vista, y aunque no diga una palabra, se le nota cuánto desprecia al mundo entero aunque, en la escala de rencores de Calia, papá se ha esforzado, ha puesto todo su empeño y ahora es el número uno, el ganador del encono de la pequeña genio.

Seguro que sí, nunca se me va a olvidar el momento en que el odio de Calia hacia papá adquirió forma. Justo ese día había encontrado algo de privacidad en medio de esta cárcel doméstica para hacerme una paja. Me refiero, concreta y verosímilmente, al día en que papá casi le arranca el pelo a mi hermana, fecha que he decidido llamar, en la intimidad de esta jaula y siempre en voz muy baja, ya que las paredes escuchan, la «mañana de los aullidos».

Se sabe cómo empezó el drama. Calia renació de sus cenizas como un fénix medio calvo, papá le arrancó algunos mechones, pero desplumada y todo, aún se esperaban grandes cosas de ella. Incluso mamá se acercó al corredor, los ojos ansiosos como siempre, con la ilusión o el temor, a estas horas de la obra es difícil afirmar cuál es la verdadera emoción que impulsa las acciones de mamá, de que Calia hiciera el milagro.

No me refiero al grotesco y repetido milagro de reproducir alimentos o transmutar el cobre en oro, sino *aquello* de las mariposas. Ajá. Dicho en otras palabras, todos esperábamos que Calia diera cuerpo al mito familiar, que sus mariposas monarcas volaran desde la página que las había creado o que al menos Calia hablara con la voz de dios, una voz que yo imaginaba semejante a la del Abuelo Bigotes.

Acto seguido, la profecía continuaría su curso. Una nube de mariposas monarcas nos levantaría por los aires, lo que vendría a ser el equivalente de un ejército de arcángeles pero con alas de colores. Quizás entonces la muerte nos miraría a los ojos, ¿okey?, como una

mariposa grande y gordísima, dictaría su veredicto porque en la pesa de la humanidad los buenos suben y los malos caen, o algo así, muy blablá pero simple y poético. En resumen, nos moriríamos todos. Era casi como el final de una tragedia de Shakespeare: oh, mariposa bienhechora, esta es tu vaina. Había practicado mi última línea e, incluso, ensayé una que otra mirada nostálgica hacia ese punto del horizonte donde, no muy lejos, me esperaba mi amada inmóvil.

Pero, bueno, era demasiado pedir. Los sueños nunca se cumplen, es ley, ni siquiera los mitos familiares o las leyendas de muerte colectiva que nuestra madre se había encargado de inculcarnos desde el día uno de nuestras vidas. Las mariposas de Calia continuaron siendo dibujos y ella prosiguió con sus aullidos, y si algo revoloteó por encima de las cabezas de todos fueron las moscas. Ya se sabe que ellas son las reinas de este país, ¿qué otra cosa se iba a esperar?

Fue desilusionante. Que conste.

Ajá. La mañana de los aullidos terminó de forma tan súbita como había comenzado. Papá soltó a Calia, es decir, al pelo de Calia, se quedó con un puñado de cabellos en la mano, como un trofeo, aquellos pelitos dentro del puño lucían anacrónicos, la niña volvió a sentarse en el suelo de la casa, agarró una hoja en blanco, y gateó hasta encontrar un lápiz o una crayola. De inmediato volvió a dibujar, como si la mañana de los aullidos nunca hubiera sucedido.

No fue necesaria una nueva orden de papá. Volví a mi cuarto, me acosté en la cama y cerré los ojos. Intenté pensar en mi amada. Intenté tocarme y sentir el aroma del óxido en mi piel, aquel olor que cada vez desaparecía más. Ahí estaba yo, heroica, trágica, anodina, sin otro olor que no fuera el mío propio, una Casandra vulgar, sin muerte ni vida, sin una hermana que tuviera la voz de dios, sin mariposas, sin posibilidad de irme a ningún otro sitio.

Se sabe: Calia nunca ha sido tradicional. Su llegada al mundo de lo heroico no iba a ser común, y mucho menos obvia.

Sucedió así.

La mañana de los aullidos se iba difuminando ya de mis recuerdos. Calia seguía en sus dibujos, en su tarea cotidiana de la perfección. Nada fuera de lo común. En el piso de la casa, con sus colores, sus crayolas y sus lápices, Calia era todavía la pequeñita genio, ya no mágica, degradada de la categoría divina. Ajá. Por lo común, mi hermana no me llamaba la atención. Existía. Eso era todo. Nos miraba en ocasiones con odio o indiferencia, probablemente indiferencia, o al menos eso parecía. El mundo de las hojas en blanco era su paraíso y, si se quiere, también una cárcel impoluta de la que mi hermana no podía o no quería escapar. Aquel día me asomé por encima de su hombro. En realidad quería ver si el mechón de pelos que papá le había arrancado se mostraba en su cabeza como la tonsura de un

sacerdote o algún tipo de sacrificio ritual. La curiosidad me llevó a ese sitio. El cráneo de mi hermana se veía terso, sin marcas. Fue entonces que se me ocurrió contemplar los dibujos de Calia, aquellas mariposas monarcas tan bonitas. Ahora que mi hermana ya no era milagrosa ni vocera de dios, quizás podía robarle algunas de esas hojas con maripositas, la verdad era que se le daba bien. Con algún propósito artesanal o decorativo, sus mariposas podrían alegrar un poco la oscuridad de mi cuarto y la oscuridad anodina de mi olor.

—A ver, Calia… —le dije, qué mala costumbre persistir en hablarle a alguien que no tiene ganas de responder pero, dígase lo que se diga, hay protocolos que no pueden violarse.

Ahí estaban las hojas, ya no en blanco.

No había mariposas dibujadas en ellas. Que conste.

Ni culos venosos de monos, ni elefantes, ni arañas.

Sus trazos eran todavía anatómicamente precisos. Más incluso que antes.

Sobre las hojas estaban las moscas. Ajá. Y parecían moverse. Calia trazó el dibujo de las alas, de las paticas ventosas, y después alzó los ojos.

Me miró y no dijo nada, ni me fue necesario escuchar porque otro sonido ocupaba la habitación, y el sonido provenía de la hoja cubierta por los dibujos de moscas.

Las moscas zumbaban. Una de ellas, la que Calia terminaba de pintar justo en aquel momento, se sacudió la tinta de las alas y alzó vuelo.

Se sentaron a la mesa. La comida era un asco. Papá la había cocinado. Papá nunca había cocinado antes, pero ahora era el encargado de todo, el que disponía si se comía o no, y cuáles eran las porciones de alimento para cada uno, de acuerdo al comportamiento del día:

—Debemos ahorrar. La precariedad es un ejercicio de paciencia —susurró frente a su plato vacío—, y un buen entrenamiento para la vida.

De todos, solo mamá tenía comida en el plato: una verdura de origen desconocido que lucía sospechosa, pero que mamá se apresuró en masticar sin quejas.

Nadie pensaba en que la comida fuera buena o mala, el hambre era desesperante. Ver la boca de mamá, que se abría y cerraba en torno a aquella verdura sin forma, daba calambres en el estómago. Era el segundo día en que ni Casandra, ni Caleb, ni Calia recibían alimento.

Calia había empezado a lamer y masticar las crayolas. Tenía la boca siempre llena de colores.

—Tengo hambre, papá —la voz de Casandra era leve. Su rostro comenzaba a perfilarse como el retrato de una calavera.

Papá alzó los ojos y señaló a su plato:

—Yo también, y no me quejo.

Caleb sintió ganas de saltar por encima de la mesa, tenedor vacío en mano, plato vacío en mano, y encajar el tenedor en la cabeza de papá, estallar el plato sobre su cráneo. La imagen desapareció de inmediato. Suspiró y se concentró en la boca de mamá, en su deglutir pausado y sin forma, en el vegetal que comenzaba a desaparecer. Caleb imaginó que por un segundo era ella, que era mamá, y casi sintió el dolor atroz de los tacones, de los dedos machucados por el apretón de los tacones, pero también el alivio del alimento al bajar por el tracto digestivo, no importaba ya si era vegetal o carne cruda. El chico aguantó la respiración.

—Todavía siento ese olor a podrido —los susurros de papá eran los de un lagarto— en toda la casa.

Papá se atizó los bigotes y se llevó el tenedor vacío a la boca.

—Pensar en el alimento llena tanto como masticarlo —dijo unos instantes después—. ¿No es cierto, Casandra?

—Supongo —respondió la hermana mayor.

—¿Sabes de dónde viene ese olor? —la pregunta de papá fue lanzada al aire, pero sus ojos apuntaban directamente a la boca de aquella que masticaba la verdura.

—No —mintió mamá. No delató el rompecabezas inconcluso.

—… un animal muerto… —insistió papá—, transmite enfermedades.

—Debe ser un ratón, o una ardilla, algo pequeñito. Ya casi habrá desaparecido —Caleb se llevó, obediente, el tenedor vacío a la boca.

—Muy bien, Caleb —al verlo, papá le premió con una sonrisa—. Así se hace, buen chico. ¿No crees que papá es el mejor cocinero del mundo?

No esperó a oír la respuesta de Caleb. Antes, lanzó sobre el plato del chico un pedazo de algo parecido a una remolacha. Caleb se sintió agradecido. Aquel era un premio a la obediencia. Como un perro sobre un hueso pelado mordió aquella cosa, la deshizo frente a los ojos hambrientos de Casandra y de Calia, incluso frente a los ojos hambrientos de papá.

—¿Abuelo Bigotes…? ¿Papá es un hombre importante?

—Qué pregunta tan interesante, Casandrita.

—Si trabaja para ti, debe ser un hombre importante porque todos te tienen miedo.

—¿En serio? ¿A mí?

—Pero yo no.

—Claro, tú no. ¿Por qué tendrías que tenerme miedo? Te regalo muñecas.

—¿A papá también le temen?

—Esa es una pregunta con trampa. Depende, Casandrita. El miedo es también una pregunta con trampa.

—No entiendo.

—Veamos, ¿tu papá te asusta?

—No. No sé. A veces.

—¿Por qué?

—Siempre llega tarde. ¿En qué trabaja papá?

—Ah, esa es otra pregunta interesante.

—Cada vez que dices «esta es una pregunta interesante», no me respondes.

—¿De verdad? Pues no me había dado cuenta… ¿Quieres saber qué es lo que hace? Tu papá trabaja en un túnel. No es precisamente un túnel, pero se le parece: un lugar oscuro y a la vez cómodo, al menos para tu papá, que tiene una oficina con un buró enorme lleno de papeles, y sillas, y tres comidas y dos meriendas. El día entero firma papeles y a veces camina por el túnel. ¿Te había dicho que dentro del túnel hay unas pequeñas casitas?

—No.

—Casitas de hormigas, y están llenas de gente.

—¿De gente, no de hormigas?

—Qué va, las hormigas son insectos muy disciplinados, no estarían encerradas en un lugar así.

—Entonces, ¿mi papá es el que cuida de esa gente, ahí?

—A veces los cuida, a veces los castiga, a veces los asusta, a veces los rompe… depende, Casandrita.

—¿Por qué los asusta?

—Ah, esa es otra pregunta interesante.

—Creo que los asusta porque les grita.

—Exacto. Les grita un poco y a veces los reprende. Seguro que sabes el significado de esa palabra.

—No. Papá nunca me castiga.

—Porque eres una niña buena, una hormiguita obediente. Pero esas personas, en esos túneles… a veces necesitan ser sometidas. No han aprendido bien. Tu papá les enseña.

—Entonces es como una escuela.

—… exacto. Una escuela para hormiguitas indisciplinadas.

—A papá no le gustan las hormigas.

—Imagínate qué incómodo estará el pobre, nadie ha dicho que su

trabajo sea fácil.

—Si me preguntan, ¿puedo decir que mi papá es un maestro?

—¿Un maestro de hormiguitas? No, mejor cuenta otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Pues no sé. Tal vez que tu papá es un… un buscador de la verdad. Hay que ser fieles a esa idea.

—¿A qué idea?

—La verdad debe conseguirse, cueste lo que cueste.

—No entiendo.

—Tampoco hace falta, Casandrita.

—¿Abuelo Bigotes…?

—No me digas, déjame adivinar: ahí viene otra pregunta.

—En esos túneles donde vive la gente… la gente mala… ¿sale el sol?

—Están bajo tierra, Casandrita. No hay un sol subterráneo.

—¿Y entonces, cómo pueden ver?

—Se acostumbran. El ojo humano se adiestra en la oscuridad. Además, el miedo es un sexto sentido.

—¿Un sexto qué…?

—Tacto, vista, sabor, olfato, oído… y el miedo. ¿No lo sabías?

—No.

—Allá abajo no hay sol, Casandrita, pero tampoco hace falta. ¿Ves?, hoy has aprendido algo nuevo. ¿Estás orgullosa de tu papá?

—Creo que sí.

Hay que ser muy hembra para usar zapatos de tacón. Hay que aguantar mucho. Para usar zapatos de tacón se debe ser santa o revolucionaria, no existe un camino intermedio. Hay que tener ovarios para soportar los dedos machucados, los pies convertidos en trizas, y para no permitir que el dolor se te meta en el cerebro como una mosca gorda y plante sus huevos ahí.

Se camina con dignidad o no se camina.

En el rompecabezas que era la familia, mamá se sentía fuera de lugar. Todos, de alguna forma, engarzaban los unos con los otros. El odio mutuo los movilizaba, los hacía confrontarse, los obligaba a un vínculo cualquiera, así fuera uno ínfimo. El odio era el eje que sostenía la casa, pero mamá solo poseía uno de los cimientos: su propio rencor y nada más, ni siquiera la esperanza de que papá o los niños le fueran recíprocos, ni siquiera la certeza de ser para ellos otra cosa que una gallina ponedora con tacones rojos.

Mamá se sentó frente a Calia y le quitó las crayolas de la boca:

—No te las comas y atiéndeme.

La niña fijó la mirada en ella por un segundo, como sorprendida por un sonido no esperado. De inmediato agarró otra crayola, un lápiz cualquiera, e intentó roerlo. Mamá insistió:

—Para ya. Sé que eres tú. Debajo de la piel de Calia, sé que estás ahí. Te reconozco.

Esperaba alguna reacción, un gesto, una sonrisa que presagiara la verdad, el hecho de que allá adentro, en lo más profundo de aquella boca sin palabras, se escondía la sombra de la tía o la voz de dios. Todo lo que sucedía en el mundo tenía un propósito, ¿o no?, mamá ya no podía comprender, se había vuelto anciana de repente. Siempre había temido la llegada de las mariposas y ahora que estas habían desaparecido sin dejar atrás un rastro de destrucción, una huella analítica del llamado de dios, mamá solo sentía vacío, hambre y vacío, la soledad del fracaso que nota el último corredor en una pista cuando todos los otros han llegado a la meta.

—Calia, hazlo, hazlo ya, por favor —susurró a la niña hambrienta, a la niña muda que comía crayolas—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me haces esperar? Ayúdame. ¿No te merezco? ¿No merezco que me liberes? ¿Dónde están las mariposas?

Mamá no quería morir. Mamá sí quería morir.

Por encima de todas las cosas, mamá necesitaba tener un propósito.

La pasta de las crayolas desapareció bajo los dientes de Calia. La niña no alzó la mirada y mamá bajó al sótano.

—Hola, Casandra. Me alegra mucho que hayas regresado.

—Nunca me he ido de aquí. Estoy en el otro cuarto, justo al lado.

—Es una forma de hablar, Casandra. Siempre eres muy literal.

—Okey, sí, soy literal, blablá.

—¿De qué quieres conversar hoy?

—De ti.

—¿De mí?

—O de las mariposas de Calia. Esas mariposas que no volaron.

—Un error de cálculo.

—… o un error del destino. Siempre creí que estabas loca. Nos hacías esos cuentos, ya sabes, el blablá de las mariposas, y yo sabía que algo estaba muy mal contigo.

—¿Has analizado alguna vez por qué siempre eres pasiva y agresiva a la misma vez? Es una conducta psicopática.

—Sí, mamá, lo que quieras… blablá.

—Supongo que no has venido aquí a decirme «sí, mamá, lo que quieras…».

—¿Te das cuenta?, lo único que tienes en la vida son unos zapatos bonitos. Digo yo, que no sé nada, has perdido mucho tiempo. No eras fea. Digo eras, porque ahora mismo nada de eso ha quedado. Luces como una rata que ha dado a luz a otras raticas. O una mosca. Cara de mosca, blablá, eso es lo que eres.

—¿Quieres que hablemos hoy de tus desviaciones sexuales, Casandra?

—No, gracias, mis desviaciones sexuales y yo estamos de lo mejor. Aunque a veces me pregunto, en serio me pregunto cuándo fue la última vez que te viniste, mamá. Debe haber sido hace milenios. O qué sé yo, quizás nunca. ¿Es por eso que analizas las desviaciones sexuales de los demás, para no pensar en lo que no tienes? Debe ser buena la terapia. Te debe ayudar mucho.

—¿Has nombrado de alguna manera a tu puente?

—Digo yo, que no sé nada de la vida, que con esa cara de mosca no te queda nada por hacer. Eres una criaturita patética. Un insecto, mamá. Siempre he querido saber si los insectos tienen orgasmos.

—¿Solo piensas en los orgasmos, Casandra? ¿Esa es tu manera de identificar la felicidad en la vida? ¿Por qué?

—Es mi manera de identificar la libertad, en todo caso. No es que lo vayas a entender, lo tuyo es el blablá. Además, mejor no pedirle demasiado a un insecto.

—¿Sabes que el odio hacia los padres es una forma, no tan sutil, de demostrar el odio que sientes hacia ti misma, Casandra?

—Si no estás loca, si aquello que nos contaste de tu tía y las mariposas era cierto, la verdad es que se comprende por qué tu familia eligió que te quedaras atrás y no murieras con ellos. Cargar contigo es un ejercicio… a ver, la palabra precisa es… un ejercicio mayúsculo, ¿okey?

—¿Por qué crees eso, Casandra?

—Digo yo, no sé nada, pero llegar a vieja, o a casi vieja, a casi mosca, y saber que lo mejor que ha quedado de ti no es más que un par de tacones… Yo qué sé, no sé nada, pero eres una fracasada, mamá.

—¿Por qué crees eso, Casandra?

—Las mariposas no te eligieron. Papá… bueno, para él tienes menos importancia que un buró lleno de cuños. Calia prefiere comer crayolas a mirarte, y yo creo que eres una mosca.

—¿Y Caleb…?

—¿Caleb? Él quiere matarte. Digo yo, no sé nada, probablemente no sea algo simple eso de matar. Caleb es un batido de hormonas, habla mucha mierda y es posible que nunca te haga nada. Pero el deseo está ahí… Bueno, mamá, qué pena.

—Eres un monstruo, niña.

—Es una pena que tengas que esperar por las mariposas para suicidarte, que necesites un pretexto.

—Eres un monstruo, Casandra.

—Sí, sí, ya sé, blablá, monstruo, bla, mariposa, blablá, tacones, blablablá, fracaso, cara de mosca. Piensa en otras cosas, por favor. Sé inteligente al menos una vez. Hay métodos bastante higiénicos. O bueno, no tan higiénicos, yo qué sé, pero hay métodos. No todos tienen alas. No necesitas a Calia. Puedes hacer algo sola en esta vida. Puedes hacer algo por ti misma. ¿Sabes?: desaparecer. Las mariposas, si lo miras así, no son más que un elemento utilitario.

El sótano era un espacio húmedo, donde los vapores de la claustrofobia y el encierro se habían amalgamado. Mamá sintió que no sería capaz de descender otro paso, malditos pies y malditos dedos, malditos tacones rojos de suela negra, lo más bonitos, maldito vestido de flores: en todo comenzaba a impregnarse aquel olor a sótano, aquel olor a descomposición, agridulce. Ni un paso, ni un solo paso más, existía tiempo para arrepentirse, vuela lejos del sótano, lejos del rompecabezas de Caleb, acaso no te das cuenta de que no eres parte de la obra. Qué van a decir las moscas que te persiguen, qué otra cosa harán salvo invitarte, insistir, baten las alas y te acompañan, no estás sola, mamá, tranquila, somos las moscas, tu familia, y volamos para decirte que todo está bien, que bajes al sótano, y ni se te ocurra quitarte los zapatos, hay que ser muy hembra para aguantar hasta el último momento sin rajarte, eres mosca o no eres mosca, dinos, mamá. Y mamá baja, escoltada por las alitas transparentes, por las nubes de moscas, y solo es ahora que mamá nota su existencia, de dónde ha salido esa nube, antes la casa tenía insectos, tenía moscas, pero no tantas, ni tan inteligentes, ni zumbaban con tanta música, sonido de alitas, sinfonía de alitas, una nana. Duérmete, mamá, duérmete ya, eres mosca o no eres mosca.

Los insectos se posan encima del vestido de flores, de los tacones rojos, de la piel de mamá, revolotean sobre su pelo, la mujer es el habitáculo, el recinto, el hogar de las tiranas. Mamá desciende. Allí está la obra, el altar de la podredumbre en el cual las moscas se ceban. La mujer ha llegado al último recinto donde los cadáveres de los animales, donde los tributos de Caleb reposan en descanso eterno o actividad eterna, quién dice que en la muerte no hay movimiento. Zumban las moscas, afirman las moscas, no somos mariposas, pero nuestro país es divertido, nuestras alitas no torturan en vano, todo tiene un propósito y ese propósito eres tú. Frente al altar, mamá se detiene y estornuda. Hay polvo en el sótano, la acumulación de la decadencia. El sótano podría ser la historia del país o la historia de la

familia, pero una reflexión semejante, aunque acertada, ahora qué importa.

Las moscas zumban y mamá obedece, busca, encuentra la soga, olvidada como otras tantas cosas sin sentido entre bultos, matules, maletas, todo arrinconado. La soga, ya no arrinconada, se convierte en nudo. Mamá no es buena con los nudos, pero las moscas la animan, venga, un nudo simple, aprieta fuerte el extremo de la cuerda y de ahí directo al horcón, coloca debajo la silla. Mamá se anima, se pone rígida, aún no es el rigor de la muerte, sino otro tipo de miedo, el miedo a fracasar también en ese último propósito de la vida que es traspasar el umbral y caer en el agujero del conejo, es decir, en la cavidad de las moscas. Ser una fracasada no es asunto fácil, sino trauma. Y qué si el nudo no es fuerte, si la soga es demasiado larga, y si duele, las moscas zumban tranquilidad como respuesta a aquellas preguntas y mamá lo sabe, hay que tener muchos ovarios para suicidarse, hay que tener muchos ovarios para subirse a la silla en tacones, con los dedos machucados, con ampollas, hay que tener muchos ovarios para saltar sin que los tacones se caigan, justo frente al monumento, frente al altar de las moscas. Hay que tener muchos ovarios para tambalearse de un lado a otro como una gallina, cloclocló, ahogada, cloclocló, una gallina con la cabeza dentro de un aro de fuego, cloclocló, sin respirar, clo, la gallina ya no respira pero, en el último instante de aire, mamá siente cómo el orgasmo de la inconsciencia sube por sus piernas y se apodera de su cerebro, el orgasmo es infinito, ya no es el orgasmo de la vida, sino el de la muerte, el cuerpo se balancea, se balancea, clo.

Para las moscas ha comenzado el festín. Todas, al unísono, cubren a mamá, y casi podría decirse que semejante acto es algo cercano a la poesía o a la locura. Las moscas vuelan juntas, como si obedecieran una orden, y asimismo caminan a gusto por la lengua cada vez más ennegrecida de mamá, y sobre sus zapatos de tacón rojo. Luego entran en la cavidad de la boca.

Como siempre me ha gustado el color negro, no tuve ningún problema en abrir el escaparate donde colgaba la ropa de mamá. La ropa colgaba de percheros, qué ironía trágica, como mamá de la soga. Escogí un vestido, el más bonito, uno negro con encajes que combinaba genial con mi pelo y el color de mis ojos, y que siempre le envidié. Casi me quedaba perfecto. Al ponerme el vestido, parecía que me estaba cubriendo con la piel de mamá y hay que resaltar que aquel fue un momento idóneo pues él me vio, papá me vio, en su voz no había emoción cuando dijo:

—Te pareces demasiado a tu madre —una frase repetida a la que solo se puede responder con algo de condescendencia y una sonrisa

que ni siquiera intenté resultara demasiado verosímil.

Es un hijo de puta, ¿okey?, no se me olvida. Papá es un hijo de puta, lo que nos convierte a nosotros en nietos de puta. Si bien ya no usa el prefijo mierda para acompañar nuestros nombres ni gaguea, hay cosas que no se me borran, que no se me salen de la cabeza. Supongo que es una cuestión de venganza y de satisfacción personal.

Fue él quien bajó al sótano a buscarla, principescamente, da risa ahora, pero en ese momento papá gritaba y hasta parecía un hombre enamorado cuando encontró el rompecabezas de Caleb, el rompecabezas o la obra de arte, y mamá frente a él como la pieza faltante, como el cierre de la obra, mamá cubierta de moscas:

—Putas, desgraciadas, disidentes —gritó papá e intentó espantarlas inútilmente, pero ya se sabe de la persistencia de los insectos, de sus manías de pegarse a los cuerpos que comienzan a descomponerse. Ya se sabe que las moscas tienen mejor olfato que nosotros y aquel era un ejemplo perfecto: mamá se había convertido en carcasa y las moscas estaban sobre ella, anticipando el festín, la orgía zumbante, la alegría zumbante, hay alimento para todos, la carne de mamá era alimento suficiente, el verdadero altar.

Supongo que las moscas tardaron en convencerse de la persistencia de aquel hombre que las espantaba. Manotazo a manotazo fueron retirándose, abandonaron el cadáver y se conformaron con volar sobre las cabezas de mamá y papá. Algunas, las más atrevidas, se posaron en las manos del vivo y en la lengua de la muerta. Qué hermosos lugares, qué perfectos jardines eran aquellos dos sitios para las moscas.

Papá nos llamó a gritos:

—¡Caleb! ¡Casandra!

Incluso dijo, un poco después:

—¡Calia! —como si pronunciar aquel nombre sirviera de algo.

Calia, por supuesto, ignoró el llamado. Continuó mascando crayolas y dibujó en la hoja en blanco una nueva mosca, anatómicamente perfecta. Pero era solo eso, una mosca en un papel en blanco, el bosquejo de una niña genio, y ya no vi movimiento de alas, no existía vida. Caleb se asomó por encima de mis hombros y contempló la hoja y su dibujo, luego encogió los hombros sin decir nada. A Calia no se le piden explicaciones. Ella no abrirá la boca, no nos contará jamás si las moscas alguna vez estuvieron vivas o fueron solo el reflejo de nuestra imaginación, el espejismo del encierro y del deseo de venganza. Caleb vuelve a encogerse de hombros. Sabe tan bien como yo que sí escuchamos las canciones de las moscas, que las canciones fueron nuestras compañeras, pero incluso el eco de aquel zumbido comienza ahora a difuminarse como el dibujo raro de una niña.

Abajo, en el sótano, papá nos llamó nuevamente:

—¡Caleb! ¡Casandra!

Tardamos en bajar. La verdad es que teníamos serias dudas. ¿Y si aquella era otra de las pruebas de papá, diseñada para comprobar si éramos fieles, o para chequear nuestros niveles de reacción o capacidad de retentiva? Ahora ya nunca se sabía cuándo vivíamos en una prueba y cuándo no, la casa y el laboratorio de interrogaciones se habían convertido en lugares muy semejantes. El miedo nos impulsaba a quedarnos adentro, en el refugio de nuestros cuartos.

—Papá está en el sótano —susurró Caleb a mis espaldas y señaló hacia abajo, hacia el sitio de dónde provenía la voz de nuestro padre.

A mi hermano le temblaban las manos. Lugar común y todo, le temblaban. Seguro estaba imaginando que papá había encontrado su obra de arte con trozos de conejitos y pedazos de animales kamikazes, y que ahora vendría la represalia, el verdadero momento de los acontecimientos, el instante en que papá se trasmutaba en el jefe del laboratorio de interrogaciones, y aplastaba manos, sacaba uñas, llamaba a sus perros entrenados, hundía nuestras cabezas en los inodoros y descargaba luego de mearnos el cuero cabelludo.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Caleb con una mueca.

Y claro, heroína al fin, le respondí:

—Bajamos…

—¿Bajamos?

—Somos dos contra uno, Caleb. Si nos toca un solo pelo, le haremos pagar al muy puerco.

—¿Pero cómo…?

Okey. La verdad es que nunca estuve a favor de los sacrificios de conejitos, ni apoyé los muy cuestionables rompecabezas que Caleb hizo con los huesos de los animales suicidas. Mamá lo dijo bien: soy un monstruo, pero otro tipo de monstruo. Sin embargo, en aquel momento, Caleb y yo éramos lo que podría decirse una… familia, o algo semejante que unía las tiras de pellejo de nuestro ADN a nuestro impulso de supervivencia.

—¿Le rompemos la cabeza? —aventuró Caleb—. ¿O se la… machucamos?

—Supongo. Con un martillo. O con una pala. Ajá, eso. ¿Tienes una pala?

—No.

—¿Un martillo entonces?

Los ojos de mi hermano se volvieron locos:

—¿En serio, Casandra?

—Mira, mataconejos, lo que está allá abajo en el sótano es tu obra, ¿quieres que te deje solo?

Su silencio fue respuesta suficiente.

—Calma, mataconejos. Romper una cabeza es como partir una calabaza… supongo —dije y de inmediato sentí náuseas. En realidad, la idea de matar no es que me agrade demasiado, y menos aún si se trata de nuestro padre, pero así son las cosas, todo depende de la adaptación y en esto de improvisar según las circunstancias me considero toda una diva.

Una de las pocas virtudes de mi hermano Caleb es, precisamente, ser un chico práctico. No hacía falta telepatía para leer sus pensamientos que eran ya, como todas las cosas en esta casa, pensamientos de moscas: revoloteaban sobre sus ojos, su mirada era la partitura ideal en la cual se escribía la idea de la muerte. Hay que reconocerle que por su cercanía a la parca, por ser un angelito apocalíptico o el rey de los suicidios de animales, Caleb tenía experiencia con estos asuntos. De inmediato, sus manos dejaron de temblar y su boca mostró un rictus que, en otra circunstancia o lugar, hubiera resultado gracioso; pero no aquí, no ahora que Caleb buscaba un arma, por ejemplo, un objeto contundente como un martillo o un artilugio medieval aplastacabezas. Esfuerzo inútil. Resumo sus acciones con esta frase, esfuerzo totalmente inútil, papá el torturador no permitía objetos peligrosos en la casa, en su mundo idílico donde solo moraba la familia. Caleb se encogió de hombros y recitó algo que sonaba como un poema recién aprendido:

—Si lo empujamos fuerte contra la pared, le hundiremos el cráneo.

—Le llevaré un trozo de materia cerebral como tributo a mi amada —dije y me incorporé a la improvisación trágica.

Caleb, como siempre, se encogió de hombros:

—Follapuentes.

Así que bajamos. Los conspiradores. Los bárbaros. Los adolescentes primitivos estábamos listos para el sacrificio.

Papá continuaba con sus gritos:

—¡Caleb! ¡Casandra!… ¡Calia!

Existía poca luz allá abajo, pero era imposible que el cadáver de mamá no resaltara en el medio de todo aquel desorden. Era un cadáver bonito. Cuando digo bonito no me refiero a los asuntos obvios, biológicos, de todo ahorcamiento, los fluidos que escapaban, una indignidad obvia en la que mamá no pensó, seguro que no, porque llevaba su vestido de flores. Mamá era una primavera ahorcada, y calzaba los tacones rojos de suela negra, esos zapatos que solo producían ampollas pero que bien valían la pena. Para ser bella hay que tener los pies destrozados, era el himno de mamá, que ya nunca volvería a cuestionar qué cosa era ser bella o no, qué cosa era tener los pies destrozados o no, si era o no era una buena madre, ya

no pensaría en nada porque, si acaso en la muerte existen aún las ideas, ella solo estaría concentrada en la moscas, en sus nuevas compañeras de viaje que, en aquel preciso instante, cubrían su cadáver de punta a cabo. Qué exagerada soy, casi la cubrían, aquí y allá se notaba un fragmento de tela del vestido, la punta del zapato, o un dedo de mamá, y cerca de ella estaba el hombre mosca, es decir, papá, y sus gritos:

—¡Caleb! ¡Casandra!

De inmediato nos vio, o escuchó nuestros pasos:

—¡Ayúdenme a bajar a su madre! —y luego—: ¡Es preciso que Calia no la vea! ¡No queremos que la niña se traumatice!

Cuando odias a tus padres, como es mi caso, es muy fácil encontrarles manchas. ¡Así que ahora el muy cerdo se preocupaba por Calia! ¡Por los traumas de Calia! Existen ironías, y no todas son trágicas, ni siquiera dramáticas, sino risibles, o mejor dicho, tragicómicas, así que en ese momento tuve que unir toda mi paciencia en un mismo hilo, recoger mi paciencia hecha trizas y organizarla con cuidado, no fuera que frente al augusto cadáver de mamá se me soltara una risa nerviosa, o una risa tragicómica.

Es muy difícil ser Casandra. Ya lo dije.

Papá nos dio la espalda y continuó con su tarea de espantar moscas y tragar a algunas otras en el proceso, ya que hablaba mucho, no cerraba la boca, no se cansaba de dar órdenes:

—¡Cojan un trapo y ayuden! ¡Espanten a las moscas! ¡Malditos bichos!

Miré a Caleb. No era necesario que mi hermano fuera telépata: mi idea era tan clara que solamente un idiota mataconejos como él no se habría dado cuenta. Papá, de espaldas. Ignorante de todo lo que no fuera mamá colgada como una sábana llena de flores y moscas. El momento preciso. Era todo lo que necesitábamos, ¿okey?, incluido el factor sorpresa. Contra papá. Cabeza al suelo. Calabaza rota. Pero Caleb intercambió conmigo una mirada y se encogió de hombros:

—No la podemos dejar ahí —susurró.

Mi gentil hermano, el mataconejos, el angelito de la muerte…

Cacaleb se acercó a papá y a las moscas, y ya sabemos lo que sucedió a continuación, no hay que ser un genio para descubrirlo, solo seguir los rastros de esta historia y enseguida se devela todo: las moscas sintieron a Caleb y enseguida tuvieron ganas de morir, abandonaron la lengua negra de mamá, dejaron de posarse sobre papá, e iniciaron una lucha zumbante para ser las primeras en tocar al ángel anunciador de la muerte.

Todo acabó rápido. Una manta de insectos cubrió el piso del sótano y el cadáver de mamá apareció frente a nosotros, algo

oscilante, algo hermoso, ¿okey?, lo de hermoso lo afirmo porque tengo mis conceptos bien fundamentados sobre la idea de la belleza.

Papá, sin una lágrima, terminó descolgando al cuerpo. ¿El resultado final?, un tacón roto. Mamá hubiera odiado saber que sus mejores zapatos habían sido tan neciamente sacrificados en el intento de bajarla, pero en aquel momento, ya nadie pensaba en mamá, ni siquiera Calia, que continuaba con sus dibujos allá arriba, moscas y moscas, una fábrica muy útil que cumplía con sus planes creativos.

Escuché la voz de papá:

—El mundo ha perdido a una excelente madre y mujer —recitó como en un discurso y yo diría, aunque no me atrevo a tanto, que se enjugó una lágrima falsa y tragicómica de su cara de hombre mosca.

Lo que sucedió después es algo desilusionante. La verdad es que me hubiera encantado un velorio largo, al fin y al cabo, ya teníamos justificación para salir del encierro y quién sabe, yo hice mis cálculos, entre lágrima y lágrima, entre suspiro y suspiro de los dolientes y fingidores, podría escaparme, correr calle arriba, ocho cuadras, hasta donde me esperaba mi amor shakesperiano e inmóvil, dispuesta a permitirme que frotara mi piel contra su estructura, dispuesta a otorgarme de nuevo su bendición oxidada. Había escogido incluso un vestido bonito, el negro de mamá, que según mi padre me hacía lucir igualita a ella, y había conseguido que Calia dejara de masticar crayolas por un buen rato, para que los tres luciéramos como hijos perfectos, dolientes y fingidores. Incluso Caleb había puesto de su parte luego de su patético episodio como matamoscas humano y ahora lucía como un adolescente común, algo huérfano y cabizbajo. La expresión de su rostro era casi verosímil:

—¿Crees que papá vio mi obra? —inquirió cuando se sentó a mi lado, en el sofá de la sala.

—Sí, pero no le habrá dado importancia.

—¿En serio?

—Te habría matado. Quizás pensó que era de ella. Sería lógico, ¿no? Con un comportamiento así, mamá podría ser la autora de… ¿cómo llamas a esa cosa tuya?

—El rompecabezas.

—Eso, el rompecabezas.

Caleb tragó en seco antes de decir:

—Casandra, te tengo que confesar algo.

—… ya sé, que eres un traidor y un pendejo. Que te asustaste.

—Contigo no se puede hablar.

Se cruzó de hombros y se masticó el labio inferior, e hizo silencio como protesta. Pensó que eso iba a incomodarme, pero yo me limité a arreglarme los bajos de mi vestido de princesa huérfana. Fue él quien

no pudo aguantar más:

—¿La viste? Estaba cubierta de moscas, Casandra.

—Eran las moscas de Calia —respondí—. Las moscas del fin del mundo. O algo así.

—No estoy seguro. ¿No viste sus dibujos hoy?

—Sí, ¿y qué?

—*Esas* moscas no estaban vivas.

—Ya, pero tú también viste las *otras*, ¿verdad?, las anteriores, tú también te acuerdas.

—No sé, Casandra. A lo mejor sí ocurrió, pero ¿y si nos lo imaginamos todo?

Caleb se encogió de hombros:

—Pensé que serían mariposas. ¿Mamá no había dicho que…?

—Ya, un pequeño error de cálculo, supongo. Igual estas tienen alas.

—¿Pero no te diste cuenta…? —sus ojos brillaron.

—¿Qué?

—Mamá estaba cubierta por las moscas. Frente a mi obra… Mamá lo hizo por mí.

—¿Hizo qué?

—Terminó mi rompecabezas. Su cuerpo era la ficha que faltaba en la estructura.

—Felicidades —susurré con mi mejor tono irónico, que en verdad nunca pretende ser tan irónico como suena, pero qué se le va a hacer.

—No entiendes nada —contestó él— de los sufrimientos en la vida de un artista.

—Eres un mataconejos, Caleb, no un artista. Ahora eres también un matamoscas humano. Qué lástima no tengas huevos para ser un matapadre.

—Si todo sale bien, las moscas lo harán por nosotros, ¿verdad?

—Supongo. A lo mejor en algún momento —dije y me encogí de hombros, y él me respondió con un gesto semejante, casi idéntico. La verdad es que en ocasiones olvido que los dos tenemos la misma sangre y que reproducimos los mismos patrones—. No me copies. Es de mal gusto.

Por toda respuesta, mi hermano se volvió a encoger de hombros.

Ahí está: Caleb es un caso perdido.

Un caso perdido que tenía, como yo, la esperanza de salir afuera gracias al velorio y posterior entierro de mamá. Era difícil decir qué deseaba Calia, pero al menos ya no mascaba crayolas y dibujaba con lentitud, como si estuviera muy agotada o a punto de dormirse. A todos nos vendría bien un poco de aire libre y teníamos la esperanza

de respirarlo ese mismo día, quizás unas horas más tarde, cuando papá dispusiera todo lo necesario.

Nos quedamos vestidos. Sentados en el viejo sofá de la sala. Durante horas. Pacientes. A lo mejor papá necesitaba tiempo. Se había quedado solo con el cadáver de mamá, allá abajo.

Se cuenta rápido, pero el tiempo es un hijo de puta.

Cuando papá subió, ni siquiera hizo contacto visual con nosotros:

—A los cuartos —fue su orden.

—Queremos despedirnos de mamá —exigí con mi mejor tono melodramático de primogénita huérfana—. Es nuestro derecho. Queremos ir al velorio.

—No habrá velorio.

—¿Vas a dejar que su cuerpo se pudra allá abajo?

Los ojos de papá mostraron todo su horror:

—Cremación —dijo.

Así morían nuestras esperanzas de salir.

Así moría mi ilusión de unirme a las estructuras de mi amada y convertirme en parte de su óxido.

Incluso Caleb lucía mortificado. Era posible que tuviera la esperanza de ver a Túnez en el velorio. Una esperanza muy difuminada, es cierto, pero al fin y al cabo, la prima era familia, mamá se había ahorcado, no era un día como cualquier otro, los milagros existen y Caleb soñaba con el suyo.

—A los cuartos —papá reiteró su orden—. Ahora.

Y le obedecimos. Papá tenía la voz temblorosa, como siempre le sucede antes de un estallido de rabia.

El miedo es un hijo de puta.

Un gran hijo de puta.

En la casa ya no se escuchaban los pasos de mamá, aquel taconeo marcado por el cual podíamos hacernos una idea precisa del tiempo.

Bueno, supongo que esta es la gran venganza que mamá planificó: dejarnos a solas con él y con el sonido de sus pasos, mucho más sigilosos que la escoriación de los tacones en el suelo.

Papá camina por el corredor.

Ahora solo existen los zumbidos de las moscas que siguen llegando. Ya no sé si nacen de las páginas de Calia o si el cadáver reciente les atrae. Ya no sé, pero aquí están.

Algo ha cambiado en el laboratorio que es la casa. La niña lo nota e intenta comerse una crayola, aunque siempre hay una mano que se la quita de la boca antes de que alcance a masticarla. La crayola tiene sabor particular, las rojas y azules son sus favoritas, se trituran

despacio, y entonces el sabor rojo y azul invade los dientes y la lengua. A veces escupe crayola, no todos los fragmentos pueden tragarse, algunos se niegan a pasar por la garganta y vuelven a su lugar de origen, a la cavidad de la lengua, y permanecen allí, material rumiante, fragmentario. Calia se enoja porque existe una mano que no se aleja de su boca, viene y hurga allí. Por qué la mano le quita la crayola, se la roba, le abre la mandíbula y se lleva el material rumiante, pero la mano no responde esa cuestión, la mano se limita a hacer lo que le viene en ganas porque cree poseer la corona del laboratorio que es la casa y la llave de la boca de la niña. Qué equivocada está la mano y cuánto lo va a lamentar. Mano de hombre, que son las peores, de dedos gordos.

Hoy, Calia no dibuja, las hojas y los colores desaparecen, y también la luz del sol.

Todo es oscuridad en el laboratorio.

Calia tarda en darse cuenta de otros cambios menos perceptibles. No los nota de inmediato porque son cambios que no afectan su cuerpo, que no violan su boca ni le roban sus pertenencias. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Calia nota que falta una voz, faltan sonidos en la casa. Es raro descubrir que ciertos sonidos desaparecen y empiezan a ser suplantados por otros. El tactac ya no existe, ahora se escucha un zumzum, a veces incluso nota cómo las moscas van a posarse sobre la mano del hombre.

Calia no tiene idea de qué significa la palabra venganza, pero algo dentro de ella se mueve, y ese algo es positivo, caliente, cómodo, sabe que a la mano de hombre no le gustan las alitas, ni el zumzum, y es que las moscas son persistentes y no obedecen a nadie excepto a Calia, a quien único no molestan.

Los ojos de Calia son rápidos para el dibujo, para identificar las líneas correctas de los borrones. Como el mundo entero es un gran dibujo, una gran hoja en blanco, Calia vive sus días en observación profunda. Por ejemplo, sabe que las líneas de la casa no son perfectas, sino torcidas, que hay desorden. El caos es lo contrario a la creación ordenada. Sobresalen los objetos que han abandonado su lugar original. Calia los descubre enseguida, por ejemplo, un búcaro en el centro de la sala que nunca estuvo allí, sino en la repisa, y en la repisa hay una urna, que nunca antes existió, y si Calia se esforzara aún más, si prestara atención a los sonidos, sabría que dentro de la urna se escucha todavía el tactac de unos pasos, es decir, el tactac de unas astillas de huesos, el tactac de un polvillo. Suerte que la urna está cerrada porque las moscas son persistentes y ansían entrar también en aquel sitio. No quieren que ningún espacio de la casa les esté vedado excepto el cuerpo de dios, el cuerpo de Calia. Todo lo demás les pertenece a las moscas, realmente todo, incluso la urna donde las

cenizas de mamá no consiguen descansar.

Para Caleb, el peor momento del día llega en las noches, o en lo que Caleb piensa son las noches. Hay pruebas suficientes de que podría ser cualquiera otra hora, en el mundo allá afuera quizás sea mediodía, pero aquel otro universo ha dejado de interesarle al chico. Ya no le importa nada excepto el sonido, hablemos mejor en plural, los sonidos que hace Casandra. Antes eran insípidos, pensaba el hermano, pero ahora han ganado en profundidad y fuerza. Desde que mamá no está, Casandra es la única mujer de la casa, o al menos un proyecto de mujer en formación o deformación. Por los sonidos que produce, se diría que hay algo deformado en ella, algo que busca salir, como el monstruo de las películas, de las tripas de sus víctimas en una explosión. Los sonidos son en realidad gemidos o balbuceos, y Caleb no es idiota, se da cuenta de lo que sucede a su alrededor, sabe lo que significa la banda sonora de la noche, sabe lo que Casandra hace, y deduce con qué lo hace, un lente de cámara, su silla favorita, algún objeto que ha venido a suplantar temporalmente a un gran amor imposible, porque la carne es débil, y quién sabe si el hierro, la mampostería, el cemento, la gravilla, las piezas mecánicas también lo sean, mejor presumir que sí.

Caleb no sabe si papá escucha los mismos gemidos que llegan hasta el cuarto del chico. Es probable, papá tampoco es sordo, pero ha aprendido a serlo cuando las circunstancias lo reclaman. Adaptación y supervivencia. Si papá se enfrentara a los gemidos de Casandra, se expondría a perder sus trocitos de poder, su laboratorio familiar, lo único que le ha quedado de la gloria pasada. Y qué es la gloria pasada sino el derecho a disponer sobre el hambre de los hijos, sobre sus cuerpos, sobre su voluntad de salir afuera o no, de dibujar o no, de ser o no ser, y le ha ido bastante bien, ha sido un dictador elocuente y duro, que premia y castiga según los comportamientos de su pueblo. Un pueblo que, ante los acontecimientos recientes, se ha visto reducido a tres habitantes humanos y un millar de moscas. Presumimos que la cantidad de habitantes humanos se mantendrá inamovible en los próximos años, pero la población de moscas crecerá. En cualquier caso, papá dictador no quiere exponerse, porque en toda dictadura hay rebeldes y hay gemidos de rebeldes, no importa si son los aullidos que el dolor de la tortura provoca o los sonidos del placer, ambos son un símbolo de que algo se cuece en el calor del miedo, algo que no es precisamente miedo, sino una esperanza a medias.

Siempre que hay reacción hay acción, y los hombres como papá lo saben, los dictadores lo saben. Donde existen dolor y orgasmos hay un ser vivo, y un ser vivo es algo peligroso, algo que se evita. Papá lucha e intenta que el hogar sea un camposanto, una tumba abierta donde la

obediencia sea lo único que se respire y se sienta. Mejor ignorar a Casandra y sus desviaciones. En toda obra humana existen fallos. Quizás papá se consuela con estas mismas palabras. Es bueno saber que nada es perfecto, y probado está que en la familia hay mala sangre, basta con mirar a los hijos o contemplar la urna donde la madre y sus tacones fueron reducidos a cenizas en los hornos del crematorio.

Caleb intenta dormir. Dentro de unas horas o unos minutos, ya nunca se sabe, papá se levantará, hará su recorrido por los cuartos. Quién sabe lo que podrá encontrar en el de Casandra. Quién sabe si algún día papá le hará pagar los orgasmos y gemidos. Ahora es preciso dormir y Caleb lo intenta con todas sus fuerzas, con lo que le queda adentro de cordura, pero es que Casandra es demasiado evidente, ya ni siquiera se esfuerza en disimular. Si Caleb prestara atención podría incluso escuchar cómo la piel se frota contra la superficie del objeto, suficiente detalle ese como para dejar que la imaginación vuele, incluso una imaginación tan limitada como la de Caleb, que solo piensa en la prima Túnez, en la chica perdida. Quién sabe si Túnez gime igual que Casandra, será o no será, ahora que Caleb ha pintado ese cuadro dentro de su mente, no se le borra.

La casa cerrada es un laboratorio, sí, pero no el laboratorio donde papá cocina su poder individual, sino el lugar donde se calientan otras ideas, maldito vapor del verano, la casa es el laboratorio de la hermana mayor y también el de Caleb, incluso Calia tiene sus propios recursos. Las moscas son una extensión de la hermana menor. Las moscas tienen un propósito, torturarlos a todos, más a papá que al resto, pero la tortura está ahí, en la presencia constante del zumbido, que se mezcla con el orgasmo de Casandra. Mejor señalarlo así: las moscas se posan sobre el orgasmo de Casandra. Caleb ha descubierto que la casa ya no es solo un laboratorio, sino una olla de presión. La válvula está a punto de salirse y todo estallará por los aires, incluso su imagen de Túnez, su recuerdo borroso.

La ronda de papá ha comenzado. Visita los cuartos. Uno a uno. Nunca descorre las cortinas. Ya no existe el sol. Papá carraspea antes de entrar a la habitación de Casandra, pero ella, adentro, no se apura, quiere venirse antes, no va a renunciar a su orgasmo. Es por eso que papá se demora frente a la puerta, incluso es probable que dude, tocar o no tocar, entrar o no entrar, con los rebeldes nunca se sabe y con los orgasmos de los rebeldes tampoco.

El hombre confía en el reposo de los muertos. No cree que exista una vida más allá del alcance de esta que tenemos entre manos. Y le es preciso confiar en ello porque si los muertos fueran inquietos, qué malas noches tendría el hombre, noches tapizadas por recuerdos, no

solo las memorias de los zapatos de mamá, sino recuerdos de otro tipo, de los presos que conoció hace ya mucho tiempo y, sobre todo, de estos hijos suyos que ahora comienza a entender.

Le atormenta el recuerdo, sí, pero le jode más la presencia de las moscas. Al principio creyó que todo era culpa de aquel altar de podredumbre y huesos raídos que había encontrado en el sótano, la tarde del suicidio. Levantó todos aquellos huesos, destruyó la composición de las piezas donde se unían pedazos diversos de cuero seco y astillas de huesos, y confió en que el olor desapareciera, en que el olor se llevaría a las moscas lejos, bien lejos de él y de su familia. Luego evitó pensar en aquel altar. Evitó que la sospecha lo llevara a señalar con un dedo al posible gran arquitecto, a la posible gran arquitecta. Mejor culpar a los muertos. Mejor culpar a la muerta y no enfrentarse a la jauría de los rebeldes.

Una mosca glotona revolotea sobre su cabeza. Insistente la mosca. Quizás no se trata de solo una, sino de muchas, por eso vuelan radiantes entre zumbidos y silbidos, putas las moscas, hijas de otras moscas putas que se reproducen de noche. Es imposible pactar con ellas, es imposible llegar a un convenio, a una pausa. El hombre de las medallas no se acostumbra a la insistencia de las moscas que vuelan sobre su cabeza, que intentan entrar en su boca, que se asoman a las fosas de su nariz, que están en todos sitios, en definitiva, y arrasan con sus alitas de putas todos los sitios que tocan.

La mañana en que Calia comenzó a hablar fue una igual a tantas otras. No se puede señalar un hecho extraordinario que haya marcado una pauta, un antes o un después. Nada resultaba fuera de lo común, excepto el hecho de que la niña, por primera vez en su vida, abandonó las crayolas masticadas, los lápices, las plumillas y las hojas en blanco en un rincón de la sala y dijo:

—Dios es una mosca gorda.

Lo pronunció claramente, sin gaguear, sin retener las sílabas, y luego tosió, quizás atorada con sus palabras:

—No me gusta la remolacha.

Insistió:

—La remolacha no es comida.

Papá espantó sus propias ideas para concentrarse en la voz de aquella niña que nunca antes había sentido necesidad de hablar:

—¿Qué cosa? —insistió papá.

—Quiero *cake* —y con aquella frase, al parecer, había concluido su discurso.

Una mosca grande, aquella gordinflona que insistía en introducirse dentro de la boca de papá, tuvo esta vez suerte, encontró la cavidad abierta y voló hacia adentro en un viaje de no retorno. Papá tuvo que

escupirla, a medio masticar, en el suelo. El insecto aún estaba vivo, casi partido en dos por los dientes del hombre. Intentó mover las alas o arrastrarse por el suelo, pero papá tenía apetito de venganza: su zapato aplastó a la mosca.

—No debiste hacer eso, papá —Calia se encogió de hombros: era el mismo gesto que reproducían hasta la saciedad sus dos hermanos mayores, un gesto bobalicón, casi aburrido—. A las moscas no les gustan los rebeldes como tú. Y Dios Mosca te mira.

—¿Dios qué…? —papá sintió que las palabras comenzaban a arrastrarse. Era un síntoma del gagueo, asomándose a la boca.

—… Dios Mosca contempla a los rebeldes —repitió Calia, el tono de su voz era rasposo y agotado, parecía cansada de tener que reproducir las mismas palabras y que no fueran entendidas de inmediato—. Dios Mosca dice que ha llegado la hora. Ya sabes, esa hora. La tuya. La de morir.

Así dijo la niña y, de inmediato, volvió a sus dibujos.

Antes de que Calia y Caleb nacieran, yo era solo Casandra.

Ahora no. Ahora formo parte de una trinidad indisoluble.

He sido desplazada de mi rol de protagonista al de testigo. Todas las mañanas me siento en la sala y contemplo a mi hermana Calia y sus trabajos de creación.

La página en blanco es un arca: en ella todo cabe, cualquier tipo de existencia es posible. No voy a detenerme a contar paso por paso lo que eso significa, pero Calia es muy imaginativa.

—Casandra —me dice en ocasiones cuando levanta los ojos—, no me gusta la remolacha, búscame algo de comer. Algo que no sea remolacha.

Obedezco en silencio. Ahora es Calia la que habla y yo la que he aprendido a ser prudente. ¿Miedo? Sí, supongo. No hay mejor forma de ser prudente que cerrar la boca y abrir el refrigerador. Adentro queda alguna comida podrida, pero a Calia no parece importarle que el pastel esté duro, o los tomates ligeramente ácidos, ni que el pan tenga moho. Cualquier cosa excepto la remolacha estará bien para ella. No se queja demasiado cuando mastica lo viejo que ha quedado, las sobras que papá acumuló en la nevera, el revoltijo de los días que ya se fueron.

Mastica y traga.

Mastica y traga.

Dibuja.

—¿Dónde está papá? —esta mañana, me atreví a hacerle esa pregunta—. ¿Qué le has hecho?

—Papá está arriba —contestó con su voz nueva, esa voz que aún

no soporto—: Conversa con el Dios Mosca. El Dios Mosca lo ha mandado de castigo.

Papá nunca fue bueno, es cierto.

Supongo que ser un buen *algo*, un buen cualquier cosa, qué se yo, por ejemplo, ser un buen hombre, es algo difícil.

Ha intentado ser un buen dictador doméstico, eso sí: hay esfuerzos que se han de reconocer, cueste lo que cueste.

Cuando subo a su cuarto no lo hago por lástima, no lo hago porque me apene su soledad de rey destronado. Subo porque tengo curiosidad. La curiosidad del niño que le corta el vientre a la lagartija con la justificación de que solo así podrá ver si su corazón late.

La puerta del cuarto de papá no tiene llave, y el cuarto de papá está a oscuras, pero mis ojos se acostumbran.

El cuerpo humano es adaptable, y papá se encuentra en su propio laboratorio de preguntas, en su propia maquinaria de dictador: se ha sentado sobre algún mueble viejo, quizás una butaca, o justo en el borde de la cama. Al principio, me parece que está solo. Un pobre anciano solo. Una cosita diminuta de espaldas encorvadas. Luego, cuando veo mejor, cuando mis ojos atisban la oscuridad y entienden, es que descubro que se ha vestido con sus galas militares y sus medallas.

Luego escucho el zumbido.

En realidad, el zumbido siempre estuvo ahí. Forma ya parte de la banda sonora de la casa. Por eso es que tardo en darme cuenta. Hace ya mucho que las moscas son parte de esta familia, de este laboratorio de pequeños y grandes dictadores.

Si las moscas obedecen a alguien, es a Calia.

Tienen su propia ética de zumbidos.

Y saben de venganzas.

Están ahí, sobre el cuerpo de papá, sobre todo lo que a él le perteneció alguna vez, y plantan sus huevos, y susurran sus aventuras de moscas, y se cagan sobre las medallas, sobre la piel y el uniforme. Papá es el baño público de las moscas. Papá es el urinario del Dios Mosca. Papá ya no habla. Ha dejado de pronunciar cualquier palabra. Ha dejado también de reaccionar.

—Oye —le digo cuando me acerco—. Oye, papá, atiende —repito, un poco más alto—. No queda comida allá abajo. ¿Quieres que salga a buscar algo?

Los muertos vivos de los libros habrían tenido una reacción más evidente. Papá no. Papá ni siquiera es un muerto vivo, ni siquiera respira como las cenizas de mamá, allá abajo, en la urna.

Me acerco a él y le quito las llaves, las llaves donde las cagadas de los insectos se agolpan.

Cierro la puerta a mis espaldas. Lo último que veo es la silueta de papá, cada vez más cubierto por las moscas que forman parte de su naturaleza, de su respiración, de su proceso biológico.

El zumbido no desaparece.

—No remolacha —me recuerda Calia cuando me ve abrir la puerta de la casa por primera vez en dos meses.

EPÍLOGO

El final de esta historia es muy simple, así que voy a renunciar a contarlo como una tragedia shakesperiana, que es lo que en realidad me gustaría hacer, en honor a la verosimilitud.

Nunca hemos sido normales. Ni antes ni después de que el verano se terminara y las puertas de la casa volvieran a estar abiertas. Los tres crecimos a nuestra manera, como crecen los hijos de los culpables.

Crecimos en este país, bajo la tiranía de las moscas. Y afirmo esto, ¿okey?, porque ellas no nos han abandonado nunca. Zumban y zumban y zumban por encima de nuestros sueños y pesadillas.

Nos hemos acostumbrado. Sabemos que las moscan no se irán. Y eso está bien para nosotros.

Cacasandra.

Cacaleb.

Cacalia.

Hemos pactado con las moscas y su tiranía, como también nos hemos acostumbrado, supongo, a ser hijos de papá y habernos convertidos en los sujetos de prueba de un experimento de poder durante todo aquel verano sin fin. Hay quienes lo han pasado peor.

No hablaré más del Abuelo Bigotes. Solo es preciso añadir que un día murió, como suelen morir los generales y los culpables, en una cama de viejo, tranquilo y dormido. Fue sustituido por otro general que ya no tenía bigotes, sino una luenga barba socrática, que le confería un particular aspecto de filósofo griego o de bardo isabelino.

El destino de papá no ha sido muy distinto.

Un día como otro cualquiera volvió a salir de su cuarto. Gagueaba nuevamente. Caleb, Calia y yo volvimos a usar el prefijo mierda atado a nuestros nombres, ahora ya para siempre. A papá le preocupaba el dinero, que comenzaba a escasear. Tenía hambre, pero en el refrigerador solo había pizzas y trozos de *cakes* viejos, así que salió a la calle, rodeado por algunas moscas que insistían en perseguirle y regresó poco después, cansado y anciano, con un nuevo empleo.

Tardamos en saber qué empleo era aquel.

Tardamos años.

Fuimos pacientes.

Cuando decidió contarnos, lo hizo ya sin vergüenza. Siempre le habían gustado los animales y los zoológicos, nos confesó, no tanto el olor de la mierda de los animales luego de una mañana particularmente pesada en asuntos de evacuación alimenticia, pero quién podía culpar a los pobres bichitos, la dieta veraniega era poco rica en proteínas y excesiva en cuanto a frutas, así no hay animal ni ser humano que se levante con el estómago intacto. En su trabajo, papá usaba una gorrita anodina, un rastrillo, una escoba y una pala para recoger mierda. Al principio, el olor a indignidad y la vergüenza lo habían derrotado pero, en honor a la verdad, hay que reconocer que nuestro padre es un hombre de su tiempo, un hombre que siempre ha sabido obedecer las órdenes de los otros, no importa si en un laboratorio de interrogaciones o en la jaula de los monos en celo, no importa si creando las preguntas más sádicas para los rebeldes o si limpiando los desperdicios de los culos venosos y alborotados de la fauna simia, papá nunca ha dudado en cumplir con el deber.

Nunca me ha contado si en el zoológico lo han reconocido. Es probable. Imagino a papá, dentro de la jaula de los monos, con su gorrita anodina, su escoba y su paleta, que recoge mierda como si fueran los castillos de arena de su tiempo y de sus sueños, mientras del otro lado de la reja, en el espacio de la libertad, una madre levanta un dedo y señala hacia adelante para que su hijo vea. Nunca se sabrá si señala a los culos de los monos o al hombre de la gorrita, papá nunca descubrirá si esa mujer es una sobreviviente del laboratorio de interrogaciones que lo ha reconocido y que ahora, con un simple gesto, lo marca, o si se trata de una mujer como otra cualquiera, que quiere enseñarle a su hijo la proporción anatómica de los culos simiescos. Eso es lo más terrible: el hecho de que papá nunca sepa, porque de esa manera, el temor siempre lo acompaña. No importa que ya no tenga medallas, en el fondo, papá sabe que no podrá escapar de lo que hizo, que algún día una madre con otro hijo, o esa misma madre y ese mismo hijo, se acercarán a la jaula para escupirle el peso de la culpa.

A Calia, a Caleb y a mí no nos torturan tanto las moscas. Apenas nada. Apenas un zumbido. Se posan en ocasiones sobre nuestros rostros, buscan la manera de entrar por nuestros orificios. Pero hemos pactado con ellas, no las espantamos, convivimos en paz.

Sin embargo, las moscas sí se han ensañado con nuestro padre. Si papá abre la boca, ahí están las moscas, que vuelan raudas hacia el interior de la cavidad, que se posan en sus cordales. Papá podría engañarse, no es malo el engaño si nos conduce a la tranquilidad, que es culpa del olor a mierda del zoológico, que por ese olor las moscas lo persiguen. La verdad es otra. Las moscas tienen identidad propia, una identidad con pensamiento, un pensamiento que no se limita a

zumbar, sino a transformarse en venganza constante.

Papá arrastra sobre las manos, la boca y la piel, una nube de alas.

En ocasiones, papá nos dice cuánto nos quiere.

Caleb se encoge de hombros al escucharlo y Calia no le presta atención.

A veces, yo le respondo con una media sonrisa, o con un «sí, papá, lo sé», que es tan anodino como su gorra de trabajador del zoológico. Para él es suficiente.

Todos hemos pactado con las moscas, pero solo yo persisto en la idea del amor.

Existe una alianza familiar. Cuando salgo de casa, todos fingen que no ven. Y todos fingen que no sienten mi olor cuando regreso, aunque el óxido es una presencia constante, que casi es parte mía, que es mi forma y mi estructura.

Desde el día uno dije que esta era una historia de amor.

Las moscas también lo saben. Por eso zumban y zumban una cancioncita romántica en mis oídos, o al menos eso parece, las canciones de las moscas no se apagan ni siquiera cuando cierro los ojos.

NOTAS

[1] Disponible gratuitamente en http://www.editoriallucina.es/recursos. Para este prólogo manejamos, sin embargo, la versión pronunciada el 26 de septiembre de 1989, en cuyo documento se puede navegar más fácilmente: http://bauldetrompetillas.es/agustin-garcia-calvo/conferencias.

[2] Disponible gratuitamente en http://comunizar.com.ar/el-manifiesto-antiadultista.